

HAROLD
BRODKEY

*Primer amor
y otros pesares*



Cuando apareció *Primer amor y otros pesares* tuvo una extraordinaria acogida crítica. Así, John Cheever escribió: «Harold Brodkey me hace sentir constantemente que es un escritor de primera magnitud», mientras que Nancy Hale afirmó que Brodkey y Salinger eran las «más extraordinarias figuras literarias» de la joven generación.

El libro es un vívido y espléndido retrato, en nueve relatos, de una cierta juventud norteamericana en los años cincuenta, con sus *parties*, sus *colleges* y sus viajes a Europa: culta, rica y convencional, pero también desasosegada y desconcertada. Una educación sentimental de una penetración y un encanto extraordinarios.

Después de este libro, Brodkey empezó a trabajar en una mítica novela, que el autor aún no ha decidido dar a la imprenta, pero de la que reputados críticos y novelistas que han tenido acceso al manuscrito consideran como la Gran Novela Americana de nuestro tiempo.

Entretanto, el lector puede saborear este libro de relatos: William Maxwell, su editor en el *New Yorker* treinta años antes, recuerda: «Me parecieron brillantísimos, nadie escribía como él», mientras que Susan Sontag afirma: «Leo cada palabra que Harold Brodkey escribe».

Harold Brodkey

Primer amor y otros pesares

Título original: *First Love and Other Sorrows*

Harold Brodkey, 1954

Traducción: Enrique Murillo

A William Maxwell

EL ESTADO DE GRACIA

Mi infancia en St. Louis es cierto matiz de rojo ladrillo, un rojo oscuro, casi melódico, sombrío, veteado de azul. No me refiero a la real, sino a la falsa infancia que se extiende desde el despertar de la conciencia hasta el día en que abandonamos el hogar para irnos a la universidad. Ese matiz de rojo ladrillo y de follaje verde es St. Louis en verano (el invierno no es más que un cielo gris y el atestado autobús de transporte escolar y las huellas húmedas en el linóleo pardo de la escuela), y ese mismo rojo ladrillo con el cielo pálido es la primavera. Y también es la soledad y el extraño asombro melancólico que sienten los niños cuyas familias han sufrido sucesivas catástrofes.

Recuerdo ese rojo ladrillo, mejor que en ningún otro lado, en la parte trasera de nuestra casa; era el mismo en todas las casas de aquella manzana, y también en la casa donde vivía Edward: Edward era un niño pequeño del que yo me encargaba las noches en que sus padres salían. Al regresar del colegio pasaba por el bulevar y sus horrores (la panorámica de zapateros, tienduchos de baratijas, peluquerías, tiendas de animales domésticos, el cine Tivoli, y el Piggly Wiggly ya cerrado, y a punto de ser transformado en un Kroger's), y por el lugar desde donde alcanzaba a ver el Templo Masónico, en forma de curiosa reliquia egipcia, y bajo los dos enormes pedestales de cemento que flanqueaban el bulevar (no logro recordar qué sostenían, pero había en ambos, pintado de color pardo, un gran corazón, así como información respecto a que alguna chica llamada Erica amaba a algún chico llamado Peter), y por la

oficina de correos, construida con ladrillo amarillo y cromados, en tiempos de la depresión, y luego solía apresurar el paso hasta el momento en el que, finalmente, al otro lado, más allá de la entrada del garaje de los Apartamentos Castlereagh, llegaba al sitio en donde empezaban los árboles, las casas de ladrillo rojo oscuro, y la vacía quietud.

En mitad de esa quietud y de ese rojo ladrillo se encontraba mi vecindario, el lugar espantosamente familiar en el que me sentía exiliado de forma no tan incómoda como en los demás sitios. Había un par de acacias que me parecían bellísimas, creo que porque eran pequeñas y abarcables (no solamente con mi imaginación y mi corazón, sino también con mis brazos). A continuación venía una casa de ladrillo rojo (aunque no del tono exacto) en donde vivían un chico al que yo conocía y un par de hermanos asombrosamente guapos, que además eran fuertes y amables, pero mucho mayores que yo y totalmente desprovistos de interés por mí. Seguía luego un callejón de negro asfalto y otra panorámica, horrible para mi gusto pero tristemente consoladora, de garajes y depósitos de la basura y postes de teléfonos y patios de casas —la nuestra incluida— a un lado, y jardines traseros de los chalets al otro. Yo conocía a mucha gente de los pisos, pero a nadie de los chalets, y esto último era, por supuesto, prueba definitiva de mi horrible degradación y de la profundidad del mar en el que había llegado a hundirme. Me encontraba en el fondo y, a través de las aguas, a través de las cambiantes fajas de luz —a través, ay, de complejidades innumerablemente insoportables—, alzaba la vista para contemplar, en un barco impulsado por el viento, a un chico que tenía una familia y un hogar como los demás.

Tenía yo trece años, y medía un metro ochenta, y pesaba alrededor de sesenta y siete kilos. Aunque mi aspecto (tenía las orejas muy salidas y el pelo como alambre) me sacaba de quicio, también sabía que resultaba atractivo; más de una chica me había dirigido sus sonrisas, pero ninguna a la que yo hubiese podido amar ni tampoco ninguna de las siete u ocho diosas que iban a la misma

escuela secundaria que yo. A partir de segundo curso siempre había sacado las mejores notas —mejores que ninguno de los compañeros de las diversas escuelas a las que fui—, lo cual aterrizaba al resto del curso. Lo que más les aterrizaba era que, hasta donde ellos alcanzaban a ver, no me costaba el más mínimo esfuerzo; para mí era como hacer juegos de manos. Nunca me tomaron el pelo, ni me atormentaron; prefirieron, simplemente, aislarme. Pero me llamaban «enciclopedia ambulante», frente a lo cual no encontré otra respuesta que el alejamiento. Cuando vuelvo la vista atrás, estoy casi seguro de que habría podido encontrar amigos, a condición de que hubiese sabido romper el hielo, y de que no fue mi situación sino mi formidable orgullo lo que les mantuvo alejados; pero no estoy seguro del todo. Tenía muy poca ropa, y toda ella la heredaba de un primo mayor. Jamás pude vestir como los demás chicos.

Nuestro apartamento se encontraba en el tercer piso. Generalmente subía a pie por la escalera de atrás, que estaba montada en una estructura metálica de la parte exterior del edificio. Prefería esa escalera de atrás —era como frotarse una moradura para asegurarse de que sigue ahí— porque era empinada y fea y tenía cubos de basura en los rellanos, y ropa tendida, mientras que la puerta de la fachada daba a un patio con rosales por el que ascendía una escalera con peldaños del mármol amarillento de cierta cantera local, fresco y agradable a la vista y el tacto. Al llegar a la puerta trasera de nuestro piso abría primero la puerta mosquitera y gritaba, para averiguar si estaba mi madre. Su ausencia solía significar que había ido a visitar a mi padre, que llevaba cuatro años agonizando en el hospital y que aún tardaría otros dos en llegar a un acuerdo con la muerte: hasta donde yo sé, esa fue la única demostración de carácter que llegó a dar en toda su vida, y supongo que es bastante notable, pero yo esperaba, y a veces hasta lo pedía en mis oraciones, que muriese pronto, y no solamente por no tener que visitar otra vez el hospital, cuyas habitaciones blanqueadas estaban saturadas de olores y enfermos viejos (así como de un miedo tangible que me hacía sentir una caída interior, como esa

zambullida en el inconsciente que se produce cuando nos anestesian), sino también porque de ese modo mi madre podría volver a casarse y hacemos otra vez ricos y felices. Ella era todavía una mujer encantadora en aquel entonces, una mujer en la que ardía la curiosa incandescencia de la belleza física, y había un hombre que la amaba desde hacía veinte años y que seguía amándola y que quería casarse con ella. Yo anhelaba con todas mis fuerzas que mi padre muriese, pero él se negaba, simplemente. Si mi madre se encontraba en casa, yo trataba de reunir fuerzas para soportar lo que fuese, porque a ella no le gustaba que me sentara a leer; detestaba que leyese. Quería que me fuese a la calle, que me convirtiese en un atleta, que fuera como los demás chicos y que todo el mundo me quisiera. Se ponía furiosísima cuando, ignorando sus consejos, abría un libro; en una ocasión salió corriendo hacia donde yo estaba, con el rostro encendido de ira, agarró el libro (me parece que era *Orgullo y perjuicio*), y lo arrojó por la ventana de aquel tercer piso. En el momento en que ocurrió traté de dirigirle una mueca de burla, porque creía que demostrar aquella furia desproporcionada era cosa de locos, y que era tonta por no haber comprendido que jamás lograría yo ser ninguna de las cosas que ella deseaba que fuese. Pero ahora creo más bien —tal vez con cierta melancolía— que la pobre actuaba así de pura desesperación, angustiada en sus deseos de salvarme. Mi madre temía la llegada de un momento en el que, como un acróbata, yo tendría que trepar sobre sus hombros y sobre los hombros de todo lo que ella había hecho por mí, para luego lanzarme de un salto hacia una vida que ella era incapaz de imaginar (la vida que ahora vivo), y si pretendía enviarme a esa vida acolchado en lugares comunes, provisto de un cuerpo atlético, e imbuido de un gran respeto por el dinero, era porque creía que esa era la forma más adecuada de embarcarse en tal empresa.

Pero a los trece años solo me preguntaba cómo era posible que una persona tan encantadora fuese también tan imposible. No sé de qué modo, pero mi madre se las arreglaba para que yo sintiese por

ella mucho más odio que amor, pese a que en los momentos antes de que me entrara el sueño solía recordar su rostro, dejando que mi memoria empezase con la curvada suavidad de sus párpados para luego deslizarse a través de todo ese sutil juego de sombras y huecos y huesos, y el semirrecordado calor de su pecho, y acababa pareciéndome que esta visión de mi madre, siempre en pie, a media luz (probablemente tal como la había visto de más pequeño, y estando enfermo, tal vez, aunque en realidad no logro recordarlo), era tan bella a mis ojos como el dibujo de una alfombra persa inconmensurablemente antigua y gastada. En la visión, al igual que en la alfombra, yo era capaz de ir siguiendo las sinuosidades de las líneas, y experimentar así cierto innominado placer, pero aquello carecía casi de significado para mí, aturdido como estaba por los problemas que traía consigo el hecho de ser su hijo.

Ser judío también me molestaba, pues significaba que jamás llegaría a ser una de aquellas criaturas doradas, uno de esos atletas rubios de fácil encanto. Es posible que, de haber nacido en una familia acomodada, mis sentimientos al respecto hubieran sido diferentes, pero lo dudo.

Mi madre tenía una prima a la que yo llamaba tía Rachel, y solíamos ir a verla tres o cuatro veces al año. Yo detestaba esas visitas. Vivía en lo que se llamaba el *Ghetto*, una zona de casas viejas del centro de St. Louis, con diminutos porches en la fachada y dos puertas, una para los de la planta baja y otra para los del primer piso. La mayor parte de la gente solo vivía allí hasta que podía pagarse otro sitio mejor; jamás hubo nadie a quien le gustara vivir allí. Y por esta razón, el vecindario entero tenía un aspecto confuso; la hierba estaba siempre hirsuta, las ventanas solían estar despintadas, a nadie le gustaba aquello. Era ahí donde vivían los inmigrantes cuando llegaban en tren de Nueva York, antes de que pudieran mudarse a los pisos de la zona del Delmar Boulevard, y, con el tiempo, a las zonas residenciales de las afueras: Clayton, Laclede y Ladue. Tía Rachel vivía en la planta baja. Su salita de estar era muy pequeña y estaba decorada con un empapelado amarillo

oscuro que jamás llegó a cambiar. Y que jamás limpió, tampoco, porque una vez le hice una marca, para ver qué pasaba, y allí se quedó. El mobiliario tenía vida propia y era aterrador; como esa parte de las pesadillas en que las cosas se ponen tan feas que al final decides despertarte. Siempre me ordenaban que me sentase en uno de aquellos cachivaches de repentinos abultamientos rellenos de crin y mohair, y el tapizado era violeta oscuro y marrón y verde oscuro, y la habitación no tenía ninguna lámpara. Al otro lado de aquellos viejos cortinajes de satén comprados de segunda mano debía de haber aire libre y sol, pero estando allí jamás lo hubiera dicho nadie. Tía Rachel hacía cuanto estaba en su mano por lograr que pareciese la choza de un campesino, y por eso compraba los muebles en tiendas de saldos. Y estaban además, siempre, los olores: el olor a sopa de cebolla y a ajo y a remolacha. Es el único lugar en donde llegué a faltarle públicamente el respeto a mi madre. Siempre había mucha gente a la que yo no conocía, pero que me conocían a mí, y estaba obligado a hacer numeritos. «Diles qué notas sacaste el mes pasado», decía mi madre, o bien «Recítales ese poema que le gustó tanto a Miss Huntington». Era en tales momentos cuando más intensa era la sensación de irrealidad. Volviendo la vista atrás, me parece ahora que lo que me asustaba era la fiereza con la que todos me empujaban a ser rico y famoso y significar de este modo una compensación para las tribulaciones sufridas por todos ellos. Pero yo no quería cargar con esa responsabilidad. Y, de todos modos, si tenía que convertirme en lo que ellos querían que fuese, y si tenía que ser lo que era, ¿cómo se atrevían a esperar de mí que les aceptase en su insignificancia? Suponían que yo tenía que ir más allá de donde ellos habían ido, y que entonces podría despreciarles, pero que antes tenía la obligación de estar con ellos, y eso no me parecía justo.

Era como si me hubiesen forzado a abrir los párpados, y a ver cosas que yo no quería ver. Tenía la misma sensación que si hubiese participado en algún acto vergonzoso, y no fuese, por lo tanto, una persona buena. Aquello era, en cierto modo, como mis primeras

experiencias sexuales: ¿Y si alguien se enteraba? ¿Y si se enteraba todo el mundo...? ¿Cómo diablos podría jamás volver a mostrarme despreocupado y valiente?

Había leído tantísimos libros de autores ingleses y de Nueva Inglaterra que solo me interesaban la elegancia y la sabiduría, y las casas blancas con adornos de madera, rodeadas de verdes céspedes. Siempre podía consolarme pensando que mi inteligencia bastaría para hacerme famoso (la inteligencia servía para ciertas cosas, según decían), y así podría darles a mis hijos una buena infancia. Pero nadie podía salvar la mía. Yo estaba irrevocablemente condenado a tener una infancia pobre, y era esa irrevocabilidad lo más ofensivo, lo que al final me impidió que llegara a ningún tipo de sensato acomodamiento con la vida, y me situó en una posición en la cual, a no ser que mis sueños se convirtiesen en realidad, no valía la pena vivir. Si los sueños llegaban a convertirse en realidad, por fin tendría, de una forma u otra, mi infancia.

Si cuando yo regresaba de la escuela mi madre se encontraba en casa, a veces me decía que había llamado Mrs. Leinberg para que fuese a hacerle de canguro, lo cual me zambullía en otro de los dilemas de aquella época. Tenía que hacer canguros para ganar el dinero con el que luego me pagaba el almuerzo en el colegio, y había ocasiones en las que, debido al dilema que me planteaban los Leinberg, prefería abstenerme de comer, o comer muy poco, antes que hacer de canguro. Pero no había elección; mi madre solía haber aceptado en mi nombre, y había logrado que Mrs. Leinberg le prometiese no trasnochar más de la cuenta, para que yo no perdiese horas de sueño. Y siempre tenía un bocadillo preparado para mi cena, de modo que podía salir disparado, de forma que Mr. y Mrs. Leinberg pudiesen ir a cenar fuera. De todos modos, yo solía comerme el bocadillo mientras leía un libro, en casa, y luego me iba. Cuando bajaba la escalera de atrás, camino de casa de los Leinberg, elevándome a pulso en las barandillas con la intención de desarrollar

mi musculatura, pensaba entristecido en mi destino, y deseaba que fuese de otro modo, y me sentía incapaz de comprenderme a mí mismo, de comprender mi soledad, o la cruel privación simbolizada por la panorámica que se divisaba desde el callejón.

Había un atajo que cruzaba los patios traseros y abreviaba el camino hasta la casa en donde se encontraba el apartamento de los Leinberg, pero yo prefería ir hasta mis dos adoradas acacias y quedarme allí unos momentos, amándolas; hasta donde yo sabía, eran mi único amor.

Luego doblaba a la derecha y cruzaba la calle y pasaba delante de un edificio de pisos dispuesto en perpendicular a la calle y con la fachada orientada hacia una extraña hondonada que antiguamente había sido una excavación para los cimientos de otro edificio de pisos, pero que, debido a la depresión, no llegaron a construir. Al otro lado de la hondonada había un bloque de tres casas de pisos, y la tercera era la de los Leinberg. Cada uno de los apartamentos de esa casa tenía por lo menos ocho habitaciones, y la escalera de atrás no estaba a la intemperie, y el edificio tenía sus garajes particulares. Todo eso hacía que fuese muy especial y muy cara, y todo un mojón en aquel barrio.

Mr. Leinberg era fabricante de medicinas, y el negocio le iba muy bien. A mí me parecía muy listo, pero no le recuerdo apenas (en aquellos tiempos nunca miraba detenidamente a los hombres, sino que, tímido y azorado, solía volver la cabeza a un lado, no fueran a darse cuenta de la furia con la que deseaba ser mayor, como ellos) y es posible que me equivocase. Desde luego, en el ambiente de aquellos tiempos, durante los años de la guerra —era 1943—, corría la voz de que todo el mundo estaba haciéndose rico; todo aquel, al menos, que pudiera trabajar. En cualquier caso, Mr. Leinberg estaba haciéndose rico, y era solo cuestión de tiempo que se mudase con su familia a Laclede o Ladue, a una casa de cuarenta mil dólares con un acre de jardín.

Mrs. Leinberg era muy bonita; morena, como mi madre, pero no tan guapa. En primer lugar, porque era muy bajita; apenas medía un

metro y medio, y a su lado hasta yo parecía una torre. En segundo, porque carecía por complejo de majestuosidad. Pero nunca se le pintaban los dientes con la barra de labios, y vestía ropa generalmente nueva, y tenía los ojos amables. (Los ojos de mi madre eran incomprensibles; oscuros escenarios en los que se representaban confusas y borrosas escenas de turbamultas, de modo que yo nunca captaba nada que no fueran tumultos, o dramas, y, por mucho que me quedase esperando, jamás llegaban a encenderse los focos, y nunca había explicación alguna para las escenas). Mrs. Leinberg me invitaba a servirme lo que quisiera de la nevera, y luego me dejaba apuntado el número de teléfono del lugar en donde estaría.

—No dejes que Edward salga de la parte de atrás, así dejará dormir a la pequeña —solía decirme—. Si la pequeña se despierta, cógela enseguida. Con Edward no lo hice, nunca le cogía enseguida, y después lo he lamentado.

Decía eso mismo cada vez, pese a que mientras la oía podía ver a Edward asomándose por el final del pasillo, esperando a que se fuesen sus padres para salir, saltar sobre mí, y devolverle la vida a nuestro mundo. Edward lo escuchaba todo con su pequeño rostro —tenía siete años— pálido de dolor, y del esfuerzo que hacía por perforar ese dolor con destellos de comprensión.

—Telefonéame —solía decir Mrs. Leinberg— si se despierta la pequeña. —Y luego, tratando de aplacar a su esposo—: Vendré, volveré a acostarla, y en cuanto se duerma volveré a la fiesta... —Y, finalmente, dirigiéndose a mí—: Pero siempre duerme muy bien, no te preocupes.

—Vamos, Greta. Ya sabe lo que tiene que hacer —decía entonces Mr. Leinberg con impaciencia.

Siempre le notaba desprecio en el tono: el desprecio que su mujer, Edward y yo le inspirábamos. Yo permanecía todo el rato de pie, junto a la nevera, bajando la vista para mirar a aquel matrimonio de enanos. El padre de Edward tenía la boca pequeña y petulante.

—Vamos, Greta —solía decir con impaciencia. Y, volviéndose hacia mí—: Estaremos de vuelta a las once.

—Edward se acuesta a las nueve —decía Mrs. Leinberg, con su vocecilla aguda, de pajarito, pero temblorosa debido a su confusión, su vaguedad. Luego desaparecía por la puerta del rellano, como un palo de cerilla elegantemente vestido, en pos de su apresurado esposo. Una vez cerrada la puerta, Edward se lanzaba como un rayo por el pasillo y, si me encontraba vuelto de espaldas, mirando el lugar por donde sus padres se habían ido, cargaba con todas sus fuerzas contra la cara posterior de mis rodillas, o bien, si estaba mirando hacia él, saltaba contra mi pecho, en mis brazos.

—¿A qué jugaremos esta noche?

Me hacía esta pregunta, y yo tenía que ponerme a pensar. Edward temblaba de excitación, porque yo me inventaba juegos que le parecían maravillosos; de hecho, para él eran auténticas ensoñaciones diurnas. Como era tan pequeño, confiaba casi completamente en mí, y yo podía hacer con él casi cualquier cosa. Ejercí ese poder sobre los niños hasta que ingresé en la universidad y comencé por fin a ser como el resto de la gente.

En el dormitorio de Edward había un armario enorme; contenía un perchero para la ropa, lavabo, una mesa plegable, y quince o veinte estantes. La mesa y los estantes se encontraban siempre atestados de juguetes y juegos y prendas deportivas. Yo tenía un tablero de Palé que había heredado de mi hermana mayor, y un viejo guante de béisbol (tan malo que jamás me atreví a usarlo ante la mirada de mis compañeros de curso, que tenían guantes de verdad, firmados con autógrafos de jugadores de verdad), y una colección de postales. La primera vez que vi ese armario estuve a punto de reventar literalmente de placer; bajé todos y cada uno de los juegos y juguetes, y jugué con ellos, uno tras otro, con Edward. A Edward le encantaba que nunca terminásemos ningún juego, sino que nos precipitábamos de uno a otro tras apenas tres o cuatro jugadas, hasta que el cambio de juegos se convirtió en el verdadero juego, y el clima de risas en el verdadero deporte.

Yo me sentía cómodo en la habitación del fondo, Edward y yo completamente solos en el piso, porque por fin yo era el jefe; y no solo eso, sino que, además, nadie me veía. No rondaba por allí nadie que pudiese adivinar mis intenciones, ni que pensara cuál debería ser mi actitud y mi comportamiento; y siempre me ha aterrorizado lo que la gente pensara de mí, como si lo que lo que la gente pensara fuese un ser tremendo, dispuesto a hacerme frente en cuanto yo no doblara la esquina adecuada.

Allí no había esquinas. Edward y yo sacábamos sus pistolas de juguete y nos perseguíamos en torno a la cama. Otras veces nos montábamos en la cama, que era la torreta de proa de un buque de guerra que surcaba el Indico para enfrentarse en una gran batalla naval a los japoneses. Edward cerraba los ojos y se revolcaba de placer en cuanto yo empezaba: «¡Bum! ¡Bum! ¡BUUUM!».

—¡Hundido! ¡Lo hemos hundido, a que sí!

—Qué va, imbécil. Le hemos alcanzado solamente la chimenea. Tenemos que volver a dispararle. Bum, bum...

En un espasmo de éxtasis, los dedos de Edward presionaban sus párpados; su cuerpo tenso y delirante de niño caía de espaldas sobre las mullidas almohadas, y rebotaba, y se le arqueaba la espalda; la risa excitada y jadeante le salía a chorros, como hojas cayendo sobre un arroyo, como lilas floreciendo repentinamente.

Bajo la cama, desde nuestra trinchera (Edward tenía una gorra de *boy scout*, y yo me ponía su casco militar de plástico), repelíamos el ataque de las hordas amarillas en Guadalcanal. A Edward le encantaba sobre todo que le hiriesen.

—¡Me han dado! —chillaba—. ¡Me han dado!

Se llevaba la mano al estómago, y empezaba a revolcarse por el piso de madera, gritando:

—¡Me han alcanzado en los intestinos...!

A mí no me parecía bien que le hiriesen tan pronto, porque entonces se terminaba la aventura; tanto su sentido de la verosimilitud como el mío prohibían que un herido pudiese levantarse de nuevo como si nada hubiese ocurrido. Recuerdo lo

mucho que le gustó una idea que le propuse: que, después de que le hiriesen, se convirtiera en otra persona; así, cuando reptábamos bajo la cama, decidíamos ser ocho o diez o veinte marines, de modo que cada uno de los dos podía ser herido, muerto o mutilado diez veces, según eligiésemos, con la sola condición de que cuando saliéramos de debajo de la cama quedaran los suficientes como para cargar contra la posición japonesa situada bajo la mesa del comedor, y dejarla sembrada de cadáveres.

Edward jugaba especialmente bien a detectives, que era un juego más difícil. Entrábamos juntos en la cocina, y yo le decía que me habían llamado para notificarme un asesinato. Excepto cuando jugábamos a Tarzán, nunca nos parecía imprescindible representar personajes concretos. En el juego de los detectives, éramos simplemente Sam y Fred. Recibíamos una llamada informándonos de un asesinato, y luego volvíamos al dormitorio y examinábamos el cadáver e interrogábamos a los sospechosos. Yo disparaba mis preguntas contra una silla vacía. A veces Edward se cansaba de ser mi ayudante, y entonces se instalaba en la silla y se ponía a temblar, convertido en el sospechoso. Otras veces rondaba por toda la habitación, a gatas y con una lupa, mientras yo gritaba y acorralaba al evasivo sospechoso con mis preguntas:

—¿Dónde se encontraba usted, señora Cabezadeponche [risillas por parte de Edward], a las diez en punto, cuando el señor Cabezadeponche [carcajadas incontenibles por parte de Edward] fue asesinado con el cuchillo de cortar el pastel?

—¡Eh, Fred! ¡He encontrado *manchas de sangre*! —decía la voz de Edward, temblorosa, en una muy aceptable imitación de las voces excitadas con las que los detectives de la radio anunciaban algún descubrimiento importante.

—¡Manchas de sangre! ¿Dónde, Sam? ¿Dónde? Es posible que hayas encontrado la clave que resolverá el caso.

Si yo quería, Edward era capaz de sostener esta *commedia dell'arte* durante horas. Era un chico delicado y precoz, al que la enfermedad del desamor mantenía siempre tembloroso. Cuando

jugábamos, su corazón infantil volvía por sus fueros, mientras que aquel otro mundo turbado en el que sus vagos apetitos quedaban sin respuesta, en el que madres y padres eran figuras borrosas y lejanas —tan lejanas que nunca podían estirar el brazo y tocar con la punta de los dedos la herida, y así curarla— desaparecía, como también desaparecía ese otro mundo en el que yo carecía de la suficiente musculatura o de la suficiente galanura para ganarme el respeto de los demás. (¿Qué extraña cosa hizo que mi madre se casara con aquel tonto, aquel hombre incapaz de conservar todo lo que había llegado a ganar? Me acordaba aún de la época en la que teníamos una casa más grande, de cuando yo era feliz; ¿por qué permitió ella que todo aquello se perdiese?). Me enfurecía que la madre de Edward le quisiese tan poco a él y quisiera tanto, en cambio, a la niña; y que el padre de Edward fuese incapaz de apreciar la inteligencia del chico y creyese que era un patito feo, y un afeminado. Yo le hubiese podido enseñar a Edward las posturas propias de los varones. Pero su padre no tenía muy buena opinión de mí; yo no era más que un canguro, y otro patito feo. ¿Por qué, entonces, iba Edward a ser más apreciado que yo por su padre? Así, yo no quería a Edward, ni le explicaba nada.

Ese era, por supuesto, mi terrible dilema. La casa de ellos, aunque mayor que la mía, era también del mismo ladrillo de color rojo oscuro, y yo no le quería. De todos modos, que un muchacho de mi edad quisiera a un crío como él hubiera sido vergonzoso. Además, ¿quién era Edward? No era ni tan listo, ni tampoco tan fiero, como yo lo había sido a su edad. A su edad yo ya había visto el mal en las miradas de la gente, y ya había empezado, de tan pequeño, a construir mis defensas. Pero la familia de Edward era más próspera, y los fríos vientos de la inseguridad (*¿De dónde nos llegará el dinero?*) no habían deshilado las ensoñadas crisálidas de su infancia. Todavía estaba inmerso en la tenue y húmeda esperanza de unas alas plegadas que se abrirían tan pronto como alguien le amase; aún confiaba, probablemente, en seguir el curso no predeterminado de la mariposa cuando llegara la primavera y el

calor. Y cómo duelen las alas, así plegadas, en la espera; duelen, claro, hasta que se atrofian.

De modo que yo tenía trece años y Edward tenía siete, y él quería que yo le quisiera, pero él no era ni lo suficientemente mayor o fuerte como para ayudarme. No podía lograr que sus padres compartiesen conmigo su riqueza y sus comodidades, ni obligarles a que me hiciesen un hueco en su casa. Edward era como la mayor parte de la gente que había conocido yo hasta entonces: seres que anhelaban y necesitaban mi amor; porque yo era un muchacho muy especial que se inventaba juegos increíbles, mejores que las películas. Yo era un sueño convertido en realidad. Yo era listo y virtuoso (nadie sabía que algunas veces robaba cosas en la tienda de baratijas) y relativamente atractivo, hasta muy atractivo. A menudo resultaba gracioso, y siempre era interesante. Lo había leído todo y lo sabía todo y sacaba notas increíbles. Naturalmente, yo era alguien cuyo amor era deseado. Mi madre, mis profesores, mi hermana, las chicas del colegio, los otros chicos..., todos querían que yo les quisiera.

Pero yo quería que antes me quisieran ellos a mí.

Nadie lo hizo. Yo era un muchacho fiero y solitario y acre, que se hacía caminando los casi dos kilómetros que le llevaban del colegio a su casa, que pasaba delante de correos, un edificio de ladrillo amarillo y cromados, y de mis dos acacias (agua, agua por todas partes y ni una sola gota para beber), y no había nadie que me quisiera antes a mí. Veía cien cobardías en las personas que conocía, mil imperfecciones, un millón de debilidades. Si era yo el que tenía que amar primero, solo amaría la perfección. Naturalmente, hubiera podido ayudar a mis conocidos, curar su herida, si les hubiese amado. No, me decía a mí mismo. ¿Por qué dárselo todo, si ellos no me dan nada?

¿Cuántas heridas y timideces y veces de subir por la escalera de atrás me habían hecho así? No lo sé. Lo único que sé es que Edward necesitaba mi amor y que yo no quería dárselo. Yo tenía solo trece años. A un niño de trece años no se le puede culpar de muchas

cosas, pero no estaba pensando en la culpa precisamente; estaba pensando en todos los años que podrían haber sido..., de haber sabido entonces lo que ahora sé. Cuánto tiempo malogrado, cuánto tiempo espantosamente malogrado.

En realidad, esto es todo lo que tenía que contar. El muchacho que yo fui, el niño que fue Edward. Eso y el terrible deseo de dar de repente media vuelta y ponerme a correr y gritar, bajando por los pasillos del tiempo, gritarle al muchacho que fui, buscarle, comenzar a aporrearle el pecho: Quiérole, maldito necio, quiérole.

PRIMER AMOR Y OTROS PESARES

A finales de marzo las cunetas de St. Louis están llenas de lodo líquido, y la nieve sucia se amontona junto a la entrada de las casas, y todo parece estar asfixiándose bajo el abrazo de una estación que dura demasiado tiempo. Los radiadores silban quejumbrosamente, nadie logra mostrarse paciente, el viento te arranca lágrimas de los ojos, las nubes están preñadas de tristeza. Mujeres con pañuelos en la cabeza y pies protegidos por botas forradas de piel caminan con pasos medidos por entre el hielo a medio derretir. Parece que el invierno vaya a durar eternamente, que así lo haya decidido la naturaleza, y que no se pueda hacer nada por evitarlo.

Cuando yo tenía esa edad en la que mi madre estaba advirtiéndome constantemente que no me sofocase, la primavera comenzaba la primera tarde en que por fin me permitían salir después de la cena a darles patadas a las latas. La tierra estaba muy húmeda, y yo lograba embarrarme pese a que tomaba extremas precauciones; mi madre me ordenaba que regresara cuando ya había oscurecido, y nada más verme me preguntaba: «¿Se puede saber qué has hecho?», a lo que yo contestaba con notable optimismo: «Nada». Pero para cuando llegué a los dieciséis años, tanto el momento en que el año entraba en la primavera como otras muchas cosas, dejaron de ser tan claras. En marzo y a comienzos de abril comenzaba el atletismo, pero en pista cubierta; llegaban y pasaban los exámenes de mitad de curso; surgían las yemas en los arces, manchando de rojo todas sus ramas; pero seguía siendo

invierno, y me encontraba a mí mismo deseando, en mitad de la clase, que llegase por fin la primavera con sus pompas y sus obras. Hasta que, una tarde, mientras estaba haciendo los problemas de trigonometría en mi mesa, oía a mi hermana que regresaba de su oficina, oía el repicar de sus tacones altos en la acera, y me fijaba en que, por vez primera desde otoño, todas las ventanas de la casa estaban abiertas. Mi hermana se encaminaba al portal. Desde arriba, a través de un retículo de ramas recién brotadas, yo sacaba la cabeza y le gritaba que había llegado la primavera. Ella se encogía de hombros —era muy guapa, y yo no le parecía bien— y luego subía los peldaños de la entrada y desaparecía bajo el techo del porche.

Yo bajaba corriendo.

—Qué lleno iba hoy el autobús —decía mi hermana, colgando el abrigo—. Casi no se podía respirar. Cómo abriga este vestido.

—Necesitas algo más fresco para la primavera —decía mi madre; y se le iluminaba el rostro. Estaba sentada en la salita, con el periódico vespertino sobre el regazo.

Ella y mi hermana abrían el periódico en la mesa del comedor y se ponían a mirar los anuncios.

—Esta noche tendremos que conformarnos con bocadillos —me decía mi madre. Mi padre había muerto, y mi madre fingía ahora que cocinar era un esfuerzo que solo se hacía por los hombres—. ¡Mira! ¡Ese traje es elegantísimo! —exclamaba, mirando el periódico—. Qué cosas tan bonitas tienen siempre en Montaldo.

Suspiraba, se iba a la cocina, pero dejaba abierta la puerta batiente para seguir hablando con mi hermana.

—Noventa dólares no me parece demasiado para un buen traje, ¿no crees?

—No —decía mi hermana—. No me parece demasiado. Pero en realidad, para esta primavera no quiero llevar traje. Prefiero un vestido azul cielo, no sé, con cuello redondo, para que se me vean un poquitín los hombros. Los trajes no me sientan muy bien. No soy

lo bastante mayor. —Tenía veintidós años—. Y tengo la cara demasiado redonda —añadía en voz baja.

—No eres demasiado joven para llevar trajes —dijo mi madre. También quería decir que no era demasiado joven para casarse.

Mi hermana me miró y dijo:

—Madre, ¿no crees que tendría que afeitarse más a menudo? ¿Cada cuánto te afeitas?

—Cada tres días —dije, sonrojándome hasta el cuello.

—Pues prueba a hacerlo día sí, día no.

—Sí, trata de ser algo más pulidito —dijo mi madre—. Estoy segura de que a las chicas no les gustan los muchachos con toda esa pelusa en la barbilla.

—Me parece que no se afeita porque está muy orgulloso de la barba —dijo mi hermana, y soltó una risita la mar de tonta.

—Lo siento por el hombre que se case contigo —dije—. Todo el mundo cree que eres encantadora, y no es cierto.

Ella me dirigió una sonrisa compasiva, y luego se concentró otra vez en el periódico.

Hasta los cuatro años, viví en una gran casa blanca con adornos de madera que daba al Mississippi, en la parte sur de St. Louis. Esta casa tenía, entre otros tesoros, una *porte-cochere*, un ciervo de hierro forjado en el césped, y un estanque en el que nadaban peces de colores. Una vez le pregunté a mi madre por qué dejamos aquella casa, y ella me contestó:

—Porque perdimos nuestro dinero, por eso. Tu padre era un hombre muy confiado —dijo—. Siempre le estafaban.

Mi madre no era en absoluto mercenaria, ni tacaña en cosas de dinero —excepto en ciertas fases bastante aisladas—, pero creía que con el dinero habíamos perdido gran parte de nuestra dignidad y gran parte de nuestra felicidad. No quería ver la vida en un grano de arena; quería verla desde las playas de la Riviera, vestida con un traje blanco de piel de tiburón.

Jamás olvidaré su asombro el día en que nos llevó —se puso sus mejores pieles, supongo que a manera de símbolo— a ver la casa que sería nuestro hogar a partir de entonces, y yo le dije que me gustaba. Tenía nueve habitaciones, una ventana con cristales emplomados de colores en el vestíbulo, y montones de vecinos manzana arriba y manzana abajo. Ella detestaba esa casa.

A medida que fue haciéndose mayor, mi madre cambió, se hizo menos imperiosa. Comenzó a peinarse con moño, a vestir con colores más oscuros, a decir con frecuencia: «Ya no soy joven», y a sentirse orgullosa de ser una persona práctica. Pero siguió siendo muy determinada; había visto un mundo que nosotros no recordábamos con claridad, y quería que pudiésemos emprender el camino que llevaba de vuelta a ese mundo.

—Lo tenía todo —le dijo una vez a mi hermana—. Era guapa. Eramos ricos. No tienes ni idea de cómo era aquello. Si hubiese muerto a los treinta años, lo habría hecho completamente feliz...

Pero no le era fácil actuar de forma práctica. Carecía del instinto práctico, y cada primavera que me viene a la memoria está acompañada por la imagen de mi madre mirando sorprendida, miope, las hojas de tulipán que emergen en nuestros arriates. Y también la expresión de esforzada eficacia que ponía cuando hacía la limpieza general de cada inicio de primavera.

—Mejor será que despejes tus armarios esta noche —solía advertirme— porque Tillie y yo entraremos mañana con el aspirador, y tiraremos todo lo que encontremos.

Año tras año, yo subía corriendo la escalera con intención de salvar mis tesoros, incluso cuando ya tenía dieciséis años y estaba a punto de embarcarme en una gran aventura cuya naturaleza no era ni siquiera capaz de imaginar. Mis tesoros eran: mi colección de postales —dos mil quinientas en total, clasificadas por orden alfabético de acuerdo con el nombre del estado de la Unión o del país del mundo (lo asombroso era que *yo* viviese en St. Louis)—, un viejo guante de béisbol, mi colección de hojas, dos libros de cómics obscenos ganados en una timba de *poker* durante una jamboree de

los *boy scouts*, mi colección de canicas, y treinta y cinco páginas de pensamientos secretos, escritos a mano. Tenía que bajar todo eso al garaje y esconderlo allí, entre las herramientas, hasta que terminaba el frenesí de la gran limpieza y, de contrabando, lo subía otra vez a mi cuarto.

Después de cenar, a medida que iba haciendo más calor, mi madre, mi hermana y yo nos sentábamos en el porche resguardado de la parte trasera de la casa, y permanecíamos así aislados entre las sombras y las hojas nuevas y el olor a insecticida, y las luces de nuestras lámparas se pegaban a los árboles como pedacitos de papel amarillo. Generalmente teníamos la radio puesta, y mi madre, con un libro sobre el regazo, la expresión abstraída (por lo general se aburría; su vida solo se agitaba a los impulsos apremiantes de la idea de ascender de nuevo por el delgado borde de la distinción social), oía los chistes y se reía. Cuando sonaba el teléfono, se ponía en pie y entraba en casa dando largas zancadas, y si la llamada era para mi hermana, mi madre la reclamaba en un tono moteado de triunfo.

A veces, a esa hora, mi madre le lavaba el pelo a mi hermana. Mi hermana se sentaba frente a la jofaina del baño de mi madre, con una toalla sobre los hombros, sonriendo. Desde mi habitación, al otro lado del rellano, oía a mi hermana hablar de los hombres que había conocido: aquellos con los que salía, aquellos con los que le gustaría salir, aquellos a los que no quería ver ni en pintura. Mi madre la interrumpía contando ejemplos de su propio ingenio, de sus éxitos y grandes fiestas de juventud, a veces riendo, pero otras en tono sombrío, porque lamentaba muchas cosas. Luego, mi hermana y ella se dedicaban a ponerles etiquetas a los pretendientes de mi hermana: había un par de buena familia, otro que era rico, otro —un joven muy pobre— con un futuro brillante, y había unos cuantos que eran dóciles y encantadores, y que estaban solo de relleno, que representaban la cifra adicional de conocidos imprescindible para que mi hermana estuviera considerada por todos como una chica solicitadísima.

En esta clase de conversaciones era frecuente que mi madre tocara el tema de la decencia. Volver muy tarde a casa era indecente, lo mismo que coquetear con chicos que no eran tu novio, o no acudir a una cita. También intentaba instruir a mi hermana sobre otras cuestiones, generalmente relacionadas con cosas como que había que tratar de mantener la pasión dentro de ciertos límites, para evitar así cosas que luego podían resultarles embarazosas para los chicos y desastrosas para las chicas. Mi hermana acababa enfadándose.

—No sé por qué tienes que hablarme así. Me porto muy bien —le decía a mi madre—. Mucho mejor que otras chicas que yo sé.

Esta irritación le encantaba a mi madre, que sonreía y le decía que solo las chicas guapas podían permitirse el lujo de ser buenas, y entonces se ponían a reír las dos.

Siempre me preguntaba yo por qué mi madre no daba por sentado el éxito de mi hermana. Mi hermana era encantadora, tenía muchos pretendientes, el teléfono sonaba constantemente. ¿Dónde estaba el peligro? ¿Por qué le estaba dando lecciones a cada momento?

Un día mi madre le dijo a mi hermana que si bailaba con demasiados chicos diferentes, terminaría por asustar a los de intenciones más serias. Mi hermana estaba vistiéndose para el baile de primavera del club de campo. Arrogante y delgada, centelleaba como una ninfa acuática rodeada de la espuma de sus frascos y tarros y delicadas prendas. De repente se puso furiosa; se puso a gritar que a ella le *gustaba* bailar. Cerré la puerta de mi cuarto, pero seguí oyéndolas a las dos.

—No seas alocada —repetía mi madre una y otra vez—. No seas tan alocada, por favor...

Hasta que mi hermana, a punto de llorar, dijo que ella solo pretendía pasar un buen rato.

Llegó el novio de mi hermana, y yo bajé a abrirle la puerta, y cuando subí otra vez ya estaban las dos riendo de nuevo. Mi madre le dijo que solo trataba de ayudarla; al fin y al cabo, mi hermana

carecía de sentido práctico y no seguiría siendo eternamente tan guapa. Mi hermana, en el momento de abrir la puerta, añadió, en voz baja:

—Seguiré siéndolo durante algún tiempo.

Jamás olvidaré los tremendos susurros que produjo su voluminosa falda cuando se cruzó conmigo en la escalera. Su rostro permanecía extrañamente quieto, como visto a la luz de la luna. Su cabello era suave y brillante, y llevaba las manos dobladas hacia afuera por las muñecas, como si fuesen flores.

—¡Estás guapísima! —exclamé.

Mi hermana sonrió y luego, con solemnidad, dio una vuelta entera sobre sí misma, y su enorme falda se elevó y volvió a posar como una rociada de espuma. Era tan guapa que me resultaba casi insoportable. La abracé, y ella se rio.

Más tarde, esa misma noche, le pregunté a mi madre por qué estaba tan preocupadísima. ¿Acaso mi hermana no gozaba de la suficiente popularidad? Mi madre estaba sentada en la cocina, con una bata casera de color amarillo desteñido, tomándose un vaso de leche caliente.

—No sabes de qué hablas —me dijo ella, con tantísima tristeza que me levanté de la mesa y salí corriendo a refugiarme en mi cuarto.

—¡Sé lo que me digo! —gritaba mi madre cuando discutía con mi hermana—. Deberías escucharme. La gente chismorrea... Nunca se sabe cómo es el chico con el que vas a salir; por eso es bueno aceptar las proposiciones, aunque no conozcas al chico... Las chicas han de andarse con mucho cuidado. Tú eres muy imprudente. ¿No te parece que a mis cincuenta años ya debo de haber averiguado qué es lo que hace que el mundo dé vueltas? Pues, óyeme bien. Sé lo que me digo...

Pero el rostro de mi hermana estaba tan radiante, su hechizo era tan intenso, y se sacudía hacia atrás su rubia melena con un ademán tan rápido, tan seguro, tan arrogante y tan vanidoso, que

nadie, pensaba yo, podía dudar jamás de la corrección de todo cuanto ella hiciese.

También yo quería ser arrogante. No quería llevar gafas ni ser uno de esos chicos carentes de sentido del humor, esos chicos serios y aburridos que tanto despreciaba mi hermana. Hasta donde ella me permitía, yo estaba a su favor. Era la mayor, y a menudo yo le resultaba engorroso. Porque no parecía capaz de entender cabalmente todo lo que significaba estar al lado de ella.

Noche tras noche la veía llegar cansada del trabajo —era oficinista en un hospital, y odiaba su empleo—, pero dos horas más tarde descendía la escalera dispuesta a saludar al chico de turno, siempre con el rostro iluminado por la solemnidad o por una anchísima y brillante sonrisa, según cual fuese su estado de humor o el lugar al que su pareja tuviese que llevarla aquella noche. Para los conciertos o las películas de tipo artístico se ponía solemne; para las cenas en los hoteles mostraba su mejor sonrisa. Descendía airoosamente los peldaños con sus tacones altos, una chaqueta levísima y ligera colgada de un brazo, los guantes y el bolso sujetos con una mano, y la otra apoyada en la barandilla. A la extraña luz amarilla del candelabro del vestíbulo, el collar o los pendientes emitían reflejos apagados, y a veces, sobre todo cuando se ponía muy elegante, con un vestido negro, por ejemplo, bastante escotado porque iba a una cena, se le notaba cierto aire, pese al júbilo que expresaba, de cautividad. Y eso formaba parte de su hechizo. Con su voluminosa falda blanca, iba al baile de primavera del club de campo y a su regreso le traía a mi madre la noticia de que había despertado el interés de Sonny Bruster, el primogénito de M. F. Bruster, banquero y millonario: y pronto resultó que era algo más que simple interés lo que había despertado, porque Sonny empezó a llamarla al trabajo casi cada día, y a sacarla casi cada noche. Mi madre se pasaba buena parte de la tarde al teléfono, explicándoles a sus amigas que mi hermana no se había comprometido aún, en absoluto. Era un crimen, decía, que la gente chismorreara de aquel modo. Mi hermana solo había salido con ese chico diez o doce veces. Solo

trataban de conocerse. Más adelante mi madre comenzó a *recibir* llamadas; alguien se había enterado, por medio de una amiga de Mrs. Bruster, de que Mrs. Bruster había comentado que su hijo tenía intenciones serias respecto a mi hermana, que era una chica encantadora y muy bonita, de buena familia... Mi madre se frotaba las manos de alegría. Les pidió dinero prestado a sus hermanos, y mi hermana estrenaba ropa nueva cada semana.

Mi hermana subía corriendo a cambiarse en cuanto llegaba del trabajo. Sonny se presentaría a las siete para llevarla a cenar.

Mi hermana se descalzaba dando sendas patadas al aire, se quitaba el vestido culebreando nerviosa, y corría de un lado para otro en bragas.

—Madre, no encuentro los pendientes.

—¿Cuáles?

—Los de perlas, esos con las perlas pequeñitas que me compré por Pascua, hace dos años, para llevar a juego con...

Mi hermana estaba encantada consigo misma. Disfrutaba siendo tema de conversación, siendo envidiada.

—Madre, ¿sabes qué me ha dicho hoy mismo Cecil Johnson? Me ha dicho que la pobre Beryl Feringhaus, ya sabes, los de las inmobiliarias, tenía el corazón destrozado porque estaba convencida de que Sonny Bruster iba a pedirle la mano a ella.

Mi hermana reía sin parar. Su larga melena se le enredaba, y mi madre le pasaba el peine, dando fuertes tirones.

—Quizá tendrías que cortarte el pelo —dijo mi madre, tratando de ocultar su propia excitación y mostrar su sentido práctico. Durante todo este período, mi madre vivió en la inminencia de la riqueza. Cada vez que, mientras estaba haciendo algo, se detenía y alzaba la vista, su rostro estaba iluminado por sus visiones.

La primavera en la que cumplí dieciséis años, lo que yo quería conseguir por encima de todas las cosas era llegar a triunfar cuando fuera mayor. No conocía otro modo de ser amado. Mi mejor amigo

era un chico llamado Presión, que ya tenía una barba muy espesa. Era tímido, y desafortunado en sus relaciones con los demás, y quería ser físico. Tenía poquísima imaginación, y se compadecía de todos los que la tuvieran.

—¡Tú y tu manía de usar la palabra «belleza»! —me decía desdeñosamente, pinzándose la nariz e imitando mi voz—. A ver, ¿qué quiere decir «belleza»?

—Es bello aquello que uno desea —le decía yo.

—Eres un esteta —contestaba Preston—. Y yo soy un científico. Ahí está la diferencia.

Preston y yo nos telefoneábamos casi cada noche, y sosteníamos largas y profundas conversaciones.

Cuando salía con chicas, Preston se limitaba a sentarse junto a su pareja y a mirarla de forma estólida. Ocasionalmente, hacia el final de la tarde, comenzaba a respirar pesadamente, y contaba unos cuantos chistes muy complicados y atrevidos. Atrapaba, por ejemplo, la mano de la chica y se quedaba mirándola fijamente con unos ojos encendidos y melancólicos, o murmuraba cumplidos incoherentes. Gustaba a las chicas, y ellas sabían escapar fácilmente de sus torpes anhelos. Se soltaban de su mano y le pedían que volviese a telefonearlas, pero tras haber salido varias veces con la misma chica, Preston siempre terminaba diciendo con expresión asqueada:

—No hace más que hablar. Seguro que es frígida o algo por el estilo.

Pero la verdad es que Preston temía ofenderlas, o ser incorrecto, y en realidad jamás llegaba a propasarse.

En la escuela, Preston y yo teníamos la misma hora de estudio por las tardes. La hora de estudio la pasábamos en la biblioteca, una sala saturada en esos momentos por la respiración de ciento cincuenta estudiantes, y de las suaves y pesadamente perfumadas brisas de la primavera, y de libros: se convertía, así, en el lugar más importante del mundo. Preston y yo salíamos, firmando por separado, y nos reuníamos en los lavabos. Allí, apoyados en la

pared, charlábamos. Preston tenía montones de ideas; sus ideas le atormentaban.

—¿Sabes qué significa la relatividad? —me preguntaba, por ejemplo—. ¿Te das cuenta de cómo afecta hasta el más mínimo detalle de la vida cotidiana?

O bien se emocionaba pensando en Spinoza:

—Era el siglo XVIII, pero al menos había *un* hombre racional.

Yo caminaba de un lado para otro, escuchándole en parte, pero también soñando despierto, muriéndome de ganas de que también *mi* nombre saliese en la lista de grandes hombres de Preston.

También hablábamos de nuestros problemas:

—Sé que no soy muy querido —le decía yo—. Soy demasiado sombrío.

—¿Y por qué crees que lo eres? —me preguntaba entonces Presión.

—No lo sé —le contestaba yo—. Soy virgen. Y eso tiene mucho que ver con todo.

—Mira —me dijo Preston un día—, quizá no seas muy querido por todos, pero eres simpático. Lo malo de ti es que eres un *snob*.

Caminaba de un lado para otro del piso de azulejos, imitándome, encorvando la espalda, bajando la vista, proyectando el mentón hacia adelante, y adoptando una expresión estúpidamente seria.

—¿Soy así? —exclamé, angustiado.

—Bueno, casi —dijo Preston.

O bien, asomados a la ventana, sacando la cabeza al aire dorado de la tarde y viendo a un curso de chicas haciendo tiro con arco durante la clase de gimnasia, bajo los árboles, nos poníamos a hablar de la sexualidad.

—Empieza en el niño —decía Preston—, y dura toda la vida.

—Los santos no tienen —decía yo, luctuosamente.

—Y una mierda que no —decía Preston.

Abajo, en la ladera, las chicas preparaban sus arcos. Sus delgados vestidos verdes de gimnasia aleteaban contra sus cuerpos.

—¿No te parecen bonitas? —preguntaba anhelantemente Preston—. ¿No te parecen maravillosas?

Al salir de la escuela, Preston y yo íbamos a hacer atletismo. La pista al aire libre era un óvalo de ceniza que circundaba el campo de *rugby*. Una empinada y herbosa cuesta conducía a la entrada de los vestuarios.

—Subid corriendo esa cuesta, chicos —suplicaba el entrenador, el viejo Mackyz, con su barriga y su ondulado pelo gris acero, al terminar la sesión—. Corred, chicos, porque cuando se está absolutamente cansado es cuando hay que dar ese poco *de más*. Y es ese *de más* lo que forja a los campeones.

Y, dicho esto, se quedaba quieto, humilde, emocionado por sus propias palabras.

En las jornadas preparatorias solíamos recorrer al trote todo un largo del campo, y luego hacíamos lo mismo en sentido contrario, levantando mucho las rodillas. La magnífica inutilidad de este ejercicio me conmovía hasta la exaltación; y a mi lado, en líneas más bien torcidas, el resto de colegas de la masculinidad trotaban también, levantando mucho las rodillas.

—El césped es demasiado blando —decía Preston entre dientes—. Perjudica los músculos.

Preston era un corredor de media distancia. Un chico fuerte y carente de gracia natural; Mackyz decía que no tenía talento, pero era un corredor tenaz, y muy bueno en la milla. Yo corría los cuatrocientos. Era alto y delgado, y pese a que Mackyz afirmaba que hubiese podido ser un buen corredor de esa distancia, no lo era. Mackyz decía que me faltaba temple.

—Todos los chicos listos sois iguales —decía—. No le metéis toda la *rabia*. Siempre os contenéis. Sois una pandilla de estafadores.

Yo hice lo que pude por curar mi falta de entusiasmo. Mientras me veía correr, Mackyz me gritaba desesperadamente:

—Vamos, pégale fuerte a la pista. ¡Dale patadas con la punta del pie! ¡Brinca, chico, BRINCA! ¡Pero si andas arrullándote, por Dios...!

Al terminar cada carrera, solía dejarme caer en una montaña de tierra que había cerca de la meta, bajo un sicómoro, en donde el encargado de las pistas cavaba cada día un nuevo hoyo para nuestros vómitos. Otros tres o cuatro compañeros se reunían allí conmigo, y nos quedábamos tendidos, agotados, con el pecho ardiendo, demasiado cansados para mover un dedo.

Otro de mis problemas era que me veía reducido prácticamente al llanto por culpa de mi aspecto cada vez que miraba a un chico que se llamaba Joel Bush. Joel era tan increíblemente guapo que ninguno de los demás soportaba su existencia; no es que tuviese unos rasgos especialmente masculinos o elegantes, ni tampoco que tuviera un tipo muy varonil, sino que era, sencillamente, bellísimo. Como una estatua que, frotada con miel y cera caliente, hubiera terminado adquiriendo una tonalidad dorada, y llevaba siempre consigo, en la pulcritud de sus rasgos y de esas secretas proporciones de su cara y su cuerpo que le convertían en guapo y apuesto en un sentido muy especial, la amenaza de la seducción. Fastídiame en lo más mínimo, parecía decir, e iré a por ti. Haré que te enamores de mí y te convertiré en un asno. La gente le evitaba, o cedía a sus encantos; los profesores procuraban no hacerle trampas, los chicos no le tomaban nunca el pelo, y jamás hubo nadie que le riñese por nada. Un día le vi despedirse de una chica a la salida de clase, y cuando la dejaba para reunirse conmigo e ir juntos hacia el vestuario, se volvió para decirle:

—Nos encontraremos aquí, a las cinco y media.

La hora de atletismo no terminaba hasta las seis, y supe perfectamente que no tenía intención de reunirse con ella, y no obstante, cuando me preguntó algo sobre ciertos experimentos de física que habíamos hecho en clase, en lugar de tratarle como a alguien que acababa de comportarse como un malnacido le expliqué todo lo que yo había entendido.

Jamás se tumbaba con nosotros bajo el sicómoro, y corría sin esfuerzo. Cruzaba la meta, la respiración agitada bajo la sudada camiseta, subía las gradas y se sentaba al sol. Una tarde me quedé

mirándole: se había sentado allá arriba, y se secaba el sudor de la cara, y volvía la cabeza a un lado y a otro. Durante un instante, toda la cabeza, excepto las carbonizadas cuencas oculares, fue de plata, y al siguiente volvió a ser joven y perfecta, la de siempre.

Mackyz le vio y le gritó que se pusiera el chándal, no fuese a pillar un resfriado. Mientras obedecía, Joel dijo:

—¡Váyase a freír espárragos!

Mackyz sonrió con buen humor.

Esparcidos aquí y allá por el campo de *rugby*, grupos de muchachos alzaban los brazos al cielo y luego los bajaban velozmente hasta tocarse las puntas de los pies, o se tendían de espaldas en la hierba y hacían la bicicleta con las piernas en el aire.

Me puse en pie y me acerqué a uno de los grupos, dispuesto a trotar y correr elevando las rodillas al máximo. Miré a Joel.

—Estoy enfriándome —me dijo.

Yo seguí caminando, y justo entonces una bandada de cuervos remontó el vuelo detrás del roble de la colina, y llenó el aire con su vibración. Todo el mundo —incluso Preston— se detuvo y alzó la vista. Las aves se elevaron en semicírculo y luego planearon, deslizándose como una guadaña, abiertas las alas y dejándose arrastrar por una corriente de aire descendente, hasta que estuvieron a solo unos seis metros del suelo; entonces agitaron las alas con un ruido como el que se hace al sacudir una sábana, y se elevaron de nuevo, arrastrando sus sombras a lo largo de la escalonada geometría de cemento de las gradas, rozando la bella y rígida figura de Joel, camino del cielo.

—¿Qué os ha parecido eso? —dijo Mackyz—. La mayor bandada de cuervos que había visto en mi vida.

—¿Por qué no ha sacado la escopeta y matado a un par? —gritó Joel. Todos nos volvimos—. Así habría tenido siempre algún cuervo a mano, en caso de tener que comérselo^[1].

—Da una vuelta entera a la pista —aulló Mackyz, con su apergaminado rostro encendido por el rubor hasta las mismísimas raíces de su pelo gris acero.

—Solo bromeaba —dije, escandalizado ante lo mucho que Mackyz se había ofendido.

Mackyz me miró con gesto ceñudo:

—Y tú, no hables tanto y empieza también a dar una vuelta completa.

Me quité el chándal, lo tiré a la hierba y comencé a correr por la pista. En cuanto me puse a correr, el mundo cambió. Los cuerpos despatarrados por la hierba del campo de *rugby* no formaban parte de una escena que fuese real en ese momento, sino fragmentos de un recuerdo. El esfuerzo no tiene más que un secreto, resistir, me dije a mí mismo. Por nada del mundo me hubiese detenido en esos instantes, pero nada tampoco —ni siquiera suponiendo que, como premio por terminar la vuelta completa, me hubiera vuelto guapo— habría podido compensar el extraño dolor del esfuerzo.

Aproximadamente a media pista, Joel me alcanzó, redujo su velocidad y continuó la carrera a mi ritmo.

—Mackyz no nos mira —me dijo—. Escapémonos hacia la colina.

Me volví a mirar, y comprobé que Mackyz ponía a todo el mundo en fila para el salto de altura. Joel ascendió la cuesta, y yo le seguí.

—Cada vez está más viejo —dijo Joel, dejándose caer y sentándose en el suelo. Se asomó a mirar por encima de la cresta a Mackyz, y luego se tendió—. Qué haces, tonto, túmbate de una vez. ¿Quieres que Mackyz te vea?

Yo estaba inquieto; esta clase de estafas podía hacerlas Joel, porque él «se esforzaba», pero si Mackyz me pillaba a mí, seguro que me expulsaba del equipo. Se lo hice comprender a Joel.

—Bah, Mackyz se lo toma todo demasiado en serio. Allá él —dijo Joel—. Siempre está a la que salta. No entiendo por qué tiene que armar tanto alboroto por nada. ¿Te has fijado en que los viejos siempre están armando grandes alborotos a la menor excusa?

—Tampoco es tan viejo Mackyz.

—De acuerdo. Pero ¿te has fijado alguna vez en la manía que tiene la gente *mayor* de armar grandes alborotos a la menor excusa?

Al cabo de unos segundos, sin darle importancia, con los ojos posados en el envés de las hojas del roble, añadió:

—Ayer se me follaron.

—¿En serio? —dije.

Abrió los dedos delante de su cara, porque como un crío, quería ver cómo se volvían anaranjados a la luz del sol.

—En serio —dijo.

Del campo de *rugby* nos llegaron voces. Comenzaba el salto de altura. Mackyz gritaba:

—Arranca con el pie izquierdo, uno, dos, tres, ¡y saltas! ¡SALTA, MALDITA SEA! ¡Estira del todo las piernas, diantres, estíralas del todo, que no vas a romperte!

Los pasos del saltador producían unos sonidos sordos, seguía luego una pausa, y después el ruido de la caída en la arena. Elevando un poco la cabeza, alcancé a ver la cola de chicos que esperaba para saltar. El primero de todos comenzaba a correr, saltaba, y extendía los brazos en un ademán de súplica atlética.

—Fue una decepción —dijo Joel.

—¿Por qué? —pregunté.

—Nada especial.

Esta explicación me excitó todavía más.

—Quieres decir que lo que dicen los libros...

—No se le parece, en absoluto. —Se volvió con expresión hosca, y garabateó con los dedos en la tierra—. Es como masturbarse, igual que masturbarse, pero en tecnicolor.

—Quizá la chica era inexperta.

—¡Era una mujer adulta!

—Ya, pero...

—¡Era una mujer completamente adulta! ¡Sabía lo que se hacía!

—Oh —dije. Un minuto después, añadí—: Oye, ¿te importaría contarme lo que le dijiste? Si alguna vez tuviese la oportunidad, seguro que no sabría qué decirle...

—No me acuerdo —dijo Joel—. Nos quedamos mirándonos, y luego ella se puso llorosa, y me dijo que me desnudara.

Nos quedamos un momento en silencio bajo la luz del final de la tarde, y luego yo dije que sería mejor que regresáramos. Bajamos la colina, la rodeamos, y estuvimos esperando un poco a que Mackyz mirase hacia otro lado. Luego entramos al *sprint* en la pista.

Los saltos siguieron durante quince o veinte minutos más; finalmente, Mackyz alzó los brazos, como bendiciéndonos.

—Muy bien, pandilla de farsantes, todo el mundo a la pista. Vamos a dar una vuelta a toda carrera. Y tú, tramposo, no creas que te libras —terminó, señalándome con el dedo.

Todos los chicos se enderezaron y se fueron hacia la pista. La luz del sol lanzaba sus largos rayos bajos sobre el tejado de la escuela. Dándonos empujones, bromeando, comenzamos todos a correr.

—¡Más rápido! —chillaba Mackyz—. ¡Más rápido! ¿Qué os pasa? ¡Pandilla de nenas! ¡Más rápido! ¡Por todos los diablos, he dicho que más rápido!

Como, en su testarudo intento de convertirse en un buen mediofondista, Presión corría tres vueltas en lugar de una sola como los demás, solía ser el último en llegar al vestuario. Entraba agotado y respirando pesadamente; a veces tenía que sostenerse con una mano en la taquilla mientras se desnudaba. A esas alturas todos los demás se habían duchado y estaban casi a punto de irse. Se oían algunos comentarios: alguien decía que, de tanto correr, a Preston se le estaban quedando las piernas como palillos, y otro añadía que se iba a matar por darle una satisfacción a Mackyz. Preston sonreía con expresión aturdida, tratando mientras de normalizar su respiración, y en cierto modo a mí siempre me sorprendía que Preston llamara tan poco la atención, que estuviera tan alejado y tan solo.

Lo más corriente era que Joel se pusiera en plan exhibicionista en cuanto entrábamos en los vestuarios: hacía la vertical, cantaba canciones guarras, o se ponía a discutir sobre cualquier cosa. Entretanto, Preston se iba a la ducha. Yo charlaba con Joel y me

vestía lentamente, porque casi siempre esperaba a Preston. Cuando ya me había vestido del todo, el vestuario se había quedado vacío y Preston aún estaba secándose con la toalla. Entonces, en lugar de darse un poco de prisa para vestirse, se pasaba la mano por el pecho para rizarse el escaso y lacio pelo, y yo, fastidiado, le decía:

—¡Venga ya!

—Tranquilo, hombre —contestaba él, con su enloquecedora serenidad de físico—. Tranquilo.

Tardaba media hora en vestirse. Se ponía delante del espejo, tensaba una y otra vez sus músculos, admiraba la línea que sus pectorales dibujaban sobre su ancha caja torácica, y siempre se dejaba la camisa para el final, incluso hasta después de haberse peinado. Su vanidad me confundía; no era en absoluto guapo, pues tenía los labios gruesos y las pestañas muy espesas y los hombros anchos y caídos, pero adoraba su imagen y, mientras se abrochaba la camisa, se volvía una y otra vez para mirarse en el espejo desde diferentes puntos de vista. Presión odiaba a Joel.

—El clásico tío que nunca será gran cosa —decía—. Es un gallina. Y no es nada listo. No entiendo por qué pretendes gustarle... Solo lo entiendo si pienso que eres un gilipollas. Dejas que tus ojos dominen a tu entendimiento.

Yo soportaba todo eso porque quería que Preston me acompañase hasta mitad de camino de mi casa. Tener que regresar solo me parecía vergonzoso.

Finalmente, Preston terminaba, y cuando salíamos de la escuela la tarde ya estaba agonizando. Mientras caminábamos, Preston lanzaba diatribas contra mi falta de criterio. Mis fervientes deseos de obtener distinciones académicas y de ser bien considerado por todo el mundo le parecían a él despreciables demostraciones de cobardía burguesa. Yo estaba de acuerdo con él (al fin y al cabo, no me gustaba a mí mismo); pero ¿acaso eso tenía remedio?

—Podríamos huir de aquí —decía Preston, mirando el cielo y haciendo guiños con los ojos—. Hacer autostop. Trabajar en alguna fábrica. Ir de putas...

Yo me apoyé contra un árbol y Preston se quedó con un pie en el bordillo y otro en la calzada, y estuvimos tirándonos piedrecillas mientras hablábamos.

—El destino nos ha condenado de antemano —dijo Preston.

«Destino» era una de sus palabras favoritas. También lo eran «cultura», «cinético» y «el Absoluto».

—Venimos de una cultura agonizante —decía.

—Imagino que tienes razón —dije—. Como mínimo, eso parece. —Pero enseguida me animaba—. Al fin y al cabo, tampoco es como si estuviéramos locos o algo así.

—Aunque lo estuviéramos, todavía no se nos notaría —decía Preston en tono sombrío—. La locura se encuentra aún en estado latente. Saldrá a superficie más adelante, ya lo verás. Al fin y al cabo, aún vives en casa, y te queda tu pizca de encanto...

Le interrumpí; era la primera vez en la vida que Preston me dedicaba un cumplido.

—No he dicho que tengas mucho encanto —dijo—. Solo he hablado de tu pizca de encanto. Sabes comportarte bien en público. Me refería únicamente a eso.

En la esquina donde nos separábamos, Preston se entretuvo un momento.

—Y no tiene remedio —dijo.

—Dios mío, ¿lo dices en serio? —pregunté.

—Esa es mi más sincera opinión —dijo él.

Se volvió hacia su casa. Recorrí al trote un par de manzanas, y luego me palpé los músculos del estómago. Cuando me acercaba a un arce del que colgaba una rama baja y recta, me puse a correr, salté y estiré el brazo para alcanzarla, mientras un gran autobús **diésel** de color verde avanzaba pesadamente, con sus ventanas repletas de rostros cansados vueltos hacia la calle y que se quedaron mirándome a mí, sonriente y colgando de la rama. Podía estar condenado de antemano, pero también, casi seguro, era una persona encantadora.

Corrí hasta la puerta de casa y grité:

—¡Madre! ¡Madre!

—¿Qué ocurre? —contestó ella. Estaba sentada en el porche, y alcancé a ver un levísimo penacho de humo de pitillo en el portal. Sonaba, muy bajito, un noticiario de la radio.

—Nada —dijo—. Que ya estoy en casa.

Aunque intentase disimular mi presencia encorvándome sobre la mesa y haciendo mis deberes, mi madre y mi hermana siempre me localizaban.

—¿Qué tal ha ido hoy la clase de atletismo? —preguntaba mi hermana con cierta sorna.

—Bien —contestaba yo en voz baja.

Mi madre y mi hermana me miraban. En aquellos momentos yo debía de parecerles cómico, afectado, y hasta ligeramente absurdo, como todos los hombres.

Casi todas las noches llegaba a casa Sonny Bruster en su descapotable amarillo. Aquel coche tan grande se deslizaba lentamente hasta quedar detenido junto a la acera, y Sonny se miraba fugazmente en el retrovisor, pasándose la mano por el pelo. Luego se apeaba de un salto, y también se alisaba los pantalones, tan ocupado con su propia timidez que no prestaba atención a los niños que jugaban por allí. Ellos, en cambio, interrumpían sus actividades y se volvían a mirarle.

Yo le esperaba en la puerta de casa, le abría y le conducía hasta la sala de estar. Siempre me adelantaba yo, porque había notado que, al cruzar el vestíbulo, Sonny no podía evitar que los ojos se le fueran escalera arriba, como si la sola intensidad de su deseo pudiese hacer que mi hermana apareciese de repente en lo alto de la escalera, como por arte de ensalmo, y yo detestaba verle en esos momentos. Luego me sentaba en la butaca amarilla de respaldo alto, y Sonny se instalaba en el sofá y me preguntaba por el atletismo, o si ya había elegido universidad.

—Tienes que meditarlo bien antes de decidirte —solía decirme—. Creo que en Princeton son más civilizados que en Yale.

Su voz amable de acento educado era cuidadosamente inexpresiva. A su manera contenía un matiz de envaramiento que servía para recordarme a mí, y para recordarle a él mismo, que era rico y que si por un momento alguien pudiera faltarle al respeto, él no lo permitiría. Pero Sonny me gustaba. Me trataba con mucha cortesía, y a mí me gustaba la idea de que fuese mi cuñado, y a veces pensaba en las ventajas que yo tendría en caso de que mi hermana se casara con él.

Luego aparecía mi hermana en lo alto de la escalera, acicalada para salir, y Sonny se ponía en pie de un salto.

—¿Estás lista? —exclamaba él, como si hubiese llegado a pensar que tal vez jamás llegaría a estarlo.

Mi hermana le pasaba la chaqueta, y él se la sostenía con esmeradísimo cuidado. Solían ser las ocho, o un poco más tarde. Las farolas de la calle ya estaban encendidas, pero, como aún no había oscurecido del todo, su luz parecía pálida. Generalmente, Sonny abría la puerta del coche para mi hermana, pero en algunas ocasiones, con una maniobra rápida, ella se lo impedía, apresuraba los últimos pasos, abría y se colaba en el coche antes de que él hubiese podido impedirselo.

Sonny no era el primer jovencito rico que amaba a mi hermana; era el cuarto, o el quinto. Y en los demás casos siempre se habían producido entre mi hermana y mi madre ciertas escenas en las que mi madre ensalzaba las virtudes del jovencito, y mi hermana decía que era demasiado joven todavía para casarse y que aún quería pasárselo bien durante una buena temporada. Todas las veces ganó mi hermana, y todas las veces acabó mandando a paseo al jovencito, no sin que mi madre adoptara una expresión dolorida mientras repetía que mi hermana estaba malogrando su mejor oportunidad.

En el caso de Sonny daba la sensación de que estaba a punto de ocurrir lo mismo. Mi hermana echaba de menos los tiempos en los que, en lugar de salir solo con un chico, podía salir con muchos. En un par de ocasiones se quejó de que Sonny fuera celoso y estuviera

malcriado. Había momentos en los que parecía que Sonny le gustaba muchísimo a mi hermana, pero también hubo otros en los que ella le saludaba inexpresivamente al verle llegar, y él se mostraba temeroso, y trataba de pedir disculpas, y fue así cómo comprendí que Sonny temía la desaprobación de mi hermana más que a nada en el mundo.

Mi madre no daba señales de enterarse o, si se enteraba, prefería ocultar sus sentimientos. Hasta que una noche en que yo estaba en mi cuarto, haciendo los deberes, oí que subían las dos y se metían en la habitación de mi hermana.

—Creo que Sonny se lo toma cada día más en serio —dijo mi madre.

—Pero es tan bajito... —le oí decir a mi hermana—. Además, tampoco me parece nada interesante, madre.

—Yo diría que te quiere mucho —dijo mi madre.

—Es aburridísimo —dijo mi hermana—. ¡Cuidado, madre! —gritó—. ¡No tan fuerte! ¡No tires tanto del cepillo, que me haces daño!

Abandoné mis intentos de trabajar, y me puse a escucharlas.

—Sonny es un joven inteligentísimo —dijo mi madre—. Y de buena familia.

—Y a mí qué más me da —dijo mi hermana—. No quiero malograr mi vida con alguien como él.

—¿Malograrla? —Mi madre lanzó una carcajada despectiva. Me puse en pie y me acerqué a la puerta del cuarto de mi hermana. Esta estaba sentada frente al tocador, con los ojos cerrados y el cabello brillante como el cristal. Mi madre caminaba de un lado para otro de la habitación, agitando el cepillo del pelo en el aire con ademanes acalorados—. Él es quien está malogrando la suya —añadió—. Pero ¿se puede saber quién te has creído que somos? No somos nadie.

—¡Soy muy bonita! —objetó enfurecida mi hermana.

Mi madre se encogió de hombros.

—Los bosques están repletos de chicas bonitas. Es más, están repletos de chicas bonitas y ricas. Mira, Sonny es un joven

encantador...

—¡Olvídame! —Mi hermana se levantó el pelo que hasta entonces le colgaba sobre los hombros, y formó con él un suave moño sobre la coronilla—. ¡Sonny es tonto! ¡Tonto!

—¡Es muy guapo! —exclamó mi madre.

—¡Qué sabrás tú de eso! —exclamó mi hermana—. ¡Por Dios, madre, con lo vieja que eres...!

El aire vibró. Mi hermana se puso en pie y miró a mi madre, horrorizada por lo que había dicho. Retiró las manos del cabello, que cayó tumultuosamente sobre sus hombros, seco, pálido, suave.

—Me da igual —dijo mi hermana de repente, y salió, rozándome, se metió en el baño y se encerró allí. No volvió a decir nada más. La única huella de su presencia en casa fue, en ese momento, el leve aroma florido del perfume que solía ponerse aquella primavera.

—Ay, qué alocada —dijo mi madre, y la vi llorar—. No sabe lo que hace... ¿Por qué es tan alocada?

Dejó el cepillo, se llevó las manos a las mejillas, y empezó a pellizcárselas.

Regresé a mi habitación y cerré la puerta.

Cuando volví a salir, al cabo de una hora, mi madre estaba leyendo una revista en la cama; por su aspecto, cualquiera hubiese dicho que había recibido una docena de graves heridas. Mi hermana estaba sentada en su cuarto, delante del espejo. El cabello le caía cuello abajo, y yacía en conmovedores e indefensos rizos sobre la toalla que llevaba sobre los hombros. Estaba estudiando meditativamente su reflejo. (¿Son vanidosas las flores? ¿Lo son los árboles? ¿Se consumen de vanidad durante los días de floración?). Levantó una mano y se llevó un dedo al labio inferior, a fin de averiguar, me parece, si habría sido más bonita en caso de que su labio, en lugar de ser tan uniforme, hubiese tenido, como el de algunas chicas, un leve corte central.

Pocos días después, mi madre, que no era estúpida ni cruel, le sugirió a mi hermana que dejara de ver a Sonny durante una temporada.

—Hasta que te decidas —le dijo—. De lo contrario, le destrozarías el corazón, compréndelo. Dile que necesitas algún tiempo para pensártelo. Él lo comprenderá. Pensará que eres una chica madura, responsable.

Sonny desapareció de nuestra casa. A partir de entonces, por la noche, nos sentábamos los tres en el porche después de cenar. Mi hermana alzaba la vista con vehemencia cada vez que sonaba el teléfono, pero nunca era para ella. Ninguno de sus antiguos novios sabía que había dejado de salir con Sonny, y al cabo de cierto tiempo, cuando sonaba el teléfono, ella fingía no estar interesada por la llamada, adoptaba una expresión fría, o bien preguntaba, en tono de fastidio:

—Vaya, quién será a estas horas.

Comenzó a contestar ella misma las llamadas (cosa que hasta entonces no había hecho nunca, pues no estaba bien visto que las chicas pareciesen muy ilusionadas) y, mirándose entristecida al espejo del vestíbulo, solía contestar:

—Sí, Presión, aquí está.

Mi hermana intentó leer. Pasaba unas cuantas páginas, pero enseguida dejaba el libro y miraba la noche y las manchas de luz de los árboles. Oía con mi madre a los cómicos de la radio, y reía vagamente cuando mi madre reía. Comenzó a meterse conmigo. «Aprende a sentarte», me decía. O bien: «¿Dónde te han enseñado esos modales? Madre, este niño se comporta como un hortera».

—Como no aciertes al casarte —me dijo en otra ocasión—, lo tendrás negro. Eres demasiado perezoso para hacer las cosas por ti mismo.

Cada día que pasaba estaba más inquieta. Un día se le rompió el collar cuando jugueteaba con él, y las cuentas rodaron por el suelo,

y se puso casi frenética tratando de recuperar cada una de aquellas brillantes y escurridizas bolitas. Se me ocurrió que en realidad mi hermana no sabía lo que hacía; que no estaba tan segura como aparentaba. Me costó mucho dolor llegar a concebir esa idea, pero en cuanto la pensé ya no me abandonó. ¿Por qué no me había dado cuenta hasta entonces? Además, también me pareció que mi hermana me odiaba, o algo muy parecido. Tampoco me había fijado en eso hasta entonces. Me pregunté cómo había podido engañarme tanto a mí mismo. Y, al comprender cuánto me había equivocado en todo eso, me pareció que no podía fiarme de ninguna de mis ideas. Por ejemplo: no éramos una familia forzosamente feliz, ni nos aguardaba a mi hermana y a mí el más maravilloso destino imaginable. Podíamos cometer errores, elegir mal. La infelicidad era real. Incluso probable... Me cansé horrores de estudiar la cara de mi hermana. Me cansé tantísimo que prefería cualquier cosa antes que reunirme en el porche con las dos mujeres.

Al cabo de tres semanas así, Sonny regresó. Jamás me contaron si regresó por decisión propia o llamado por mi hermana; fuera como fuese, el descapotable amarillo aparcó una tarde delante de casa, y Sonny volvió. Ahora, mi madre sonreía al ver a mi hermana y a Sonny entrando en el coche de este. «Creo que tu hermana ha encontrado por fin a un chico por el que siente respeto», decía. O bien, «Serán muy felices», o algún otro comentario igualmente esperanzado. Aunque yo no veía fundamento alguno para tales esperanzas, mi madre basaba su confianza en todos los años y recuerdos de los que disponía, en todo el peso de su pasado y del amor que sentía por mi hermana. De modo que yo me iba al teléfono y llamaba a Preston.

Me tumbaba debajo de la mesa del comedor, protegido por la intimidad que el pesado mueble me proporcionaba, con la vista alzada hacia las ensambladuras de las piezas de caoba, y hablaba desde allí con Preston. Apoyaba el auricular entre la oreja y el

hombro, levantaba el libro de texto sobre mi cabeza, y estudiábamos juntos la física, que para mí era una asignatura muy complicada.

—Preston —pregunté una noche—, ¿se puede saber por qué demonios funcionan los sifones?

Los sifones, como todo el mundo sabía, funcionaban, y, al formular la pregunta, mi voz gemía. Preston me explicó la teoría de los sifones y, mientras él me hablaba, yo fruncía el ceño, respiraba hondo por la nariz, hacía guiños mirando los incomprensibles diagramas del libro, y pensaba en la sexualidad, en la dignidad del hombre, en las maravillas de la mente, en todo eso. Cada pocos minutos Preston me preguntaba: «¿Lo entiendes?», y yo suspiraba. Era primavera, y todo a mi alrededor hubiera tenido sentido... con tal de que hubiese sido libre..., con tal de que hubiese podido librarme de la escuela, de mi madre, de mis responsabilidades e inhibiciones..., con tal de que hubiese podido montar un caballo... ¿Dónde estaba el mundo? Desde luego que no estaba allí, a mi lado, debajo de la mesa del comedor...

—No del todo —contestaba yo, mintiendo, pero temeroso de que Preston se desanimara—. Pero casi. A ver, explícamelo una vez más, solo una.

Y el pobre seguía y seguía, mientras yo fruncía el ceño, respiraba hondo, y hacía guiños mirando los incomprensibles diagramas del libro.

Hasta que por fin ocurrió:

—¡Lo entiendo! —exclamé—. ¡Lo entiendo! ¡Lo entiendo!

Se debía a la presión del aire. ¿Cómo diablos había sido incapaz de visualizar la presión del aire? Ahora la veía. Jamás volvería a ser incapaz de verla; ya estaba en mi cabeza, sólida e indestructible, blancuzca, toda una columna pesando sobre el agua.

—Maldita sea —dije—. ¡La ciencia es maravillosa! —Y tiré mi libro de física a la sala de estar—. ¡Absolutamente maravillosa!

—Son leyes de la naturaleza —dijo Preston, reprendiéndome con el tono—. No mezcles las emociones con eso.

Una noche en la que mi hermana y Sonny no tenían que salir, mi madre me dio unos golpecitos en el pie, que emergía por debajo de la mesa del comedor.

—Tengo la sensación de que Sonny va a llamar —me susurró. Le dije a Preston que esperara un momento, y asomé la cabeza junto a la pata de la mesa—: Tengo una corazonada. Creo que ya ha llegado el momento —dijo mi madre—. Tu hermana está nerviosa.

Dejé el teléfono sobre su mesilla correspondiente.

—Pero, madre... —empecé a decir, y sonó el teléfono.

—Sh-h-h —dijo ella.

El timbre sonó tres veces. Mi hermana, desde la extensión de arriba, dijo:

—Diga... Oh, Sonny...

Mi madre me miró y sonrió. Luego me tiró de la manga hasta que agaché la cabeza, y entonces me dijo al oído:

—Serán muy felices... —Salió al vestíbulo y se fue hasta el pie de la escalera—: Dile que puede venir —susurró apasionadamente.

—Claro que sí —decía mi hermana al teléfono—. Me gustaría mucho... Si tú quieres... Claro...

Mi madre siguió escuchando, con la cabeza inclinada a un lado, la luz proyectada sobre su rostro envejecido, y luego se puso a imitar con gestos de mímica las respuestas que mi hermana debía darle a Sonny: dulces síes, dignos noes, y breves estallidos de cautivadora risa.

Me lancé por el vestíbulo hacia el porche. Las farolas estaban encendidas, y la luna brillaba. Oí voces de críos:

—Digger, te he visto. Un, dos, tres, Digger, te he cogido...

Dos manzanas más abajo, el reloj de la iglesia presbiteriana daba la hora. Justo en ese momento una niña abandonó su escondite en el seto de nuestra casa y salió chillando hacia el árbol donde iba a poder salvarse.

—¡Salvada! ¡Salvada! ¡Todo el mundo salvado!

Todos los prisioneros, que hasta entonces permanecían sentados junto al parachoques del Oldsmobile de Mr. Karmgut, en el más

profundo abatimiento, se pusieron en pie dando gritos de alegría, y se esparcieron bruscamente por la oscuridad.

Alcé el rostro —ese exasperante elemento que era mi rostro— y me quedé contemplando en trance la noche, las ondeantes copas de los árboles, las ramas agitadas por el viento, e, incrustada en el cielo nocturno, la luna redonda, que transformaba en madreperla las nubes más próximas. Todo era muy raro y muy eterno. Y qué espantosa infelicidad sentí.

Me fui caminando por el bordillo, haciendo equilibrios con los brazos extendidos. Colgaban las hojas sobre la acera. Sus susurros saturaban el aire, y las luces de las farolas se reflejaban en ellas. Miré hacia las iluminadas ventanas de las casas. Mrs. Kearns, sentada como una jovencita en el extremo del sofá, estaba leyendo un libro. En la casa de al lado, a través de las hojas de un alto arbusto, vi a los Lewis, de pie los dos en la sala. Cuando llegué a la esquina rodeé con el brazo el poste que sostenía el rótulo de la calle, y allí me quedé, inclinado sobre la reja de la alcantarilla en la que mis amigos y yo debíamos de haber perdido por lo menos cien pelotas de tenis. A lo largo de tantos años, en innumerables ocasiones, habíamos abandonado nuestros partidos de pelota para reunirnos en torno a la reja y quedarnos mirando nuestra pelota, que flotaba en la oscuridad del fondo.

La luz del porche de los Cullen estaba encendida, en la siguiente manzana, y vi a Mr. y Mrs. Cullen subiéndose al coche. Eleanor Cullen iba a mi curso, y había sido novia de Joel. Sus padres iban a salir, lo cual significaba que ella estaría sola en casa, suponiendo que estuviera en casa. Podía haberse ido a la biblioteca, pensé mientras arrancaba el coche; o a alguna reunión de la hermandad de estudiantes. Mientras miraba la casa de los Cullen, la luz del porche se apagó. Al cabo de un minuto, jadeando por la carrera, me planté en el porche y llamé al timbre. No había luz en el vestíbulo, pero la puerta de la calle estaba abierta, y oí unos pasos que se acercaban. Era Eleanor.

—¿Quién es? —preguntó.

—Yo —dije—. ¿Estás ocupada? ¿Quieres salir a pasear un rato conmigo?

Eleanor se aproximó un poco más a la tela metálica, y aplastó contra ella la nariz. Sin maquillaje, parecía más pálida.

—Claro —dijo—. Voy a ponerme los zapatos. No creas, no estoy de muy buen humor.

—Da igual —le dije—. Tampoco yo lo estoy. Necesito hablar con alguien.

Mientras aguardaba a que Eleanor saliera, apareció Mattie Seaton, caminando a largas zancadas por la acera. Era del equipo de atletismo.

—¡Eh, Mattie! —le grité.

—Hola —dijo.

—¿Qué tal?

—Nada especial —dijo—. ¿Has hecho los ejercicios de trigo?

—No. Todavía no.

—¿Sales con *ella*? —preguntó, señalando la casa.

—No —dije.

—Bueno, tengo que irme a hacer los deberes —dijo.

—Hasta luego —le grité mientras se iba. Sabía muy bien adonde se dirigía: a casa de Nancy Ellis, un par de manzanas más abajo.

—¿Quién era? —preguntó Eleanor. Salió al porche. Se había peinado y pintado los labios.

—Mattie Seaton —dije.

—Está loco por Nancy —dijo Eleanor—. Le gusta muchísimo...

Se sentó en una silla metálica de color blanco. Yo me senté en la barandilla del porche, frente a ella. Eleanor se rebuscó los bolsillos y sacó una cajetilla de cigarrillos.

—¿Quieres un cigarrillo? —me preguntó.

—No. Hago atletismo.

Nos miramos, y luego ella desvió la vista, y yo me quedé mirando mis zapatos. Y, mientras permanecía sentado allí, noté que Eleanor me gustaba más a cada momento.

—¿Cómo es que no estás de buen humor? —le pregunté.

—¿Yo? Ah, no sé. ¿Cómo sabes que estoy de mal humor?

—Tú misma me lo has dicho. —Apenas llegaba a distinguir su cara y el color apagado de sus manos en la oscuridad reinante.

—Sabes una cosa, creo que no soy una persona alegre... —dijo Eleanor de repente—. Siempre había creído que lo era... La gente espera de ti que lo seas, sobre todo si eres chica.

—A *mí* no me sorprende —dije.

La brisa puso de nuevo en movimiento todas las hojas.

—Lloverá —dije.

Eleanor se puso en pie, se alisó la falda amarilla, y tiró el cigarrillo hacia afuera; la punta luminosa aterrizó en la hierba. Eleanor comprendió que yo estaba mirándola. Levantó la mano y la apoyó en su pelo.

—Supongo que ya te has fijado que hoy estoy especialmente fea —dijo. Se inclinó sobre la barandilla del porche, junto a mí, apoyándose en las manos—. Estaba intentando estudiar geometría —dijo en voz baja—. Era incapaz. Me sentía estúpida —dijo—. Y he terminado llorando. Por eso estoy tan horrible.

—Yo diría que estás muy bien —dije—. Yo diría que estás guapa. —Me incliné hacia adelante y apoyé mi mejilla sobre su hombro. Luego, sonrojándome, retrocedí y volví a sentarme—. Me molesta oír que no estás a gusto contigo misma —murmuré—. Si no cambias de actitud, podrías acabar perdiendo la confianza en tus propias fuerzas.

Eleanor se enderezó y volvió el rostro hacia mí, a la luz de la luna.

—Qué guapa eres —estallé, emocionado—. No me había fijado hasta ahora. Pero lo eres.

—Espera —dijo Eleanor. Se le agolparon las lágrimas en los ojos—. No pienses todavía que te gusto. Antes he de contarte una cosa. Es sobre Joel.

—No tienes que contarme nada —dije—. Ya sé que sales con él. Lo comprendo.

—¡Escúchame! —dijo ella con fastidio, descargando una patada en el suelo—. *No* salgo con él. Joel... —De repente se llevó las manos a los ojos, se los apretó—. ¡Oh, qué horrible!

Un leve estremecimiento de interés me atravesó de pies a cabeza.

—Bueno —dije—. Pero me da igual que no me lo cuentes.

—¡Es que quiero contártelo! —exclamó ella—. Solo que me da un poco de vergüenza. Ahora mismo se me pasa...

«El domingo por la noche...», comenzó a contar al cabo de unos cuantos segundos. Fueron a Medart's, en Clayton, para tomarse unas hamburguesas. Joel la convenció para que se tomara una cerveza, y ella acabó tan mareada que apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos.

—¿Qué coche tiene Joel? —pregunté yo.

—Un Buick —dijo Eleanor, sorprendida por mi pregunta.

—Ya —dije.

Imaginé el salpicadero de un Buick, el atractivo rostro de Joel, y luego, con gran atrevimiento, añadí la mano de Eleanor, con sus uñas mordidas, cogida de la mano de Joel. Solo estaba escuchándola a medias, porque ya había empezado a sentir los estremecimientos preliminares de una envidia tan profunda que haría que me sintiese desgraciado durante varias semanas seguidas. Volví la vista por encima del hombro para mirar al cielo; las nubes habían ocultado la luna, y todo estaba más oscuro. En el repentino silencio, me llegaron voces desde la siguiente manzana, los gritos babilónicos de unos niños que jugaban a dar patadas a las latas. Su timbre era cada vez más cansado y quejumbroso.

—Y entonces noté que me ponía la mano en... —Eleanor, semizambullida en las sombras, me mostraba, en su pecho, el lugar en donde Joel la había tocado.

—¿Y eso es todo? —dije, sonriendo de repente. Por fortuna, no tendría que morirme de envidia—. ¡No tiene importancia!

—Le... ¡le di un bofetón! —exclamó ella. Le tembló el labio inferior—. Yo no pretendía que..., lo que yo quería era... ¡Oh! ¡Fue

todo tan horrible! —estalló.

Bajó corriendo hacia el jardín y se quedó apoyada en el tronco de un roble. Yo la seguí. La calma que antecede a la tormenta se había adueñado del cielo, del aire que se colaba entre los árboles, de los espacios oscuros entre las plantas.

—¡Dios mío! —lloraba Eleanor—. ¡Siento odio contra todo, contra todo!

Mi corazón latía con fuerza, y yo no sabía por qué. No tenía ni idea de que yo pudiera sentir cosas así..., que pudiera detenerme un instante al borde de ese sentimiento que se extendía como un enorme prado completamente ensombrecido en mi interior. Me pareció un milagro que los seres humanos llegaran a ser tan complicados.

—Oyeme, Eleanor —le dije—. Tranquilízate. Me gustas mucho, desde *siempre*.

Tragué saliva y me acerqué un poco más; un par de rastros húmedos se deslizaban por sus mejillas. Levanté el brazo y, con el puño de la camisa, le sequé las lágrimas.

—¡Te encuentro maravillosa! ¡Me pareces muy especial!

—Me desprecias —dijo ella—. Lo sé. Lo adivino.

—Pero ¿cómo iba yo a despreciarte, Eleanor? ¿Cómo? —exclamé—. No soy nadie. Soy una víctima de mi herencia.

—¡Tú también! —exclamó ella, alegremente—. ¡Eso es también lo que me pasa a mí!

Un repentino siseo atravesó el aire y luego las primeras gotas de lluvia golpearon la calzada.

—¡Corre! —gritó Eleanor, y corrimos a resguardarnos al porche de su casa. Dos relámpagos seguidos iluminaron el oscuro cielo, y la lluvia comenzó a caer a raudales. Cogí la mano de Eleanor, y nos quedamos en pie, mirando la lluvia—. ¡Menuda tormenta!

—¿Te fastidia —le pregunté— que no nos hayamos hecho amigos hasta hoy? Quiero decir que quizá tienes la sensación de haber llegado hasta aquí de rebote, y que te estás conformando con el segundo de tu lista...

Hubo un prolongado silencio, y me llegó de todas partes el sonido de la lluvia.

—Creo que no —dijo finalmente Eleanor—. ¿Y tú, tienes esa sensación?

Alcé las cejas y dije:

—Oh no, qué va.

—Mejor —dijo ella.

Nos encontrábamos muy cerca el uno del otro. Conversábamos con mucho esfuerzo.

—La geometría no me gusta —dijo Eleanor—. No entiendo para qué sirve. Dicen que así ejercitas la inteligencia, pero no me lo creo...

Me quité las gafas.

—Eleanor... —dije. La besé, apasionadamente, y luego me volví de espaldas y me puse a aporrear con un puño la parte superior del otro, una y otra vez—. Perdóname —susurré con la voz muy ronca. Ese beso había durado mucho rato, y pensaba que iba a morirme.

Eleanor contemplaba las alargadas y sesgadas líneas de lluvia que caían delante mismo del porche, grises en la oscuridad; respiraba agitadamente.

—¿Sabes qué? —dijo—. Voy a hacerte unos huevos revueltos. Soy una buena cocinera.

Incliné la cabeza hacia la pared de ladrillo de la casa, y dije que me apetecían mucho.

En la cocina, Eleanor se puso un delantal y estuvo muy atareada, armando ruido con las sartenes y los platos, y hablando a repentinos borbotones.

—Yo creo que las chicas tienen que saber cocinar, ¿no te parece? —Me permitió partir los huevos, tres, cosa que hice con habilidad de malabarista—. Oh, qué bien lo haces —dijo, y comenzó a batirlos con un tenedor mientras yo me sentaba en la mesa de la cocina y la miraba—. ¿Sabías que la mayoría de los huevos *no* son pollitos? —me preguntó.

Cuando iba hacia la cocina pasó tan cerca de mí que, viendo lo encendidas que tenía las mejillas y lo mucho que le brillaban los ojos, no pude contenerme, me adelanté y la besé. Ella se puso de color rosa y se fue corriendo hacia la cocina. Yo me quedé sentado en la mesa, balanceando las piernas y sonriendo para mí. De repente oímos un ruido, justo al otro lado de la puerta trasera. Salté al suelo y adopté una postura muy compuesta junto al fregadero. Pero nadie abrió la puerta; no apareció nadie.

—Quizá fuese una rama al caer —dije.

Eleanor asintió con la cabeza. Luego hizo un puchero y se miró las manos.

—No sé por qué nos hemos puesto tan nerviosos. No estamos haciendo nada malo.

—Lo malo está en cómo nos miran —dije.

—Sí, eso es —dijo ella—. Sabes una cosa, creo que mis padres se avergüenzan de mí. Pero algún día les daré una lección. Haré cosas maravillosas, y se van a quedar con la boca abierta.

Eleanor regresó a la cocina.

—¿A qué hora regresarán tus padres? —pregunté.

—Han ido a un programa doble. Antes de las once no creo que haya terminado.

—Podrían salir a mitad —dije.

—¡Qué va! —dijo Eleanor—. Si pagan por dos películas...

Nos comimos nuestros huevos revueltos y lavamos los platos, y vimos la lluvia desde las ventanas del comedor, sin encender la luz. Nos estuvimos besando un rato, y después los dos comenzamos a sentirnos inquietos, incómodos. Eleanor tenía los labios hinchados, y se fue a la cocina, y oí que abría el grifo; cuando regresó, llevaba el pelo peinado y se había vuelto a poner carmín.

—No me gusta estar en la casa —dijo, y me sacó consigo al porche.

Nos quedamos en pie, enlazados el uno en los brazos del otro. La lluvia comenzaba a amainar.

—Adiós, lluvia —dijo Eleanor en un tono triste.

Era como si estuviésemos viendo un telón que, lentamente, se elevara en torno a la casa. Junto a las farolas, los árboles, húmedos, centelleaban.

Cuando emprendí el regreso a casa, la lluvia había cesado. Caían gotas de las hojas de los árboles. Leves penachos de niebla permanecían enganchados en el húmedo asfalto de la calle. Caminé con cautela, para no molestar al mundo.

No tenía ganas de tropezarme con nadie, de modo que me fui a casa por la parte de atrás, siguiendo el callejón. En la entrada del callejón había una farola muy alta de hierro forjado y estilo pseudovictoriano, con una cabeza en forma de urna y cristales emplomados; la luz lechosa que proyectaba se introducía por el callejón e iluminaba unas cuantas puertas de garaje, extrañamente congeladas, y también, aquí y allá, las hojas mojadas de los matorrales y emparrados que bordeaban los jardines traseros y que, en primavera, se derramaban tan profusamente por encima de las vallas que llegaban incluso a ocultar los depósitos de la basura y convertían el callejón en un sitio precioso. Cuando era más pequeño, me gustaba subirme a esos depósitos de la basura, esos cubos de ladrillo casi asfixiados por la inextricable maraña de vegetación, y buscaba entre los restos espejos rotos, bufandas viejas con flecos, trozos de papel de envolver, y otros tesoros así. Ahora, en cambio, avancé por el callejón pisando con pasos ausentes el húmedo asfalto. Estaba teniendo una ensoñación diurna en la que yo —un hombre desnudo— permanecía tendido con la cabeza apoyada en el hombro de Eleanor y oía el ruido lento y regular de su respiración, al paso que iba entrándome el sueño. Había llegado a la parte más oscura del callejón, a su centro mismo, una zona no alcanzada por ninguna luz, y en mi ensoñación volví la cabeza y besé las manos, la garganta de Eleanor..., y a continuación salí corriendo callejón abajo, resbalando y chapoteando en los charcos y lugares húmedos. Al salir

por el otro extremo del callejón me quedé un momento quieto bajo la farola. Respiraba con dificultad.

Al otro lado de la calzada, frente a mí, había dos mujeres, la una en la acera y la otra en la escalera de su casa. Esta última se abrazaba su propio torso encogido.

—No duele mucho —dijo la mujer de la acera—, pero no se acaba nunca.

—Vaya, vaya —dijo la otra—. No corras riesgos, a nuestra edad no debemos...

Y una pareja, un chico y una chica, subían calle arriba, a la salida del cine. La chica caminaba algo agachada, para no parecer más alta que el chico, que era muy bajito y andaba dando saltitos.

Cogí una ramita de lilas y la olí, pero luego no supe qué hacer con ella —no quería tirarla— y al final terminé metiéndomela en el bolsillo del pantalón.

Salté limpiamente la valla de nuestro jardín de atrás, y mi caída asustó a un gato que de un brinco se alejó del seto, corrió en zigzag y huyó a través del oscuro césped. Me dio tal susto que me sentí muy débil. Me remetí cuidadosamente los faldones de la camisa y me alisé el pelo. De repente, me miré las puntas de los dedos; borrosas debido a la poca luz, y húmedas de la lila, me las llevé a los labios y las besé.

La cocina estaba a oscuras. No se oía ningún ruido en toda la casa, ni el más mínimo ruido, y me recorrió un temblor. Encendí la luz de la cocina y me examiné apresuradamente, tratando de localizar huellas de lo que me había ocurrido. Me miré la camisa, los pantalones. Me froté la cara con las dos manos. Luego apagué la luz y me colé en el comedor, que también estaba a oscuras, lo mismo que el vestíbulo. La luz del porche estaba encendida. Subí al primer piso corriendo, y me detuve un momento al final de la escalera; había una luz encendida en el cuarto de mi madre. La encontré

sentada en la cama, con un par de almohadas a la espalda, una revista sobre el regazo y un bloc sobre la revista.

—Hola —dije.

Temí que me pegara un buen grito por llegar tan tarde, pero se limitó a dirigirme una mirada cargada de solemnidad, y luego dijo:

—Sonny le ha pedido la mano a tu hermana.

Como no había podido lavarme la cara, alcé una mano y me tapé con ella la mejilla y el mentón, por si tenían rastros de carmín.

—Se casarán en junio —dijo mi madre—. Han ido a Bruster's, a encargarse el anillo. En cuanto llegó, casi lo primero que hizo fue pedirme la mano. Se les veía a los dos tan..., ise les veía a *los dos tan felices*! —dijo—. Hacen una pareja **maravillosa**... Oh, si hubieses podido verles.

Estaba emocionadísima.

Comencé a emprender la retirada.

—¿Adónde vas? —me preguntó mi madre.

—A la cama —respondí, sorprendido—. Hago atletismo y...

—Tendrías que esperar despierto a que regrese tu hermana, ¿no crees?

—Ya le dejaré una notita —dije.

Me fui a mi cuarto, saqué la lila del bolsillo y la dejé en el escritorio. «Me he enterado —escribí— de la noticia y me parece fantástico. Te felicito. Despiértame cuando llegues». Pegué la nota al espejo del tocador de su cuarto. Luego volví a mi habitación y me desnudé. Generalmente dormía en cueros, pero decidí que si mi hermana iba a entrar en mi cuarto y despertarme, sería mejor ponerme pijama. No sé al cabo de cuánto tiempo oí un ruido y me senté, muy tieso y de repente, en la cama. Me había quedado dormidísimo. Mi hermana estaba en el umbral. Llevaba el vestido azul con una tira de botones muy pequeños de arriba abajo, por delante, y no se había quitado aún los guantes.

—¿Estás despierto? —susurró.

—Sí —le dije—. ¿Y madre?

—Está abajo —dijo mi hermana, entrando en mi habitación—. Está enviando telegramas. ¿Quieres ver mi anillo?

Se quitó los guantes.

Encendí la lámpara de la mesilla, y ella tendió su mano. El anillo era de oro, con una esmeralda y cuatro diamantes.

—Fue de su abuela —dijo mi hermana. Yo asentí con la cabeza—. No es lo que yo... —dijo, y se sentó al borde de la cama, olvidándose de terminar la frase—. Dime —dijo—, ¿crees que es rico de verdad? —Luego me dirigió, a través de sus pestañas, una mirada triste—. ¿Quieres saber una cosa terrible? No me gusta el anillo...

—¿Te sientes infeliz? —pregunté.

—No. Solo fastidiada. Casarse da miedo. No te imaginas el miedo que da. Llevo toda la noche con estremecimientos. Quizá pille una pulmonía. ¿Tienes un cigarrillo?

Le dije que bajaría a buscarle uno.

—No hace falta, hay en mi habitación —me dijo—. Yo misma iré a buscarlos. ¿Sabes qué? Sonny y yo hemos estado hablando de ti. Te enviaremos a la universidad y todo lo que haga falta. Esta noche lo hemos planeado todo. —Se quedó jugueteando un ratito con los guantes, y luego, mirándose las puntas de los pies, dijo—: Tengo miedo, pánico. ¿Qué ocurriría si Sonny no fuera bueno para el negocio de su padre? —Me miró—. ¿Me entiendes? Es tan joven aún...

—No tienes por qué casarte con él —dije yo—. Al fin y al cabo, eres...

—No lo entiendes —dijo mi hermana apresuradamente, rechazando un consejo que prefería no oír—. Todavía eres demasiado joven. —Se rio—. ¿Sabes qué me ha dicho?

Justo en ese momento llamó mi madre desde el pie de la escalera.

—Oye, a ver qué te parece así: «Querida Greta...». Como es nocturno, por el mismo precio podemos ponerlo muy largo, y me ha parecido que a Greta le gustaría más si empezásemos así. ¿Me oyes?

—Tengo que irme —susurró mi hermana. Me miró, y, de repente, se inclinó hacia mí y me besó en la frente—. Duerme —dijo—. Y que tengas felices sueños.

Se levantó y salió al rellano.

—«... Dodie se ha prometido esta noche» —leyó mi madre—. ¿Está bien dicho así?

—«Ha dado su mano» —dijo mi hermana en tono ausente.

Me puse el albornoz y las zapatillas y salí al rellano. Mi hermana estaba apoyada en la barandilla, hablando con mi madre, que seguía al pie de la escalera de atrás, y bajé a la cocina. Encontré pollo frío en la nevera, puse la bandeja sobre la mesa de la cocina, le arranqué un muslo, y comencé a comer.

La puerta trasera se abrió violentamente, y apareció mi hermana.

—Yo también estoy hambrienta —dijo—. No sé por qué. —Se acercó a la mesa y se precipitó sobre el pollo—. Será que las emociones dan apetito.

Mi madre empujó la puerta batiente desde el comedor.

—Vaya por Dios —dijo. Parecía acalorada—. Tendré que darle unas cuantas vueltas más, y después la escribiré otra vez de cabo a rabo —le dijo a mi hermana. Y, dirigiéndose a mí, añadió—: ¿A estas horas te pones a *comer*?

Mi hermana dijo que ella también estaba hambrienta.

—Hay un resto de sopa —dijo mi madre—. ¿Os parece que la caliente?

Y repentinamente se le llenaron los ojos de lágrimas, y de golpe y porrazo ya estábamos todos besándonos los unos a los otros, dándonos abrazos y sonriéndonos y formulando optimistas predicciones sobre nuestros respectivos futuros, en medio de la blanca e iluminadísima cocina. Hacía tantísimo tiempo que nos conocíamos, y eran tantísimas las cosas que recordábamos los tres... Nuestras sonrisas, nuestras miradas de aprobación, saltaban de un rostro a otro. Reinaba en el ambiente cierto tono educado. Nos comportábamos como lo hubiéramos hecho en una estación de ferrocarril, en la boda de mi hermana, en el nacimiento de su primer

hijo, en la ceremonia de graduación de mi universidad. Fue la primera vez que volvimos a reunirnos.

LA PELEA

Llegué a Harvard, procedente de St. Louis, en otoño de 1948. Tenía una beca, una madre viuda, y fama de chico bueno y trabajador. Lo que no cubría mi beca me lo ganaba trabajando los miércoles por la tarde y los sábados, e hice los mayores esfuerzos por no tener que pedirle a mi madre ni un céntimo de su pequeña pero suficiente pensión. Durante el verano entre el primer y el segundo curso murió mi abuela, que me legó cinco mil dólares. Dejé mi empleo a tiempo parcial y me compré un traje de franela gris y unos zapatos de charol blanco, y entré a formar parte del consejo de dirección de la revista literaria de mi *college*. En la primera reunión del consejo en la que participé conocí a Duncan Leggert. Llevaba un año entero formando parte del consejo, y aquella tarde estaba enfurecido por un relato breve que hablaba de un niño infeliz y sensible, y que todos querían incluir en la revista.

—¿Cómo no va a ser infeliz un niño así? —gritó Duncan—. Es un plomo.

El consejo aceptó el relato, y Duncan abandonó la reunión con paso majestuoso.

Al cabo de un par de días, iba yo caminando por Massachusetts Avenue mientras el sol comenzaba a ponerse, cuando vi que Duncan se quedaba mirando el escaparate de una tienda de discos en el que estaban expuestos unos álbumes de ópera. Silbaba el «Piangi, piangi» de *La Traviata*, y tenía, como siempre, un aspecto macilento, bello e inabordable. Me planté junto a él y permanecí así hasta que

levantó la vista, y entonces le dije que estaba de acuerdo con él respecto a ese relato.

—Por supuesto que yo tenía razón —dijo, dignándose mirarme con notable paciencia y cierta expectación—. Esa gente confunde la sordidez con el talento.

Entramos en un bar y nos sentamos en un reservado al que daba un poco de luz uno de esos aparatos en los que metes una moneda, aprietas un botón y, a un kilómetro de distancia, el Wurlitzer hace sonar el disco. Al principio me sentí casi asfixiado de timidez, pero acabé preguntándole a Duncan qué tenía intención de hacer cuando se graduara (cambiando el «fuera mayor» por el «se graduara» justo en el último momento), y él contestó: «Nada». Yo adopté un gesto inexpresivo, y Duncan retiró el pitillo de entre sus labios, se quedó mirando fijamente durante un segundo la brasa encendida, y luego añadió tranquilamente, con una voz cargada de tristeza:

—Soy rico. —Alzó luego la cabeza, me miró a los ojos con una media sonrisa en los labios, y añadió—: Repugnantemente rico.

Me dejó absolutamente encantado. Le pregunté hasta qué punto era rico. Y él, airosamente, dijo:

—Oh, un par de millones, mientras el mercado esté sostenido.

La sola idea de estar hablando con alguien tan rico me gustaba tanto que estallé en una carcajada de idiota. Duncan me preguntó de qué me reía, pero no se lo dije.

Al principio hablábamos con cautela, como es propio de los hombres, o al menos de los jóvenes que imitan a los hombres; pero luego, arrastrados por el impulso que nos proporcionaba cierta simpatía mutua tan profunda como inexplicable, seguimos hablando hasta la una de la noche. Duncan dijo que la revista literaria de la universidad no era más que un monumento al ternurismo, y que solo publicaba textos de aficionado, flojísimos. Duncan creía firmemente, según afirmó, que la infelicidad era casi siempre una pose.

—Es una manera de parecer interesante.

Incluso en sus momentos de mayor arrogancia, Duncan hablaba siempre con un dejo de desesperación en la voz.

—La gente tiene lo que se merece —dijo—. ¿Por qué voy a creer en la tragedia? Jamás he visto ninguna. Las historias deberían tener finales felices; la gente debería ser más interesante; todo el mundo debería tener mejor gusto.

»Lo principal —dijo, repantigándose en la esquina del reservado y dibujando caras en el azúcar que había derramado sobre la mesa— es la calidad. Si eres aburrido, a nadie le importa que tu mamá te quisiera o no. Y la mayoría de la gente es aburrida —añadió en tono triste.

Más tarde dijo:

—Vivimos en una democracia. Se supone que debo pensar que todos somos iguales. Pues no lo pienso. La gente aburrida me mata. Para mí, Whitman es un asco de poeta y Willa Cather una imbécil, y Huckleberry Twain me pone los pelos de punta. Es más, lo que menos soporto del mundo es la amabilidad injustificada.

Ahogué mi sonrisa.

Tuve la sensación de que Duncan estaba diciendo todo lo que yo había pensado siempre pero jamás había llegado a expresar.

A partir de esa primera noche nos hicimos amigos. Supongo que todas las amistades han de basarse en un núcleo de necesidad mutua. Yo estaba harto de lo que había sido hasta entonces. Y rebosaba optimismo Midwestern respecto a mi capacidad de cambiar. Desde aquella primera noche me consagré plenamente a vivir mi vida de acuerdo con la doctrina expuesta por Duncan. Pero no admiraba y deseaba sus ideas. Sino que deseaba poseer sus modales de joven de la Costa Este, de Maryland, y su honestidad, y su confianza en la importancia de nuestras ideas. Y también deseaba parecerme a él. Duncan era muy alto. Tenía el rostro macilento y suave, alargado y arrogante. Caminaba arrastrando los pies, y muchas veces podía permanecer durante horas en una reunión sin decir palabra, a veces sin que ni siquiera asomase a sus bellos rasgos la más mínima expresión. Pero también podía ponerse repentinamente a hablar, sobre todo si la gente estaba discutiendo, y entonces se sobreexcitaba, gesticulaba, a veces ni siquiera

coordinaba sus palabras, y más tarde se mostraba desconsoladísimo porque creía haberse comportado como un estúpido. Yo solía pensar más bien que durante aquellos momentos había estado encantador. Lo que sí me consternaba a mí era que cualquier cosa, un color, el ademán de bienvenida de una mujer bonita, un automóvil, o el ondear al viento de la melena de una chica, pudieran dejarle sin habla. En tales ocasiones se quedaba paralizado, tenso y excitado, congelado por un sorprendido éxtasis. Cuando Duncan experimentaba estos silenciosos arrobamientos, yo solía sentir vergüenza, mas no por él, sino por mí mismo, por no ser capaz de compartir la emoción de mi amigo. Pero a medida que fui conociéndole más, también acabó afectándome el mismo tipo de belleza que a él parecía dejarle electrizado. Duncan estaba siempre mostrándome formas en las nubes.

Todo lo que decía hacía que me entendiese mejor a mí mismo, o me ponía un arma en la mano, y su amargura me golpeaba como un repentino rayo de sol que llevara precisión y definición al brumoso optimismo que yo había traído de casa. Comencé a desprenderme de mis tradiciones tan rápido como pude, pero la tarea no era fácil; en primer lugar tenía que buscar las raíces, y luego arrancarlas. Pero la desilusión de Duncan —cualquier desilusión, de hecho— me servía de gran ayuda. Hice todo cuanto pude por hablar como Duncan, con frecuentes y emocionantes pausas, y con breves rasgos de desprecio.

Ahora bien, cuando Duncan creía que había llegado el momento de la amabilidad, podías contar con toda su alma y toda su cuenta corriente, con su coche, toda su ropa y todo su tiempo. Hubo una época en la que me preocupaba la idea de que la gente abusara de su generosidad; pero, aunque tenía una memoria pésima para los números de teléfono y los nombres de las personas, jamás olvidaba cuánto había gastado, en dónde y con quién.

Las chicas se enamoraban frecuentemente de él. Parecían encontrar irresistible su combinación de melancolía y arrogancia.

Al principio Duncan se mostraba abrumadoramente caballeroso con ellas, les encendía los pitillos, las llevaba a donde ellas quisieran cada vez que se lo pedían. Pero tarde o temprano comenzaba a sentirse acorralado; dejaba de encenderles los pitillos; dejaba de ponerse al teléfono.

El número de personas con las que nos veíamos durante ese año comenzó a reducirse regularmente, a medida que decidíamos que eran vulgares o cuando se mostraban en desacuerdo con nuestros criterios; en ambos casos las tachábamos de nuestra lista de conocidos. Tanto él como yo creíamos que, si tomábamos precauciones y sabíamos elegir bien, nos libraríamos de ser como nuestros mayores.

—Siempre están dándote consejos —decía Duncan— y nunca se paran a pensar en cuál pueda ser tu opinión acerca de lo que han acabado haciendo con sus vidas.

Creíamos que, viajando lo bastante lejos y durante el tiempo suficiente, se terminaba llegando a un lugar en donde a todo el mundo le gustaría las mismas cosas que a uno y hablaría igual que uno, un lugar en donde todo el mundo sabría lo que uno vale sin necesidad de caer en la deshonra de tener que demostrarlo. En ese lugar que buscábamos, no haría ninguna falta mostrarse jactancioso, ni hablar con una chica fea por pura compasión, ni compadecerse de los propios padres. Una noche de enero en la que Duncan y yo caminábamos por el Charles —una noche fría y neblinosa—, juramos que jamás nos ocultaríamos la verdad el uno al otro, que siempre reconoceríamos nuestros errores, que siempre admiraríamos las virtudes del otro, que nos convertiríamos en hombres de categoría, de auténtica categoría, y que iríamos juntos a pasar un año en Europa a partir del siguiente verano, abandonando la universidad, fuera cual fuese la opinión y la actitud de nuestros padres al respecto. Viajaríamos en bicicleta, seríamos frugales, llevaríamos una vida sana, y haríamos más profunda nuestra cultura y nuestro refinamiento.

Mi madre protestó violentamente en cuanto le dije que me iba a Europa con Duncan. Dijo que, por pura obstinación, y debido al mal ejemplo de Duncan, terminaría dilapidando mi herencia y yendo por mal camino. Duncan dijo que, por supuesto, mi madre tenía razón. Me emborraché y le dije a Duncan que por mí ya podía mi madre irse al infierno, y, lo recuerdo, él se quedó mirándome con ojos vidriosos de admiración. ¿Cómo iba mi madre a competir con Duncan? Lo único que yo quería, aquel año, era ser como él.

El mes de junio zarpamos de Halifax en el *Aquitania*, rumbo a Southampton. Casi tan pronto como las verdes colinas de los alrededores de Halifax desaparecieron, y el buque se encontró en pleno mar abierto, Duncan me dijo:

—Creo que tendrías que escribirle una carta amable a tu madre. Fuiste muy descortés con ella por teléfono. Es uno de tus defectos —añadió, e hizo una mueca para expresar que no le gustaba hablar así pero que, de acuerdo con nuestro juramento, no tenía más remedio que hacerlo—. Tienes poquísimo tacto. Por otro lado, eres mucho más dinámico que yo. Ojalá me pareciese más a ti.

—Te pareces muy poco a mí —dije, sincero a cualquier precio—. Pero eso no debería preocuparte —añadí apresuradamente— porque me gustas mucho tal como eres.

Nos habíamos librado de la universidad y de toda vigilancia; nos moldeábamos el uno al otro, nos protegíamos del peligro de caer en la vulgaridad. Duncan apoyó brevemente su mano en mi hombro, sonrió, y luego nos pusimos a caminar por cubierta, para hacer nuestro ejercicio de todos los días antes de la cena. La gran figura que aspirábamos a ser debía resultar, además, físicamente atractiva.

Permanecimos en Inglaterra solo el tiempo suficiente para ver la Torre de Londres, la National Gallery, y Scott's, y para decidir que la comida era indigesta, y a continuación tomamos en Newhaven el vapor que hacía la travesía del Canal. Apoyados en la borda, vimos

cómo emergían por entre las olas, verdes y prometedoras, las costas francesas.

Cuando desembarcamos en Dieppe, mi júbilo, permítaseme que diga júbilo, remontó el vuelo como una bandada de pájaros asustados. Todo lo que veía u oía —aquella ciudad de tonos pastel, los edificios, tan serenos y plácidos como las verdes aguas del puerto— disparaba otro estremecimiento de alas blancas. En uno de los muelles, un grupo de barcos de pesca amontonados en una confusión de mástiles, verdes y negros y violeras sus cascos, parecían flotantes rajadas de melón. A lo largo de la dársena se alineaban los edificios, dejando ver aquí y allá algún hueco, un montón de escombros, o un fragmento de pared desnuda. Pero los edificios eran de un color verde o malva pálidos, un amarillo leve como un jirón de sol, un rosa desteñido, un dulce gris azulado. Y luego, colgada en una ladera, apareció la inmemorial mole de un castillo.

La mirada de Duncan se deslizaba cautivada por todo el paisaje.

—Todas las ciudades deberían tener su castillo —dijo.

Nuestra habitación del hotel era antigua, con el piso inclinado y una única y enorme cama de latón. El piso de tablas estaba desprovisto de alfombras, y ninguna cortina colgaba tampoco en las altas ventanas, que se negaban a cerrarse del todo porque tenían el marco torcido. Frente a nuestra ventana convergían tres calles que formaban una isla triangular en la que crecían unos plátanos al pie de los cuales, en los parterres, unas flores amarillas trazaban dibujos geométricos. Obreros de ropa gris y gruesas botas bebían vino en los bancos de piedra. Las fachadas de las casas estaban decoradas con pesados dinteles y, en algún caso, con fibrosas cariátides, simultáneamente frívolas y pulcras. A lo lejos se elevaba la elegante aguja de una iglesia, y bajaba flotando hacia nosotros el sonido de unas campanas. Nos lavamos la cara y nos cepillamos los dientes y nos mudamos de ropa, sin dejar de cantar ni un momento, y luego, ya que estábamos en Francia, salimos a buscar mujeres.

Primero estuvimos caminando por la playa, y vimos toda la colección de hoteles, Grand y Univers y Windsor; estaban en ruinas, y unos obreros cargados de ladrillos entraban y salían de sus interiores llenos de escombros. Otros obreros encajaban regordetas columnas de cemento en la balaustrada que reseguía toda la avenida, separando la, calle de la pedregosa playa; cuando un grupo de obreros terminaba una sección, otro grupo de obreros, con grandes máquinas neumáticas, ocupaba su lugar y aplicaba sus taladros y lijas mecánicas a esas mismas columnas, y mellaban sus bordes y aristas. Duncan y yo nos quedamos mirando, fascinados, hasta que comprendimos que su actividad consistía en envejecer la balaustrada. En cuanto transcurriesen unos pocos años, la gente olvidaría que la balaustrada tuvo que ser reparada después de la guerra; la gente pensaría que parecía antigua e indestructible y que era un eslabón que enlazaba con épocas pasadas.

Nos fuimos hacia la parte alta de aquella playa casi exclusivamente pedregosa, y luego bajamos hasta la delgada orla de arena que bordeaba el océano. La playa estaba casi vacía, pero había algunas personas sentadas o tumbadas en mantas. Tenían un aspecto extrañamente sólido. El único sonido era el de las máquinas neumáticas que seguían atareadas en la restauración del pasado.

El canal era gris y estaba vacío, sin ningún barco; era más bien como un horizonte de cielo en un tapiz desteñido. Duncan dijo que tan pronto como facturásemos nuestros baúles hacia París debíamos montar en nuestras bicicletas para ir a ver el Mont-Saint-Michel.

—Es una isla pequeñísima —dijo—. Hace tanto tiempo que trabajan en ella, que a estas alturas ya debe de ser perfecta.

Cuando regresábamos al hotel nos cruzamos con muchas mujeres. Solo hubo una chica que nos pareciese bonita, una chica que iba corriendo, con su delgado vestido estampado batiendo el aire en torno a su robusto cuerpo, y los brazos acompañando la carrera, de modo que solo un disparo certero hubiese podido detenerla.

En un momento de especial aplomo, le dije a Duncan que no sentía ningún interés especial por el Mont-Saint-Michel y que, encima, estaba muy apartado de nuestro camino; no quería que él supiera que yo le seguía en todo. Ante mi sorpresa, Duncan cedió, y a la mañana siguiente, montados en nuestras bicicletas, partimos hacia París. Llevábamos sendas mochilas y sacos de dormir. Pasamos por Arques-la-Bataille y Neufchatel, por Forges-les-Eaux y Gournay-en-Bray. Todo el paisaje era de campos verdes, y cruzamos delante de las agujas de granito color espliego seco de viejas iglesias curtidas por la intemperie. Duncan me contó anécdotas detestable y vergonzosamente divertidas de su infancia. Yo me reía con tales carcajadas que un campesino de rostro arrugado y enormes manos polvorientas se acercó a ver quiénes pasaban por allí.

En Pontoise nos sentamos en una terraza que dominaba el Oise, y vimos los fuegos artificiales del día de la Bastilla sobre el cielo nocturno de París. El día de nuestra entrada en París nos pasamos horas y horas pedaleando por interminables suburbios hasta que, a mediodía, llegamos finalmente a la Place de la Concorde, con sus fuentes conectadas y los jardines de las Tuileries en pleno esplendor. Y una mañana despertamos en un trigal, rodeados de las claras espigas del trigo maduro, y, en el horizonte, vagas e imprecisas en la distancia, vimos las agujas de Chartres. Y en Beaugency nos pasamos un día entero tumbados en un banco de arena del Loire, con una familia de siete niñas, todas ellas rubias, todas ellas encantadoras, y todas ellas enamoradas de Duncan. («¿Nos escribirás, por favor?»).

No sé cuándo fue exactamente que cada uno de nosotros decidió que el otro no se merecía este paraíso. Lo que sí recuerdo es que se nos fue haciendo cada vez más difícil ponernos de acuerdo en qué

hotel nos alojábamos, en qué restaurante comíamos, qué carretera tomábamos.

Poco a poco se fueron multiplicando los momentos en los que uno de nosotros contenía el aliento, se volvía hacia un lado y, mirando el paisaje, comentaba:

—En fin, lo que tú digas...

Recuerdo, sobre el fondo de tensa cortesía, el crepúsculo de Blois, inundando todo el cielo de carmesí, y las largas *allées* de Chambord; y recuerdo, del mismo modo, el vuelo rasante de un par de golondrinas sobre el Loire, gorjeando las dos y agitando con fuerza sus afiladas alas. Recuerdo la voz de Duncan en Chenonceaux —el cielo se había poblado de redondeadas nubes blancas— diciéndome: «En realidad me da lo mismo... Tendríamos que...», con voz temblorosa de indignación.

Habíamos decidido visitar la parte occidental de Francia —la idea era prácticamente mía— porque suponíamos que por allí habría menos norteamericanos. Pero en realidad yo tenía otro motivo. Hasta donde yo sabía, esa zona no tenía tantos sitios difíciles como Chartres. En Chartres mis reacciones habían sido siempre nefastas. ¿Quién iba a adivinar que la actitud correcta frente a la catedral consistía en ir a una pastelería y comprarse una bolsa de *éclairs* de chocolate y tartaletas de cereza, para después sentarse en el césped de la fachada y quedarse mirando las torres, comiendo de paso suficientes bombones como para acabar en coma? A Duncan no le gustó que yo dijese que la catedral me parecía bellísima; se suponía que había que experimentar estos sentimientos en una zona tan profunda del alma que acababan siendo inexpresables, que ni siquiera debía sentir uno *deseos* de expresarlos.

A Duncan le encantaba el Pernod. A mí me repugnaba. Duncan detestaba hablar con la gente. Yo hablaba con todo el mundo. Mi vocabulario francés era más amplio que el de Duncan. Su pronunciación era mejor que la mía. Terminé por ser acérrimo partidario de abstenerme de irritar a Duncan antes del desayuno. No me pareció que él lo agradeciese en lo más mínimo, ni que

respondiera con una actitud similarmente delicada. Por enésima vez pensé que no era justo. Llegó un momento en el que yo no soportaba ya el sonido de su voz, ni sus ideas. Después de viajar junto a él día y noche, ininterrumpidamente, a lo largo de cincuenta y tres días, tuve la sensación de que la conciencia de su proximidad me asfixiaba.

Recorrimos el llano paisaje de Vendéen, con sus hierbas marismeñas de color amarillo vivo, con sus trigales y sus prados verdes, con sus caserones blancos y sus diminutos puentes levadizos en los canales y ríos..., y a todo lo largo de nuestro viaje no fuimos más que un par de universitarios sanos y bronceados, con camiseta y pantalón corto, tan enemistados que viajaban a cuatro o cinco metros de distancia el uno del otro. Cuando algún coche infrecuente nos adelantaba, yo solía preguntarme si Duncan lo vería a tiempo, pero siempre lo veía.

La atmósfera estaba empapada de una humedad pegajosa. Los pueblos se encontraban muy separados entre sí, y cuando llegábamos por fin a uno de ellos resultaba que sus casas eran hostiles, cerradas. Los franceses se habían protegido tras las barricadas de sus frescas habitaciones de alto techo, en donde comían peras maduras que cortaban con sus pequeñas navajas de empuñadura de nácar, mientras nosotros pedaleábamos por las agobiantes y polvorientas calles soleadas, para emerger al otro extremo del pueblo, una vez dejados atrás la gris iglesia y el encalado café, en la interminable llanura.

El calor era insoportable. En Luçon abandonamos la carretera principal y volvimos a dirigirnos hacia el mar, camino de La Tranche, un pueblo que habíamos localizado en el mapa, y que resultó no ser más que un grupo de tres o cuatro edificios alineados en la carretera. Pasado La Tranche, la carretera subía hasta lo alto de unas colinas, y vimos que la llanura herbosa que acabábamos de abandonar formaba una joroba que ascendía hasta las cumbres en donde nos encontrábamos, y que luego descendía al otro lado hasta caer directamente en el golfo de Vizcaya sin que mediase playa ni

muro rocoso. La hierba de los prados ondeaba, verde y centelleante, barrida por las brisas saladas del mar, y terminaba fundiéndose en el agua. Se podía ver cómo continuaba la hierba bajo el mar hasta donde alcanzaba la vista, probablemente hasta el borde de la marea baja. Unas cuantas vacas pastaban junto al mar, y en torno a sus pezuñas se formaban collares de burbujas. Chicos y chicas del lugar, que habían dejado sus bicicletas tiradas en la hierba, nadaban sobre el prado sumergido. A no muchos metros de la orilla, unos barcos pesqueros con el casco pintado a franjas azules y amarillas cabeceaban sujetos a sus amarras.

Me detuve un momento, y estuve llamando a Duncan, que había seguido pedaleando unos metros más, hasta que finalmente se detuvo. Me fui andando hacia él, empujando la bicicleta.

—Es precioso, ¿no te parece...? —empecé a decir.

Duncan se volvió hacia mí, y con voz estremecida de furia, me dijo:

—¿No puedes abstenerte nunca de hacer comentarios? ¿Crees que es como echar una moneda en el cepillo de una iglesia?

Pedaleamos el resto del día en silencio. Cuando llegó el ocaso nos detuvimos en La Rochelle, en donde el viejo puerto permanece rodeado todavía de las antiguas fortificaciones de los hugonotes, y encontramos una habitación libre en un extraño y viejo hotel situado cerca de la estación de ferrocarril. Teníamos dos gigantescas camas de latón con sendos colchones hinchadísimos, que susurraban sonoramente cada vez que nos movíamos. En la parte trasera del edificio había una cuadra. El olor de los caballos impregnaba nuestra habitación, y junto a nuestra ventana había una celosía con un rosal en plena floración. Durante toda la noche nos balanceamos en el flujo y reflujo de los extrañamente emparejados olores; y cada hora, más o menos, oíamos la llegada o la partida de algún tren.

Al día siguiente nos fuimos en bicicleta a Burdeos. A media tarde seguíamos pedaleando con furia, sin reducir la velocidad ni pararnos

a descansar. Serían las siete de la tarde cuando llegamos a Burdeos, e inmediatamente nos dirigimos a un café y pedimos una botella de vino y comenzamos a discutir. En varias ocasiones, el camarero, un vasco gordo de gruesas cejas negras, se nos acercó de puntillas, con su redondo dedo rosado pegado a los labios, y nosotros hicimos gestos de asentimiento y dijimos: «*Pardon, pardon*», y bajamos la voz.

Al parecer, Duncan no soportaba oírme silbar cuando me afeitaba, ni mi forma de dirigirme a los camareros, ni que acostumbrase a sonreír incluso en los momentos en que peor me sentía.

—¿Sois así todos los que nacéis en el *corn belt*? —preguntó con desprecio.

Le contesté, a voz en grito, que era un ser pueril, un afectado hijo de puta y un *snob*.

—Y tú, un maleducado —dijo él—. ¿A quién se le ocurre gritar así en público?

Dijo que siempre había pensado que yo era un tipo inteligente pero vulgar, pero que hasta ahora no se había dado cuenta de hasta qué extremos llegaba mi mala educación.

—Muy bien —le dije, poniéndome en pie—. ¡Se acabó! ¡Se acabó! Vamos a pelearnos a la calle.

Salimos solemnemente del café. El camarero vino corriendo, y nos restregó la cuenta en las narices. Tuvimos que adivinar las cifras que había escrito, y pagamos; como siempre, nos timaron. Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo mucho que quería a Duncan ni de cuántas cosas me había enseñado. También se me ocurrió recordar que Duncan pesaba sus buenos siete u ocho kilos más que yo.

Caminamos, empujando la bicicleta.

—Todos mis amigos acaban saliéndome rana —dijo Duncan amargamente al poco rato.

Más tarde, en voz muy baja, añadió:

—Y yo que pensé en cierto momento que me gustaría ser como tú...

Pensé que mentía, que solo pretendía hacer que me sintiese incluso peor.

Llegamos a una calle desierta con almacenes a ambos lados de la calzada. Duncan dejó la bicicleta apoyada en una pared. Yo tiré la mía contra la acera. Nos volvimos hasta quedar frente a frente, y avanzamos unos pasos.

—Estoy tan furioso que trataré de darte en pleno rostro —dijo Duncan.

Intercambiamos cinco o seis golpes, y de repente nuestras miradas se encontraron. Avergonzados, retrocedimos unos pasos y dejamos caer nuestros puños. Duncan se sentó en el bordillo, sacó sus pitillos y me ofreció uno.

—Me has ofendido —le dije.

—Eso pretendía.

—¿Hablabas en serio cuando has dicho eso?

—Naturalmente —dijo—. ¿No hablabas tú también en serio?

—Naturalmente.

Estuvimos de acuerdo en que no nos quedaba otro remedio que separarnos.

—¿En qué sitio de Biarritz quieres que nos encontremos? —dijo Duncan; habíamos facturado el baúl con la ropa hasta allí.

—En la estación de tren —dije.

—¿Cuándo?

Saqué el mapa y traté de ver cuánto tiempo tardaríamos en llegar allí.

—Al diablo —dije finalmente—. Es imposible calcularlo. Vayamos juntos hasta allí.

—¡Oh! —dijo Duncan, en tono decepcionado—. Bueno, lo que tú digas...

Nos levantamos y montamos en las bicicletas.

—Cuidado, llevas la mochila mal abrochada —dijo Duncan cortésmente.

—Gracias —le contesté.

Estábamos tan deprimidos que no éramos capaces de orientarnos con nuestros mapas, y Burdeos padece, como París, una sobresaturación de suburbios interminables. A la una de la madrugada seguíamos absoluta e irremediablemente perdidos, así como agotados por la tensión de nuestro conflicto. Al fin, tras haber abandonado toda esperanza de encontrar algún campo en donde tumbarnos a dormir, nos instalamos en el cementerio de una iglesia, junto a un florido seto y al pie de un manzano bajo. Extendimos los sacos, y nos tumbamos. Al poco rato nos picaba todo. Supongo que nos habíamos echado sobre un hormiguero. Fuera como fuese, en cuestión de segundos se nos habían llenado los sacos de molestísimos insectos. Hablamos de la posibilidad de levantar el campamento y seguir nuestro camino, pero ninguno de los dos soportaba siquiera la idea de montar otra vez en bicicleta. Permanecimos inertes, rascándonos de vez en cuando, sumergidos en el aroma de las flores, el silencio del cementerio, el zumbido de los insectos. Sobre nosotros se elevaba la iglesia, enorme. En la calle, pasaba algún que otro camión ruidoso, pero todos eran **diésel**, y los motores **diésel** tienen un ruido agradable.

Finalmente, Duncan se puso a hablar. Dijo que, ya que íbamos a separarnos, podía por fin decirme que en aquella primera reunión de la revista literaria no había hablado en serio. Le daba vergüenza permanecer siempre callado en esas reuniones; se había inventado una argumentación más o menos ingeniosa, y decidió utilizarla cuanto antes, fuera cual fuese el tema de discusión. Le encantó comprobar que yo apoyaba su opinión, pero le costó mucho mantener el tipo ante mi admiración. «Siempre me cuesta pensar», me dijo. De todos modos, siempre había opinado de su propio esnobismo que era una cosa psicológica de la que con el tiempo terminaría curándose, y que le fastidiaba que yo me lo tomara siempre tan en serio, hasta convertirlo en una doctrina. Buena parte

de lo que solía decir, me confesó, lo decía solo por no quedarse callado. «No se puede estar siempre callado». Le molestaba, dijo, que yo no hubiera sido capaz de calarle. Eso le convenció de que yo era en realidad un bobo. Se sentía a la vez culpable y superior. Lamentaba haberme apartado de mi camino, pero el verdadero motivo por el que había querido venir a Europa era para librarse del trabajo que nos daban en la universidad, que a él le parecía muy aburrido. Y lamentaba también que hubiésemos llegado a odiarnos tantísimo, pero suponía que era una situación inevitable siendo él como era una persona tan inútil.

Un camión pasó retumbante por el vecino adoquinado, acompañado de estruendosos estampidos del tubo de escape. A través de la filigrana de las ramas que colgaban sobre mi cabeza me quedé un momento mirando las estrellas.

Le dije que le perdonaba. Él dijo que me estaba agradecido, y añadió que le sabía mal haberme ofendido, en caso de que así fuera. Manifestó estar convencido de que mi manía de hablar cada vez que veía un paisaje o un monumento nacional les resultaría agradable a casi todas las personas con las que me relacionaría a todo lo largo de mi vida.

Le dije, en voz baja, que era un bastardo.

Terminamos confesando que los dos éramos irremisiblemente deshonestos, incapaces de mantener unas relaciones sinceras, tan cargados de defectos como todo el mundo. Finalmente, tras un largo silencio, hablé yo y le dije que debíamos tratar de llevarnos bien, pero no logré convencerle. Estuvo dedicándose, alternativamente, a regañarse a sí mismo e insultarme. Me pareció, no obstante, sorprendente que flotara en el aire tanto afecto, que nos sintiéramos los dos tan tristes, que todo pareciese tan absolutamente desesperado.

A la mañana siguiente logramos, gracias a la luz, salir de la ciudad, ambos deprimidos y en silencio. Descubrí entonces la existencia de una clase de vergüenza que carece de límites. Cada hora transcurrida me revelaba nuevas y hasta entonces inexploradas

regiones de ese sentimiento. A la hora de comer, en un pequeño café situado en un cruce, bajo unos árboles, nos bebimos dos botellas de vino, y la tensión cedió lo suficiente como para que volviésemos a hablar, aunque solo con dificultades y entre multitud de sonrisas fugaces, y sin mirarnos ni una sola vez a los ojos.

Montamos en la bicicleta y comenzamos a pedalear, serpenteando, muy bebidos. La carretera estaba atestada de camiones cargados de jóvenes bordeleses que iban a pasar el fin de semana a la playa. Sus rostros eran frescos e inocentes, de nariz afilada y ojos brillantes. Inclınados sobre la caja de los camiones, estiraban el brazo, nos agarraban de la camisa y nos remolcaban así en las cuestas, para ahorrarnos el esfuerzo, y se revolcaban de risa en cuanto descubrían que yo tenía muchas cosquillas. Cuando Duncan cantó de cabo a rabo *Le Poisson dans l'Eau*, que había aprendido escuchando un antiguo disco de Trenet, los jóvenes franceses, apretujados en la caja de los camiones bajo el caluroso sol del agosto sureño, se ponían a aplaudir, y gritaban: «*C'est joli, ça!*»

En una larga cuesta se me rasgó la camisa. Nos habíamos ido rezagando, de camión en camión; este era el último de la procesión. Mi camisa estaba casi completamente rota por la espalda, el camión siguió ascendiendo con fuertes gruñidos el resto de la cuesta, desapareció al otro lado de la cumbre, y Duncan y yo nos quedamos solos en mitad de un bosque de abedules. Miré a Duncan, y me sentí decepcionado por el hecho de encontrarme allí con él. El bosque era precioso. A través de las hojas, pálidas y frágiles, caían en todas direcciones los rayos de sol. Mi bicicleta zigzagueaba de un lado para otro de la carretera, y tuve la sensación de que los árboles se inclinaban hacia mí, me rozaban la cara con la punta de sus ramas y luego retrocedían bruscamente; después, al bajar por la otra ladera, pensé que los árboles se inclinaban hacia atrás, como imitando el efecto de velocidad de un dibujo infantil. Al salir de una curva creí que los árboles despegaban, remontaban el vuelo hacia el cielo. De repente nos encontramos rodeados de una multitud de mariposas

amarillas, tantísimas que llenaban el aire; sus alas batían y temblaban; estaban en todas partes. Golpeaban nuestra frente, nuestros párpados, se enredaban en nuestra ropa, morían en las ruedas de nuestras bicicletas. Horrorizado, Duncan frenó, y luego trató de abrirse paso lentamente a través de aquella nube amarilla.

—Evita tocarlas si puedes —me dijo—. Se les estropean las alas con solo tocárselas, y entonces mueren.

Yo estaba tan borracho que ni siquiera fui capaz de frenar un poco la bicicleta. Avancé ciegamente por entre las mariposas, parpadeando, maldiciéndolas cada vez que una de ellas era aplastada por la rueda. Al final, una mariposa tropezó con mi ojo, y mi ojo permaneció abierto, bruscamente apiadado; entre el ojo y el cielo se interponía una delgadísima película amarilla sobre la que se dibujaba el complicado encaje de unas venas delicadísimas; la película se rompió, se desgarró. Cerré los ojos y, a ciegas, fui a dar contra un árbol.

Duncan me ayudó, silenciosamente, a ponerme en pie. Seguimos pedaleando juntos, todavía borrachos, aunque no tanto como antes. De vez en cuando nuestras bicicletas entrechocaban. Duncan se hizo un rasguño porque se golpeó la mano contra mi manillar en uno de los choques. Mi camisa, rasgada, aleteaba al viento.

A las cuatro llegamos a Arcachon. Era un pueblecito de veraneo, con varias playas públicas y kilómetros de diminutos chalets. Nos llegaba el olor del mar, y también los aromas tensos y salados de la bahía, de la glicina, de los pinares que crecían en las colinas circundantes. Atravesamos el pueblo y llegamos a una gran casa de ladrillo visto, roja, cuadrada y victoriana, con un gran invernadero acristalado en el lado que daba al sur, de cara al mar. En el jardín había muchísimas gardenias y pequeños limoneros. Alzamos las bicicletas, las dejamos al otro lado de un muro muy bajo, pasamos nosotros, avanzamos a través de una arboleda, saltamos otro muro, y llegamos a la blanca playa.

Me hundí en la arena y Duncan, a mi lado, murmuró:

—Una playa es una playa.

La playa se abría en una ancha curva desde donde nos encontrábamos nosotros hasta una zona de dunas, al sur, en donde se había instalado un numeroso grupo de gente festiva. Delante de nosotros, bajo una sombrilla rosa y amarilla, yacían despatarradas unas cuantas personas.

—¿Quieres que nademos hasta esa gente —le dije a Duncan—, a ver si podemos sumarnos a la fiesta?

Duncan, atemorizado, me miró. Se puso a temblar. Yo le volví la espalda.

Las olas que entraban en la bahía eran centelleantes y azules. Diminutos barcos de velas coloreadas cabeceaban en las anchas aguas. Estábamos en plena bajamar, y, encallados en la arena, había, aparentemente, cientos de barcas, algunas con mástil, otras sin, algunas tan pequeñas como botes, otras de buen tamaño, con esos cascos redondeados y de formas casi voluptuosas propias de las embarcaciones de mares poco profundos.

Duncan se quedó tan avergonzado que empezó a construir un castillo de arena. Yo saqué de la bolsita que colgaba detrás del asiento de mi bicicleta un bloc, y comencé a escribirle una carta a mi madre.

Querida madre:

Acabamos de llegar a Arcachon, un pueblecito francés que es un centro de veraneo y un lugar muy interesante. Duncan y yo estamos pasándolo maravillosamente bien y aprendiendo muchísimas cosas, tal como te dije que ocurriría, y cumpliéndose así el objetivo de mi viaje a Europa. Ya lo ves, yo tenía razón...

Dejé el cuaderno, me arrastré hasta donde se encontraba Duncan, y le ayudé a construir el castillo. Él seguía negándose a mirarme a los ojos. Monté en la bicicleta, me fui al pueblo, y después regresé con unos bocadillos de jamón, dos botellas de agua

Evian, y dos botellas de *vin ordinaire*. Había que pasar la tarde como fuese.

El grupo festivo recogió finalmente sus cestos y desapareció. La sombrilla rosa y amarilla se cerró y esfumó. Nos quedamos solos en la playa. Duncan excavó un hueco para meter los hombros y amontonó la arena que iba sacando de modo que formara un leve montículo a la altura de la nuca, y se tendió a mirar las embarcaciones que navegaban por la bahía. Bebimos seguido, parándonos solamente para salir corriendo de vez en cuando hasta el agua, y dar unas cuantas brazadas justo por encima de las algas que, en la marea baja, se encontraban muy cerca de la superficie. Dedujimos que era eso, la marea baja, la causa de que la playa estuviese tan vacía.

—¡Santo Dios! —dijo repentinamente Duncan—. ¡Esto es el puro infierno!

Seguimos construyendo el castillo de arena, trabajando con febril desesperación. Fueron, así, multiplicándose las torres, los fosos y los puentes; se elevaron agujas y zigurats babilónicos, pirámides egipcias y pirámides mayas, campanarios cristianos y minaretes musulmanes. Nuestro castillo se convirtió en una ciudad. La ciudad comenzó a extenderse por la playa, palmo a palmo, cada vez más grandiosa, cada vez más triste.

Cuando el atardecer permitió que refrescase un poco, un muchacho rubio salió de la gran casa de ladrillo visto y se puso a jugar en el jardín, solo. Llevaba una chaqueta de marinero, pantalones cortos y sandalias.

Duncan contempló admirado nuestro castillo. Estábamos otra vez bastante borrachos.

—Es un castillo verdaderamente bonito —dijo en un tono profundamente entristecido—. Si tuviese cámara, sacaría una foto. Vale la pena conservar un recuerdo, ¿no crees?

A mí me parecía también un castillo maravilloso, pero maldito si sabía qué hacer con él.

—Podríamos atacarlo a pedradas —dije.

El niño se acercó al muro, avanzó hasta la verja, y se quedó mirándonos, un brazo en torno a una de las barras de hierro, y el otro apoyado en la esfera que la coronaba. Y se quedó plantado así, dibujando de vez en cuando, con la punta de la sandalia, en la arena que el viento había hecho entrar en el jardín. El chico se fijó por fin en el castillo; se le pusieron los ojos como platos. Él y Duncan estuvieron mirándose de hito en hito. Después, el niño dio media vuelta y se sentó tras el muro. Solo veíamos un extremo de su pierna.

—Está aburrido —dijo Duncan con desesperación—. No es feliz. No puedo soportarlo.

Recuerdo que nos fuimos de puntillas —seguramente confundimos al chico con las mariposas— hasta el muro, y que asomamos la cabeza por encima.

—Hola —dijo Duncan.

—*Bonjour* —dijo el niño.

—No me acuerdo de cómo se habla en francés —dijo Duncan, mirándome. Se inclinó un poco más sobre el muro, ansioso—. *Voulez vous...* ¿Cómo se dice jugar? —exclamó, volviéndose hacia mí. Yo tampoco lo sabía. Me apoyaba en el muro porque sin ese soporte hubiese rodado por el suelo.

El niño nos miró; era educado, no tenía miedo, y estaba confundido por nuestra intervención. Al final, Duncan estiró los brazos, cogió al niño y lo subió hasta depositarlo a nuestro lado del muro. El niño empalideció.

—*Les brigands?* —preguntó, con su vocecilla.

Duncan ni siquiera le oyó; se lo llevó hasta nuestro castillo, y lo dejó frente a su gran extensión.

—Tuyo es —dijo, en tono solemne—. Todo.

El niño miró a Duncan y luego le sonrió con melancolía.

—Venga —dijo Duncan, impacientándose—. Juega con el castillo. Destrúyelo si quieres. Me da igual.

La cabeza del niño, inclinada hacia un lado, permaneció inmóvil. Sus manitas se entrelazaron. Duncan se dejó caer de rodillas al

suelo y, con el rostro emocionadísimo, le dijo:

—¿Verdad que no te doy miedo? Soy un cobarde. Es imposible que te asuste. ¿No es cierto?

—*Comment, Monsieur?* —dijo el niño. Estaba a punto de ponerse a llorar.

Duncan tomó suavemente la mano del niño y golpeó con ella uno de los zigurats. Cayeron unos cuantos granos de arena. Duncan señaló al niño, y luego al castillo. Luego, sin soltarle la mano, le hizo dar una vuelta a todo el castillo. El niño comenzó a sonreír. Alzó la vista y miró a Duncan.

—*Oui* —dijo Duncan, muy animado—. Para ti. *Votre* —gritó triunfalmente—. *Pour vous, s'il vous plaît*, o como se diga.

—*Pour moi, Monsieur?*

—*Oui* —dijo Duncan—. *Oui*.

—*Tout le château? Vraiment?*

Y el niño se puso a batir palmas.

Al cabo de un rato, justo cuando estábamos terminando un nuevo túnel fantástico, con tres pasos diferentes, y en el momento en que Duncan me preguntaba: «¿No te parece que ahora ya es feliz? ¿Verdad que no le he ofendido?», oímos una voz de mujer. El niño contestó con un grito, y una mujer se nos acercó corriendo, una mujer alta, guapa, de grandes ojos azules, amables y de mirada fija. Se agachó junto al niño, lo recogió, se lo llevó en volandas, y solo cuando lo tuvo sano y salvo en sus brazos se volvió y nos dirigió una mirada recelosa. Nosotros estábamos borrachos y mal afeitados, teníamos los ojos tintos en sangre, y llevábamos la ropa muy sucia. Duncan improvisó una reverencia, y explicó que éramos norteamericanos. La mujer soltó una exclamación, y luego una sonrisa le iluminó el rostro. Se adelantó un paso y le estrechó la mano a Duncan:

—*Enchanté, Monsieur* —dijo bruscamente, y luego añadió—: *Enchanté* —mientras estrechaba también mi mano.

Permaneció allí unos momentos, con el niño en brazos, hablándonos lenta y amablemente, en un cuidado francés. Nos preguntó de qué parte de Norteamérica veníamos, y respondió con gestos de asentimiento a nuestras respuestas. Nos preguntó si pensábamos quedarnos mucho tiempo en Francia, y cuando le dijimos que un año, ella respondió con nuevos asentimientos de cabeza, y dijo que éramos *très sage*. Tenía la voz grave y suave a un tiempo, y al principio Duncan y yo nos quedamos mirándola fijamente; hasta que Duncan tomó conciencia de su actitud, me dirigió una mirada acusadora, y ambos bajamos la vista con timidez. Si necesitábamos agua, nos dijo, podíamos entrar por la puerta de atrás y servirnos nosotros mismos. Tenía que preparar, nos dijo, la cena de los abuelos del niño. Su marido trabajaba en Burdeos y terminaría la jornada muy tarde. Volvió a estrecharnos la mano, y luego, sin soltar al niño, entró de nuevo en el jardín. Llevaba una falda azul celeste que, al cerrar ella la verja, se agitó contra sus barras.

Se nos había terminado el vino. Comenzaba el ocaso, y su esplendor rosado se reflejaba en las rótulas de Duncan. Este se sentó en la arena, hablando, cubriéndose las piernas de arena.

—¿Sabes por qué tienen un tipo tan bonito? Porque trabajan. No utilizan todas esas horribles máquinas que sirven para ahorrarse esfuerzos. Se agachan, caminan, van en bicicleta. ¿Te has fijado en lo estrechísima que tenía la cintura? No vale la pena seguir fingiendo que las mujeres norteamericanas son tan encantadoras como ellas.

—No es cierto —le dije—. Francia está muy bien, pero... —El aire que nos rodeaba estaba perfumadísimo, y el crepúsculo comenzaba a desplegar sus ríos de colores a lo ancho del cielo—. Ya me entiendes. Es la novedad. Estoy seguro de que Norteamérica...

Duncan se puso furioso. Me dijo que mi actitud era testarudamente defensiva. Y que me ponía así porque, simplemente, sabía que no encajaba en ese país. Al fin y al cabo, ni siquiera le había dicho una sola palabra a esa mujer.

—Es cierto —admití, perezosamente—. Pero no le he dicho nada porque, de tan impresionado, no podía hablar.

Me levanté un poco, me apoyé en un codo, y le miré. Estaba sonriéndole, no muy seguro, sin duda, con la sonrisa que uno le dirige al hermano mayor, o a alguien inexpresablemente querido, un ser cuya aprobación anhelamos por encima de todas las cosas. Duncan me miró de soslayo. Luego, transcurridos varios segundos después de que yo hubiese terminado de hablar, nos pusimos los dos a reír, como si hubiese dicho algo ingeniosísimo.

Las sombras, azules y líquidas, comenzaban a cernerse sobre la playa. Allí estábamos, él y yo, con todos nuestros temores y todas nuestras imperfecciones, y con esas esperanzas en las que realmente no creíamos, y con nuestros fracasos; allí estábamos, con diecinueve años el uno, veinte el otro. Nos llegó de una de las casas que flanqueaban la playa el sonido de un gramófono que tocaba *La Vie en Rose*. Duncan se puso a tararear la canción. La amabilidad francesa se extendió a nuestro alrededor, cercándonos como la noche inminente. Estuve oyendo a Duncan, y también el gramófono lejano y el susurro ensoñado de las olas, y supe que sobreviviría a mi juventud, y que alcanzaría el perdón.

EDUCACIÓN SENTIMENTAL

Eran las ocho en punto de una templada tarde de septiembre, y todas las campanas de Harvard estaban dando la hora. Elgin Smith, cansado de estudiar, se encontraba en la escalinata de la biblioteca Widener —esa escalinata ancha, romana, molesta—, parpadeando y mirando hacia la lejanía porque había oído decir que este ejercicio refrescaba las córneas y la retina. Pensaba, pero no en sus estudios. Pensaba en qué significaría enamorarse, adorar a una chica y poner la propia vida a sus pies. Se despreciaba a sí mismo por creer, precisamente, que era incapaz de sentir pasiones, y pensaba que solo las personas apasionadas valían la pena, y que todo el resto de la gente era superficial. Estudiaba literatura inglesa, literatura alemana, literatura italiana, e historia, antigua y medieval, y en cada una de estas asignaturas encontraba multitud de casos que le dejaban en ridículo pues parecían decirle todos ellos que el sentido de la vida, la culminación de la existencia, la esencia misma de los acontecimientos, era cierta emoción a la que él permanecía ajeno y para la cual era, seguramente, demasiado racional. En consecuencia, permanecía allí, en la escalinata de Widener, tan abrumado por sus frustrados anhelos que solo la gravedad parecía mantenerle todavía en pie.

Era muy alto, medía un metro ochenta y seis, y muy desgarrado. Su cabeza era pequeña y de forma curiosa (Dimitri, su compañero de habitación, le acusaba a veces de parecer una cuña de queso), y tenía la nariz ganchuda. Quería ser catedrático de filología comparada, y creía en la Belleza. Estudiaba a todas horas, y había

momentos en los que él mismo sentía escándalo al ver lo mucho que trabajaba. Era famoso por su costumbre de llorar en el cine. No carecía por completo de cualidades atléticas.

En cierto modo había llegado al convencimiento de que era un chico raro, y que solo podía gustar a las chicas raras, a esas chicas dignas de compasión que no podían aspirar a nada mejor, y todo esto hería su orgullo.

Estaba escrito que aquella tarde vería a una chica que entraba en la biblioteca Widener por esa escalinata. Era una chica de estatura mediana y pelo moreno, muy corto; llevaba una chaqueta de color claro que flotaba a su espalda debido a la presteza de su paso, que casi era una carrera, sin llegar a serlo del todo; y la curva de su frente y la disposición de sus ojos en aquel rostro dejaron a Elgin sin aliento. Era tan bonita y tenía un porte tan maravilloso y poseía un aspecto de satisfacción tan sano y arrogante, que Elgin suspiró y pensó que era precisamente la clase de chica en absoluto rara, capaz de proporcionar incontables ventajas al joven que le pareciese atractivo, entre ellas la de darle un grado insuperable de confianza en sí mismo. Era precisamente esa clase de chica, aquella joven en absoluto infeliz, aquella joven perfectamente en armonía con el mundo, que jamás se enamoraría de él.

La chica llevaba los libros apretados contra el pecho. Los ojos de Elgin siguieron los pasos con los que ascendió prestamente los peldaños; y luego volvió la cabeza de nuevo hacia adelante, distendidas de emoción las aletas de la nariz, y la chica ya había desaparecido, se había esfumado en Widener.

«Seguramente, este año sí —pensó, alzando la vista hacia el cielo—. Ahora tengo casi diecinueve años». Estiró los brazos, y las hojas de los árboles, que con la cercanía del otoño comenzaban a secarse, susurraron empujadas por la brisa.

Pensó de nuevo en esa chica una o dos veces durante los siguientes días, pero el deseo que le inspiraba solo arraigó fuertemente en él cuando volvió a verla, dos semanas más tarde, en un guateque de Radcliffe College que se celebraba en Cabot Hall.

Ocurrió en una de esas habitaciones escasamente iluminadas en las que las parejas bailaban infatigablemente en una oscuridad casi completa. Elgin se balanceaba sin mover los pies del suelo (no era buen bailarín) con una chica que solía ayudarle en las clases de alemán, cuando cruzó ante sus ojos aquella visión de la biblioteca Widener. Al comenzar la siguiente pieza, Elgin serpenteó por entre las parejas, buscándola, tratando de abordarla, pero en cuanto se encontró cerca de ella dio media vuelta, se fue hacia la pared, y allí trató de recuperar el aliento mientras comprendía hasta qué punto estaba asustado.

Este fue un golpe que le hirió fatalmente. Sabiendo que le tenía miedo a esa chica, la deseó más incluso, de la misma manera que los hombres que se creen cobardes desean que llegue una guerra en la que demostrar que no lo son. O tal vez fuese por otra razón. La chica era deslumbrante; tenía a su favor la juventud y su aspecto orgulloso y limpio.

Pero, fueran cuales fuesen los motivos, Elgin comenzó a pensar vehementemente en ella. Cada vez que en sus lecturas tropezaba con ciertas palabras (una de ellas era «amante»; «bella» la otra; las demás son fáciles de adivinar), la chica aparecía ante sus ojos sentada en un trono de luminosas nubes. Escribió un trabajo titulado «La amada inalcanzable en la poesía trovadoresca». Cuando, camino de las aulas, cruzaba el Yard, sus ojos giraban nerviosamente de un lado para otro, incansables, buscando todos los rostros de todos los paseos, siempre con la esperanza de verla. De hecho, cuando iba a clase adquiría un aspecto tan descompuesto que algunos de sus amigos le preguntaron si se encontraba mal, y Elgin terminó contestando, a partir de la tercera o cuarta vez, que, en efecto, estaba enfermo. Enfermo de deseo.

Por la noche, antes de entrar en el comedor para la cena, se ponía el traje de baño y bajaba a la piscina del sótano de Adams House. Allí, bajo las vigas de madera, nadaba fieramente de un extremo a otro de la piscina, cada vez más rápido, hasta que le dolían los brazos. Luego se daba una ducha fría.

Cuando dormía, soñaba en carnicerías, caballos y coches lanzados a gran velocidad. Iba a ver películas francesas y clavaba las rodillas en el asiento de delante. Se reía de sí mismo, y decidió romper de una vez con esa costumbre absurda de estar pensando día y noche en la chica con la que nunca había llegado ni siquiera a hablar, pero no lo logró del todo. Al final, reconoció ante sí mismo que se había enamorado de ella; y una noche, tendido en la litera inferior, mientras Dimitri respiraba pesadamente encima de su cabeza, le asomaron lágrimas a los ojos de saberse tan necio, de desear tanto a esa chica a la que había visto las dos veces ya mencionadas, más otras dos.

Tras haberse resignado —imitando en ello a Dante— a un estado de perpetuo anhelo, se sintió más tranquilo y miró el mundo con ojos tristes y sabios. Pero su equilibrio era delicado, y en diciembre Dimitri comenzó a tener relaciones con una chica de Radcliffe que se llamaba Felicia. A los alumnos de último curso se les permitía tener chicas en sus habitaciones, a condición de que firmaran con ellas su entrada ante el policía del campus, en su registro de la caseta situada muy cerca de la entrada principal de su residencia, y también, más tarde, a la salida. Siempre cabía la posibilidad de que el policía subiese a la habitación del alumno que tenía invitada pero, a pesar de todo, durante las grises tardes de diciembre, Dimitri, bien abrigado, buscaba a Elgin por todo Widener y le pedía que no subiera a su habitación hasta después de las seis, porque aquella tarde subiría Felicia. Así pues, Elgin se quedaba ante sus libros, aturdido, incapaz de leer, con bellas perlas de sudor poblando su labio superior y su frente.

Una tarde regresó a su habitación y encontró a Dimitri tendido delante de la chimenea encendida; Dimitri alimentaba las llamas con sus apuntes.

—¡Dios mío! ¡Eres tú! ¡Cuánto odio tu feo rostro! —dijo Dimitri, pero Elgin entendió lo que ocurría; en ese momento, ser Elgin en

lugar de Felicia era una blasfemia. Atravesó la habitación de puntillas, dejó el abrigo colgado, y salió también de puntillas.

En enero, inmediatamente después de los exámenes, Elgin pilló la gripe. Se quedó exhausto. Cuando se recobró, tuvo la misma sensación que si le hubiesen lavado y purificado. Casi no se acordaba nunca de la chica.

Pero una soleada y fría mañana de febrero Elgin la vio delante de Sever Hall. Llevaba calcetines largos de lana azul, y estaba hablando con un chico que llevaba un chaquetón de mapache y tenía toda la cara marcada de viruela. Elgin se volvió repentinamente, entró en Sever, y esperó en el vestíbulo hasta que sonó el timbre. Entró entonces la chica, y Elgin la siguió escalera arriba, y se coló tras ella en un aula; se sentó tres filas más atrás que ella. Era un curso del doctor Bush sobre los poetas metafísicos del XVII. Aquella misma tarde Elgin solicitó, y obtuvo, autorización académica para cambiar su curso de novela victoriana por aquel otro.

La chica se llamaba Caroline Hedges y procedía de Baltimore. Era una notable amazona. Empleaba buena parte de su tiempo en buscar ropa, pues nunca estaba completamente segura de cuál era la esencia de la verdadera elegancia. Tendía a comprarse colores pálidos, blusas de una talla mayor que la suya, y cosas de *tweed*. Se azoraba con suma facilidad. Leía mucho, y sus libros preferidos eran *La cartuja de Parma*, *Ana Karenina* y *Madame Bovary*.

Era muy orgullosa, y nada más fácil que provocarla apelando a su valentía. Creía haber vivido una infancia feliz, y su familia no le parecía nada mal, pese a que, debido a que su apellido no era uno de los mencionados en la historia de Norteamérica, sentía cierto inevitable menosprecio por sus parientes. A los diez años estuvo brevemente enamorada de un primo suyo, un chico de doce años que la llevó al Museo Nacional de Arte, en Washington, y le dijo los nombres de los grandes pintores.

En Radcliffe, donde cursaba ahora el primer año, descubrió que, en relación con casi todas las demás chicas, había vivido muy resguardada y se sintió demasiado joven y algo avergonzada de sí misma. Esto le proporcionaba un aspecto de acusada pureza, y era en cierto modo una de las bellezas del curso. Pero al final de la primavera de su primer año de universidad, se quedó despierta toda una noche, obsesionada y auténticamente emocionada ante el descubrimiento de que era una chica inteligente y no se había enterado de verdad hasta ese momento. Se había dado cuenta fijándose en que los agregados y los ayudantes de cátedra, y hasta incluso a veces los catedráticos, gustaban de oírle hablar en clase. A partir de aquella noche racionó sus salidas con chicos y se entregó a sus estudios.

«En realidad, lo que amo es la poesía —escribió en su diario—. No me resulta fácil explicar por qué. Una vez, cuando estaba en Nueva York alojada en casa de tía Kitty, fui a pasear por Central Park mientras nevaba. En el zoo vi al camello bactriano, que estaba de pie en mitad de su jaula. Mantenía la cabeza elevada hacia arriba, con la boca abierta y la lengua afuera, recibiendo en ella los copos de nieve. Es posible que fuese la primera vez que veía nevar. No estoy completamente segura de dónde se encuentra Bactriana, ni qué clima hay allí..., tal vez estaba recordando la nieve. Así es lo que yo siento por la poesía».

En otra de las entradas había escrito: «Mi madre me pregunta en una carta si todavía sigo saliendo con Louis Du Pont, que a ella le parecía un chico encantador. ¿Cómo puede creer mamá que es encantador ese gordinflón?».

A comienzos de abril de su tercer año, escribió: «Hoy, en clase de poesía metafísica, hemos hablado de la tradición del Amor Platónico en la Inglaterra jacobea. Un chico que se llama Elgin Smith ha hecho un comentario que me ha parecido muy brillante. Describió los inviernos que pasaban los jóvenes en aquellas inmensas casas de campo, una veintena aproximadamente de jóvenes con dos o tres carabinas, y la nieve rodeándoles por todas partes. Los jóvenes

cantaban y hacían teatro y cosas así. Como los jóvenes tienen la sangre caliente, era necesario crear un código que reglamentase el cortejo, solo así se les podía controlar, pues todavía les faltaban algunos años para sus enlaces matrimoniales, que siempre eran de conveniencia. No es necesario añadir que no funcionó, quiero decir que el Amor era algo más que Platónico, y que este era un tema más frecuente en los versos que en la realidad. Cuánto admiro a la gente brillante, y cómo me gustaría ser un poco brillante yo también. Este muchacho ha hablado con una voz rarísima. Muy nasal, y ganguea constantemente. He sentido deseos de taparle la boca con la mano y decirle: “Sh-h-h”. Es increíblemente nervioso y apasionado. Me ha pedido prestado el lápiz varias veces, y un día me invitó a tomar café con él. Le dije que no podía, pero la próxima vez que me lo pida aceptaré. Anhele tener amigos que sean inteligentes de verdad».

Habida cuenta de la combustibilidad sentimental de ambos jóvenes, no es en absoluto sorprendente que dos semanas después de su primera conversación larga temblaran cada vez que hablaban, y se sintieran oprimidos cada vez que se hacía el silencio entre los dos. Ambos sintieron el impulso de hablar con el otro acerca de tal situación, pero ambos también lo combatieron, hasta una tarde en la que se sentaron en el Cambridge Common a fumar un pitillo antes de separarse para cenar.

A todo lo ancho y largo del bosque había madres sentadas y aburridas junto a sus cochecitos de niños, y bajo los árboles, que acababan de estrenar sus hojas, los niños escalaban el viejo cañón. Abraham Lincoln meditaba bajo su dosel, y los tranvías repiqueteaban metálicamente en Massachusetts Avenue.

—Elgin —dijo Caroline—, hemos hablado de cien cosas, hasta de mil, seguro.

—Sí.

—Pero nunca hemos hablado de lo que pensamos el uno del otro.

—No —dijo él, retorciendo los dedos—. Me parece que no.

—Pues... pues a mí, la verdad, no me parece bien —dijo Caroline — eso de analizar las cosas. Hay algunas que no se deben mencionar siquiera.

—Estoy de acuerdo —dijo Elgin. Tenía la sensación de que las palabras estuviesen estallándole en los labios, dejando luego una expresión de leve sorpresa en su rostro.

—¿En serio? —dijo Caroline. Estaba encontrando muy difícil mantener su aplomo.

—Son muy pocas las cosas que quedan por decir, las palabras que nadie ha pronunciado jamás —dijo Elgin con determinación. Luego añadió—: La culpa la tienen mis lecturas. Ele leído tanto, que he terminado por perder la capacidad de entusiasmarme.

—Ya comprendo —dijo Caroline—. Bueno, este tema sí que me parece fascinante.

—Sí —dijo Elgin—. Lo es.

Permanecieron en silencio durante unos segundos, a punto ambos de hablar, pero Elgin tenía miedo y Caroline estaba desconcertada, como si sus ideas acerca de lo que podía ocurrir acabaran de ser pisoteadas y dejadas por muertas a la orilla del camino.

—Comencemos a regresar —dijo Elgin.

Caroline se puso en pie, y se fueron caminando hacia Radcliffe, pasando frente al Hotel Continental.

—¿Vendrás esta noche? —dijo Caroline cuando doblaban la esquina del hotel.

Elgin asintió con la cabeza.

Caroline extendió el brazo y estrechó la mano de Elgin, algo que no hacía nunca.

—¡Caroline! —dijo Elgin con vehemencia.

—Dime.

—Vamos a cenar juntos.

—¿Adónde? ¿No te habías quedado sin dinero?

—Al restaurante chino.

—Si me queda suficiente dinero, de acuerdo. —Abrió el monedero y rebuscó un momento; ella y Elgin lo pagaban casi todo a escote—. Tengo dos dólares y algo de suelto.

Se cogieron del brazo y regresaron al Common.

—Vaughan me parece bastante tedioso —dijo Caroline—. ¡Cuánto ha degenerado la lengua desde los tiempos de Donne!

Se sentaron en el mismo banco que ocupaban antes.

—Supongo que, dada nuestra conversación de hace quince minutos, sería horrible que hablara de lo que siento por ti —dijo Elgin.

—Oh, no —dijo Caroline—. Hazlo.

—Bueno, pues, son unos sentimientos muy intensos.

—Ya me lo suponía —dijo Caroline, incapaz de conseguir que su voz sonara normal.

—Pero hasta ahora no los había mencionado siquiera —dijo Elgin— porque no quería que surgiese ningún obstáculo que te impidiera seguir viéndome.

—Lo entiendo —dijo Caroline—. Fuiste muy sutil.

—Calla, por favor —dijo Elgin—. Trato de decir ciertas cosas, y me cuesta horrores decirlas. Quiero que sepas que no me dedico a perseguirte ni nada parecido.

—¿No?

—Te vi el otoño pasado. Entrabas en Widener. Fue... ya sabes... a primera vista.

—¡Elgin!

—Lo fue. Me matriculé en poesía metafísica porque tú hacías ese curso, solo por eso. Caroline, lo que siento por ti es muy intenso y profundo.

Caroline experimentó un tremendo alivio.

—Bueno, siempre me lo había parecido —dijo—, pero no estaba segura. —Entonces se fijó en Elgin, que estaba temblando—. Elgin, ¿te ocurre algo?

Pasó junto a ellos un niño que corría con una pistola desintegradora en la mano.

—¿No te has enfadado conmigo? —preguntó Elgin.

—¡Claro que no! —dijo ella con voz cantarina.

—¿No vas a decirme que lo máximo que puedo esperar de ti es una simple amistad? ¿No vas a decirme que si espero algo más que eso no deberíamos volver a vernos?

Hubo un silencio.

—No había ido tan lejos aún —dijo Caroline. Y pensó que sería mucho más decente abstenerse de mencionar sus propios sentimientos; se sentía atrapada—. Mira, Elgin, de una cosa estoy segura: que no quiero dejar de verte. —Movi6 las piernas hasta terminar por estirarlas hacia adelante, sin la menor elegancia—. Pero, en realidad, creo que... deberíamos ir con mucho cuidado y evitar, no sé, caer en la sensiblería, ya me entiendes.

—No me parece mal —dijo Elgin. Tragó saliva—. Pero ¿te molestaría...? ¿Te molestaría, Caroline, que te demostrase un poco más claramente mis sentimientos? —Su voz estaba subiendo de tono, temblaba de deseo.

—No entiendo qué quieres decir.

—Sí lo entiendes.

—En serio, Elgin, no...

—¡Lo entiendes!

—Bueno, quizá sí... Bien, demuéstramelo. Seamos honestos. ¿A quién podría hacer daño, por Dios? Sí, no nos comportemos como unos mojigatos.

Ante el asombro y la alegría de Caroline, Elgin le cogió la mano y se la llevó a los labios.

No se habían besado hasta entonces, ni llegaron tampoco a besarse durante un buen número de días. Sé habían confesado tácita y mutuamente que sospechaban la presencia de la pasión, y en esos casos, tratándose de personas con un mínimo de sentido

práctico, no queda otro remedio que esperar, tomarse las cosas con muchísima calma, negarse a correr hacia la guarida en donde aguarda la fiera agazapada. O, por decirlo con otras palabras, uno evita jugar con las compuertas de la presa. Lo que hicieron ellos tras esta conversación fue mostrarse repentinamente animados y alegres. Se contaron chistes; Caroline le arrebató a Elgin el cuadernito de notas que él sostenía en sus manos, y se puso a correr para obligarle a que la persiguiese; y también hablaron animadamente de poesía metafísica. Y cuando esta alegría y esta animación aliviaron sus respectivos celos y arrinconaron sus miedos, Caroline llegó a la conclusión de que quería que Elgin la besara.

Subía Caroline por Garden Street a media tarde, y el sol brillaba con una luz transparente y dorada. Una leve brisa la despeinaba un poco, y caminaba a buen paso, e iba adelantando a numerosas parejas, chicos de Harvard y chicas de Radcliffe, algunos entrelazados por la cintura, otros cogidos de la mano, y otros andando simplemente juntos. Caroline tomó la decisión en ese momento, súbitamente; y al siguiente instante se le encendieron las mejillas, y se apartó alegremente el pelo, que seguía atravesándosele delante de los ojos.

Esa tarde, a las siete en punto, Elgin pasó a recogerla por Cabot Hall. Llevaba su andrajosa americana de *tweed* y sus pantalones caqui y una corbata a listas. Caroline se presentó con su suéter más bonito, el rosa de cachemira. Se había peinado muy bien su melena, y en sus labios brillaba el carmín, de modo que Elgin supo que se estaba preparando alguna cosa.

—Esta noche me gustaría ir al cine —dijo ella—. Tengo dinero suficiente para los dos, si estás sin blanca.

Elgin le contestó que llevaba algo de dinero. Decidieron ir al U. T., el University Theatre de Harvard Square.

—Me apetece algo de gangsters —dijo Caroline cuando salieron de Cabot y se encontraron en pleno atardecer de primavera.

El cielo que asomaba entre los árboles estaba de color cárdeno, un tono muy denso y turbulento. Caroline enlazó sus brazos en los de Elgin, y caminaron por el Quad a buen paso, camino de Garden Street, y luego atravesaron el Common, en donde se convirtieron en una más de las parejas que formaban la larga e irregular procesión que se extendía desde las residencias de Radcliffe hasta Harvard Square.

—Ya he terminado el trabajo sobre Donne —dijo Elgin.

Caroline soltó una carcajada que no venía a cuento, y también Elgin rio, pese a no tener motivos.

Anduvieron por el centro del Common, y pasaron al pie de la estatua de Lincoln, en donde una farola arrancaba un fantasmal brillo blanco de las hojas y los bancos y la tierra del camino. El encantador rostro de Caroline flotaba en la luz, surcado fugazmente por alguna que otra sombra, y Elgin cerró los ojos.

Caroline le apretó la mano. Apresuraron el paso.

Durante toda la proyección de la película permanecieron cogidos de las dos manos, con los hombros tocándose. Así entrelazados y enmarañados, rieron juntos cada vez que la película les parecía exageradamente violenta. Y llegó un momento en que ya no pudieron abandonar sus sonrisillas, pues la cifra de víctimas de la película no dejaba de aumentar. Cuando terminó la proyección abandonaron la sala, y Elgin le compró a Caroline un cucurucho de helado de chocolate en St. Clair's, y bajaron caminando por la orilla del Charles River.

El Charles tenía un aspecto plácido, y rielaba silenciosamente en su pausado discurrir bajo los puentes; las luces de Eliot House se reflejaban en su superficie. Caroline apoyó la cabeza en el hombro de Elgin. Respiraban al unísono, junto al río, y Elgin dijo:

—Quizá sea una torpeza preguntártelo, Caroline, pero... te gustaría...

En lugar de besarle los labios solo atinó en la mejilla, y la tenía sujeta con tanta fuerza que Caroline no pudo moverse y corregir así

su error. Pero al cabo de un momento fue él mismo quien lo corrigió. Ambos respiraban con dificultad.

—Te amo, te amo, te amo —susurró él.

Sonó bellissimo a la luz de la luna, mientras el río se deslizaba en silencio bajo el puente, y Caroline se alegró de haberle permitido que la besara.

Después de eso adquirieron la costumbre de besarse el uno al otro con frecuencia. Se reunían cada tarde en Widener. Cuando uno de los dos interrumpía su trabajo, el otro también lo dejaba, y bajaban juntos. A ambos lados de la escalinata se elevaban unos grandes brazos de piedra sobre los que parecía que hubiese debido haber unas estatuas, pero se hallaban desnudos, y en primavera, por las tardes, servían de asiento para los estudiantes solitarios, y también para las parejas. Elgin y Caroline se sentaban ahí y miraban la capilla que se elevaba al otro lado del Yard.

A las cuatro y media se iban a Massachusetts Avenue y se tomaban un café en uno de los bares baratos. Generalmente, a esa hora se separaban. Caroline cenaba en Cabot Hall, y Elgin lo hacía en Adams, pero a veces, cuando tenían dinero, cenaban juntos en un restaurante chino muy barato, cerca de la plaza. (A Elgin no le gustaba llevar a Caroline a cenar en Adams House las noches en que se autorizaba la entrada de chicas porque eso le recordaba que era joven, que carecía de autonomía, que dependía de una institución). Por la noche estudiaban, en la biblioteca o en una de las salas comunes de Cabot, y luego, a las nueve, hora de cierre de la biblioteca, bajaban caminando por la orilla del río. Elgin tenía un viejo impermeable que llevaba siempre consigo para extenderlo sobre la hierba. Se sentaban encima del impermeable, muy juntos, y se daban besos largos y muy tiernos. Al principio aprovechaban estas expediciones para hablar de poesía, pero enseguida la conversación comenzó a parecerles una cosa desagradable, y acabaron prefiriendo el silencio.

Más adelante comenzaron a poner fin a sus horas de estudio en Widener más temprano, a las tres y media e incluso a las tres. A Caroline le gustaba ir con Elgin al Museo de Bellas Artes de Boston, y allí miraban los cuadros. Cuando sentían los pies cansados se iban a los Fens, el parque situado justo detrás del museo, que tiene tina rosaleta al final. Caroline pretendía que Elgin perdiese su fuerte acento *Middle Western*, y la excusa para estos largos paseos era que durante ese rato Caroline le daba clases de pronunciación a Elgin. Este llevaba consigo un libro, los *Ensayos* de Bacon, o los de Montaigne, o los *Sermones*, de Jeremy Taylor, o el *Rasselas* de Johnson, libros sanos y robustos, con unas frases tan maravillosas que a veces a Elgin se le iba la voz de tanto placer que sentía al leerlas.

—No se pronuncia *oll-wez*, sino *always*, *all-ways* —le decía Caroline.

—Espera, Caroline, aguarda un momento: escucha esto. —Y Elgin se ponía a leer una nueva frase sonora y retórica—. ¿No te parece suntuoso?

—¿Suntuoso? No —decía Caroline—. Yo diría que no es la palabra adecuada.

—Oh, sí. En este caso sí lo es —decía Elgin—. Es la palabra absolutamente precisa.

Y Caroline, luchando por no ceder, decía:

—No sé, no sé. Tal vez.

Luego, Elgin comenzó a leer cosas de Colette y de Boccaccio. Ahora, cuando caía el silencio, parecía que en la hierba, no lejos de ellos, hubiese algo que estaba respirando suavemente. Las miradas, los árboles, el movimiento de la gente en el parque, se alejaban repentinamente del mundo sensato, del mundo común-y-corriente, y cobraban cierta extrañeza. Caroline fruncía el ceño cada vez con más frecuencia, y terminó convirtiendo ese gesto en una expresión de crítica. Consiguió que Elgin se comprara otras corbatas y se hiciese poner tacones nuevos en los zapatos. A menudo se lo llevaba por la tarde a St. Clair's y le hacía beber zumo de naranjas recién

exprimidas. Cuando llovía, Caroline seguía empeñada en pasear con él, pues afirmaba que a Elgin le sentaría bien. Se responsabilizó de la corrección y mecanografía de todos los trabajos de Elgin, pues, según ella, él cometía muchísimas faltas. Un día, Elgin le leyó a Caroline ese cuento de Boccaccio en el que una chica le dice a su madre que quiere dormir en el jardín para escuchar el canto del ruiseñor, pero en realidad lo que hace la chica es reunirse con su amante en el jardín: el ruiseñor era él. Elgin le leyó este cuento a Caroline con voz intensa y temblorosa. Durante la siguiente semana, mientras iba o volvía de clase, Caroline oía constantemente la frase «escuchar al ruiseñor». Al final esa frase acabó cobrando tal significado para ella, le provocó semejantes tumultos, e hizo que se sintiera tan sola y tan privada de algo a lo que tenía derecho, que una noche, cuando regresó a su habitación, Elgin despertó a Dimitri y le pidió que la tarde siguiente le dejara la habitación a él.

Resultó que tanto Elgin como Caroline eran vírgenes.

Su primera zambullida en las aguas de la sensualidad les dejó perplejos. No supieron qué hacer con eso. Trataron de convencerse a sí mismos de que había ocurrido algo real, pero al minuto siguiente de haber terminado ninguno de los dos tenía la sensación de haber hecho jamás una cosa así. Se precipitaron a experimentarlo más veces; interrumpieron sus abrazos a mitad, para mirarse a los ojos, aturcidos y encantados. «¿Está ocurriendo esto en realidad?», se preguntaron el uno al otro en diferentes ocasiones, a lo que el otro respondió ambas veces: «No». Y terminaron riendo los dos. Sabían que nada de lo que estaban haciendo era real. Lo único que pasaba era que, víctimas ambos de una fuerte contusión en la cabeza, estaban siendo presa de la imaginación erótica. Pero, al mismo tiempo, comprendían a medias que todo aquello era verdad, que estaban *haciendo* todas esas cosas, y el hecho de que ellos, Caroline y Elgin, compartieran semejante intimidad, les deslumbraba, les fascinaba; y cuando se encontraban juntos

intentaban ocultarlo, pero esta atracción indescriptible que sentían el uno por el otro se manifestaba una y otra vez, y les arrebatava toda la fuerza a sus cuerpos. Intentaron hacer chistes sobre lo que les ocurría, sobre esa extraña pasión que sentían.

—Somos obreros no cualificados —dijo un día Elgin.

—Sabes una cosa, solamente cedo porque eres irresistible —dijo en otra ocasión Caroline.

Ella siempre fingía que no sentía ninguna pasión por las actividades sexuales. Lo único que ocurría es que no era capaz de resistirse a las insinuaciones de Elgin. Pero él era demasiado tímido como para insinuarse, a no ser que ella le animara a hacerlo, y era frecuente que Caroline tuviera la sensación de ser una hipócrita de la peor ralea. La verdad era que estaban atrapados por la fiebre de su propia sensualidad.

Caroline se encerraba en un aura impenetrable de ensoñaciones diurnas mientras almorzaba en Cabot Hall, y ni siquiera alcanzaba a oír el parloteo de las demás chicas. Luego se iba caminando a Widener, y si se paraba a hablar con ella algún conocido, Caroline le miraba con ojos pétreos por miedo a que el chico adivinase lo que sentía y creyese que lo sentía por él. Subía corriendo la escalera de Widener, seguía corriendo por el vestíbulo, ante los murales de Sargent, aterrada de solo pensar que quizá Elgin no estuviera aguardándola. Cada día crecía más este miedo; pero cada día Elgin estaba allí, sentado a una de las alargadas mesas de madera, bajo el gran techo artesonado de la sala de lectura, y la expresión de su rostro en el momento en que veía a Caroline hacía que esta sonriese y sintiese vértigo, porque jamás hasta entonces había tenido conciencia del milagroso poder que ejercía sobre los hombres.

Cuando se encontraban en público lograban a duras penas mostrar una actitud de forzado envaramiento. Se hablaban como si solo fuesen unos buenos compañeros de estudios. Elgin solía llamarla «Chica».

—Eh, chica, ¿has terminado ese libro?

Caroline le llamaba «Jefe».

—Todavía no, jefe. No me des prisas.

No se cogían de la mano ni se tocaban. Creían estar engañando a todo el mundo, pero todos los que les conocían se lo imaginaban, y ambos se lo habían contado a su respectivo compañero de habitación. De hecho, tenían ganas de contarle a todo el mundo lo que les estaba pasando; siempre tenían la noticia en la punta de la lengua, y acabaron acostumbrándose a interrumpir repentinamente sus conversaciones con los amigos, tan pronto como el impulso de confesarlo todo se hacía tan incontenible que no iban a poder resistirlo ni un instante más, de manera que sus amigos comenzaron a pensar que se habían vuelto muy raros y de trato francamente difícil.

Cada tarde, cuando se reunían en Widener, comenzaba en este altísimo nivel de confusión, y luego bajaba rápidamente por la pendiente. La aguja minutería del reloj situado sobre la puerta de la sala de lectura experimentaba una sacudida cada sesenta segundos, y marcaba un minuto entero en cada uno de sus movimientos, y a las dos y treinta ya no eran capaces de articular una sola palabra ninguno de los dos. Elgin se ponía palidísimo o azoradísimo. Respiraba de forma irregular por la boca, siempre entreabierta, o por las dilatadísimas aletas nasales, y este fenómeno fascinaba a Caroline, solo que ella tampoco podía quedarse mirándole durante mucho tiempo sin comenzar a sentir un espantoso dolor de cabeza. Hasta que por fin, en un jadeo asfixiado, Elgin preguntaba:

—¿Ya?

—Yo he terminado —decía Caroline con el más débil hilillo de voz que se pueda imaginar.

Caminaban en silencio hasta Adams House, y Elgin y Caroline firmaban su entrada en la caseta del policía. Subían en silencio la escalera, y Elgin abría la puerta de su habitación, y luego caían el uno en brazos del otro, riendo como tontos de tanto alivio, o con gesto sombrío, o casi llorando de alegría por haber obtenido por fin esta intimidad, por haber podido llegar a darse este abrazo.

Más tarde se vestían los dos, y tras haberse restregado concienzudamente la cara, Caroline, como una adicta, se lanzaba hacia el armario de Elgin y sacaba el montón de camisas descosidas y desbotonadas. Caroline no sabía coser, pero creía saber, y se sentaba en la cama de Elgin, sonriendo para sí, tarareando en voz muy baja, y le cosía los botones en el lado que no correspondía. Elgin intentaba estudiar, pero sus estados de humor eran tan variables y agitados que, después de leer un solo minuto, tenía que ponerse en pie y empezaba a caminar de un lado a otro de la habitación, retorciéndose las manos o agitándolas en el aire, en encendidas denuncias del *college*, o del Sistema Educativo Norteamericano, enfurecido, aunque no supiese muy bien contra quién o contra qué, y forzado a librarse de esa furia de cualquier manera, mientras Caroline, algo aburrida, le hacía caso omiso y seguía cosiendo.

Muy de vez en cuando Caroline lloraba. En esos momentos era incapaz de vestirse adecuadamente, y rondaba por la habitación medio desmelenada, descalza, desaseada, y diciendo:

—No sé qué me pasa. En realidad, no me pasa nada.

No obstante, cada pocos minutos le resbalaban las lágrimas por las mejillas. Tampoco sabía por qué lloraba; era inocente de todo posible grado de comprensión de sí misma, como de Elgin.

A veces se peleaban. En una ocasión fue porque Caroline no quiso usar la toalla de Elgin:

—Si me amaras la usarías.

—Me encantaría usar *tu toalla* —dijo Caroline—. Pero *esta* está sucia.

A Elgin le pareció que aquella actitud de Caroline era ridícula; ella calificó a Elgin de patán y se fue, cerrando de un portazo. En cuanto llegó al final de la escalera, dio media vuelta y comenzó a subir de nuevo, hasta que oyó que Elgin estaba bajando. Ninguno de los dos dijo ni media palabra; no se pidieron disculpas ni mencionaron nunca más este episodio. Salieron a pasear por la orilla del río y estuvieron hablando de la poesía metafísica.

Los sábados, Elgin solía ir con Caroline a las pistas de Harvard, y jugaban al tenis. Caroline tenía unos tobillos y unas piernas muy bonitos, y cuando se encaminaban a la pista Elgin los miraba a hurtadillas, lo cual ponía nerviosa a Caroline. Esta era una buena jugadora de tenis, tan buena como Elgin, pero él podía estropearle su juego subiendo a la red y poniéndose a gritar como un loco: «¡Ya te tengo!». Esto confundía tanto a Caroline que no era capaz ni siquiera de atinarle a la pelota, y después se ponía a reír exasperadamente.

Cuando Elgin tenía el saque, anunciaba la puntuación cada vez, en voz muy alta, animada y burlona: «*Thirty-love!*» Y decía «love»^[2] con una entonación que hacía que Caroline se sonrojase, y luego ella intentaba lanzar la pelota directamente contra el cuerpo de Elgin, pero generalmente fallaba.

Una tarde se encontraban el uno en brazos del otro, en la habitación de Elgin. Este susurraba: «Te amo, Caroline. Te amo muchísimo», cuando, de repente, alguien llamó a la puerta. El sonido tuvo la virtud de cegar a Elgin, que apretó los párpados con todas sus fuerzas. La llamada sonó otra vez, y otra, y su eco resonó en la pequeña habitación. Luego, unos pasos se retiraron.

Elgin se levantó y fue a buscar pitillos y toallas para los dos. Volvieron a tumbarse, cada uno en un extremo de la cama, envueltos en toallas, y se pusieron a fumar. Ninguno de los dos habló de su temor de que hubiera sido el policía de la universidad, de la posibilidad de que les expulsaran a ambos. Hablaron, en cambio, de hasta qué punto podían considerarse unos seres depravados.

—Creo que lo somos —dijo Caroline—. De lo contrario, no sentiríamos tanta vergüenza.

—No tenemos por qué sentirnos avergonzados —dijo Elgin—. Pero fingimos vergüenza por pura educación.

—Tú puedes decir eso —dijo Caroline con acento sombrío— porque eres un rebelde. Pero yo soy una persona conformista. En el fondo, soy una buena chica. Yo siento *verdadera* vergüenza.

El peso de los detalles, el laberinto de los botones, de las presillas y de las cremalleras a través del que tenían que abrirse camino hasta alcanzar el estado que más placentero les resultaba, siguió forzándoles a sentirse avergonzados. No podían creer que lo que estaban haciendo fuese real, y sin embargo era real, tal como tenían que admitir tan pronto como se separaban, en cuanto el recuerdo de ese último encuentro planeaba sobre ellos, ocupaba sus mentes y les incapacitaba para todo lo que no fuera soñar en su próximo encuentro. Por la noche, tendido en su cama, Elgin intentaba dormir, pero se ponía a pensar en Caroline, y lentamente, como una hoja que se va curvando al ser introducida en una solución salina, también él se enroscaba bajo las sábanas hasta que le quedaban las rodillas a la altura del pecho, y este movimiento torturado e involuntario de deseo era tan incontrolable como sus pensamientos. Intentaba a veces leer, preparar las asignaturas: «A comienzos de este siglo me fui a Londres, pues me pareció que Irlanda y el amor que yo sentía por Irlanda me alejaban demasiado de mi poesía». Pero a continuación aparecía en mitad de la página impresa, en grandes mayúsculas, «CAROLINE», y Elgin comenzaba a frotarse la cara enloquecidamente, con las dos manos, y se retorció los labios y las mejillas y la nariz.

Creía que Caroline no le amaba tanto como él a ella, o que no le deseaba tanto como él a ella, y esto le hundía en un humor taciturno. Y comenzaba a meterse con ella. Le dijo que no era tan inteligente como se creía; que la gente la trataba como si tuviese una gran inteligencia porque era bonita. La acusó de ser mezquina, y Caroline le daba la razón, confesaba que tenía un carácter horrible, y, mientras él la consolaba, comenzaban los abrazos.

Elgin se sentía ofendido cada vez que Caroline se le adelantaba para decir que ya era hora de irse a cenar. Caroline miraba de reojo el reloj, y Elgin fingía estar tan cautivado por ella que se olvidaba del tiempo. Pasaban entonces los minutos, Caroline se iba mostrando cada vez más alocadamente alegre, y trataba de olvidarse del

tiempo, y, mientras, Elgin, sutil, puntilloso y sardónico, se negaba a pronunciar las palabras que la hubiesen liberado.

Elgin comenzó a sentir miedo. Sentía tantísimo miedo que se le pasó el apetito. Tenía miedo de perder a Caroline, de suspender todas las asignaturas, porque era incapaz de estudiar a no ser que tuviese a Caroline al lado, que pudiese tocarla cada pocos minutos. La sola idea de cuál sería su situación en caso de que alguna de las discusiones que tenían a veces acabara siendo un verdadero enfrentamiento le preocupaba tanto que acababa poniéndose enfermo de aprensión. Finalmente, ojeroso y agrisado, le dijo una tarde a Caroline que lo que debían hacer era fugarse y contraer matrimonio.

—No, Elgin. No debemos ni siquiera hablar de esa posibilidad. Lo sabes muy bien.

Elgin se encogió de hombros y adoptó una expresión desconsolada.

—No me gusta sentir pena de mí mismo —dijo—. Pero admito que eso es lo que me pasa. Sí, me compadezco mucho de mí mismo. Imagina la situación de alguien que estuviera enamorado de una chica corriente, vulgar y convencional como tú.

Caroline tuvo que sostenerse la cabeza con las manos.

—Oh, Elgin —dijo—, no seas cruel. Sabes que somos jovencísimos. Y solo porque nos arrastran nuestros impulsos... No tenemos ninguna necesidad, en realidad... Sabes muy bien que se trata solamente de nuestros apetitos animales...

Elgin había tenido intención de pronunciar una frase muy dura, pero las últimas palabras de Caroline se lo impidieron.

—¿También hablas de *tus* apetitos animales...?

—Sí.

Se sintió tan feliz que se olvidó de la grave ofensa que había sufrido.

A veces él y Caroline salían con Dimitri y Felicia. Ahora Caroline ya no soportaba a ninguna chica que fuese, en su opinión, virgen; ante ellas se sentía incómoda, y no quiso que salieran con Dimitri y

Felicia hasta haberse asegurado de que ellos también eran amantes. Elgin se pasó más de una tarde diciéndole a Caroline que casi todas las chicas de Radcliffe y de los demás *colleges* se habían acostado con alguien.

—El porcentaje es muy elevado —le dijo Elgin.

Fueron dos veces a navegar a Marblehead. Dimitri tenía coche —un viejo Ford de débiles pulmones—, y Elgin se lo pedía prestado y se iban a Marblehead, alquilaban un bote y se dejaban empujar por la brisa a lo ancho y largo de la bahía. El sol hacía brillar el cabello de Caroline, y el aire salado les hacía entrar mucho apetito y el viento cobraba fuerza repentinamente, y coronaba de blanca espuma las olas, y así añadía emoción a la jornada.

Caroline escribió en su diario: «Tiene una espalda bellísima. Una forma maravillosa. Absolutamente indefensa. Me encanta apoyar la oreja en su espalda y escuchar los latidos de su corazón..., creo que lo que oigo es su corazón. Es gracioso que vestido no parezca tan apuesto, pero eso solo hace que a mí me parezca incluso más guapo. Tengo la sensación de que me gustaría darle a luz. Otras veces me gustaría meterme en su bolsillo para que me llevara como un lápiz. Nunca permito que comprenda la intensidad de mis sentimientos. Soy una persona horrible, horrible...».

Elgin le escribió una carta.

«Querida Caroline: ¿No es gracioso que esté escribiéndote una carta a pesar de que nos vemos todos los días? Pero imagina la impresión que nos produciría más adelante el volver la vista atrás y comprobar que nunca nos habíamos declarado nuestro amor por escrito.

»Tú, Caroline Hedges, eres el primer y mayor amor de mi vida.

»Siendo chica, no creo que sepas en qué consiste amar a alguien como tú, pero si supieras hasta qué punto dependen los hombres de las mujeres, quizá lo entenderías. No solamente los hombres son incapaces de sobrevivir solos, sino que en realidad no son nada hasta que tienen a la mujer que aman.

»Releyendo lo que acabo de escribir, compruebo que todo lo que he dicho tiene que ver solamente con el lado egoísta del amor. Me parece que esto me delata perfectamente. En cuanto a ti, pequeña, el solo hecho de conocerte resulta casi diría que atemorizador».

A veces había pájaros encaramados a la hiedra, al lado mismo de la ventana de Elgin, cantando. A veces, Elgin le cantaba alguna canción a Caroline; la voz de Elgin era dulce, insegura, y a los dos les gustaba mucho que él cantase. A veces, viendo a Elgin cruzar desnudo la habitación, Caroline se quedaba sin aliento, soltaba todo el aire y se olvidaba de que él había podido escuchar ese jadeo del que ni ella misma era consciente. Una tarde, Elgin fue al baño a buscar un vaso de agua para Caroline. Ella estaba tendida en la litera inferior, lamida por las sombras, y cuando le vio regresar dijo en voz muy débil:

—Te amo, Elgin.

Era la primera vez que aquella chica orgullosa y testaruda lo decía. Elgin alcanzó a oírla; se detuvo sobre sus pasos y echó la cabeza hacia atrás.

—Dios —dijo—. Es el momento más feliz de toda mi vida.

Ahora ya no había barreras para su intimidad, y hablaron de todo. Elgin era implacable en sus preguntas: «¿Qué opinas del dinero? ¿Cómo es tu padre? ¿Le quieres mucho?».

Al principio Caroline se mostró cautelosa.

—Bueno, creo que la gente necesita un mínimo de dinero... Mi padre es bastante simpático. Supongo que es una persona superficial. No parece tener emociones muy intensas. Trabaja para una empresa de seguros. De pequeña le quería muchísimo; todavía le quiero..., creo que siento compasión por él.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Elgin. Le pasó a Caroline un cigarrillo, y se lo encendió—. Cuéntamelo todo. Y sé sincera. Jamás había conocido a nadie tan profundamente como a ti.

Caroline formó con sus manos una pantalla en torno a la boca.

—Creo que mi padre me quiere, y ahora yo te quiero a ti, y me parece que es triste que ocurran estas cosas. Que él sea viejo...

¿Crees que deberíamos seguir hablando así, Elgin?

—¿Por qué no? ¿Con qué otra persona podemos hacerlo?

De modo que comenzó a salir todo, lo que Caroline sentía por su padre, por su madre, por el dinero. Caroline deseaba tener una casa bonita y una gran familia; despreciaba un poco a la gente que no vivía en una posición acomodada. Cuando terminaba por sentirse exhausta de contarle a Elgin todas estas cosas, Caroline empezaba su propio turno de preguntas.

—Mi madre es muy posesiva —dijo Elgin—. Si nos casamos, tendremos problemas de suegra... Quiero ser un famoso investigador literario. No critico la política universitaria actual. Sé que debería criticarla, pero no es así. ¿No te parece que mi actitud es vergonzosa?

—Creo que es muy poco decoroso hablar como lo estamos haciendo —dijo Caroline—. No quiero que volvamos a repetirlo.

Estaba asustada. Tras haber admitido que amaba a Elgin se sentía desnuda, y estas conversaciones solo empeoraban las cosas. Confiaba en que algún día ella y Elgin alcanzarían cierta estabilidad, pero ese momento jamás llegaba. Todavía temía, cada vez que subía corriendo la escalera de Widener, que él no estuviese esperándola. Se preguntaba por qué razón no se acostumbraba a esta situación, por qué los placeres hacia los que se sentía atraída jamás llegaban a perder por completo sus aspectos dolorosos; en realidad llegaba a preguntarse por qué esos aspectos dolorosos iban agravándose paulatinamente, hasta que llegó un momento en el que temía ver a Elgin y tenía que hacer un esfuerzo cada mañana para levantarse de la cama y pasar la jornada. Aunque no quisiera, pensaba que era mucho más agradable en su trato con gente relativamente desconocida que en su trato con Elgin. Con él se mostraba caprichosa, insincera, frecuentemente mordaz, mareada hasta el vértigo por el ir y venir de las emociones, y aunque muchas de ellas eran perfectamente decorosas, el hecho de tener seis o siete emociones distintas en una hora le parecía indecoroso y hasta indecente. Siempre había creído que las mujeres debían ser capaces

de andar en línea recta, escribir con letra firme, llevar una casa y ser buenas anfitrionas..., en pocas palabras, ser como esas amigas de su madre que mayor admiración despertaban en ella. Que fuese joven no le parecía excusa suficiente para no ser como esas mujeres, y por eso se decía ahora a sí misma: «Soy una salvaje. Eso lo explica todo».

Llegó a la conclusión de que tenía unos apetitos sexuales desmesurados. Elgin la sorprendió en Widener leyendo un libro sobre las grandes cortesanas del siglo XIX, la Bella Otero y Lola Montez. Caroline estaba convencida de que Elgin iba a abandonarla una vez perdidos su misterio y su dignidad, y se jactó ante él de que jamás podría olvidarla, aunque se casara con una virgen de cara angelical. Elgin no logró tranquilizarla; de hecho, comenzaba a estar bastante convencido de que Caroline era, *efectivamente*, una chica demasiado apasionada, y terminó por sentirse intranquilo. Caroline comenzó a usar más carmín de la cuenta, y abandonó su porte envarado de antaño para caminar con una nueva desenvoltura y un marcado contoneo de las caderas. Bebía y fumaba más que antes, y cuando se emborrachaba se quedaba mirando a Elgin con los párpados entrecerrados, y le besaba como toda una experta, aunque fuese infantilmente experta. Todo esto humillaba a Elgin, para quien Caroline era un gran enigma. La sentía cada vez más lejos de él. Una noche, estaban sentados a la orilla del río y Caroline cogió con ambas manos la cabeza de Elgin, la atrajo hacia sí, y Elgin se separó con desesperación.

—¡No quiero que me beses de esta manera!

—¿No te gusta? —preguntó Caroline con altanería—. ¿Soy demasiada mujer para ti?

A Elgin se le humedecieron los ojos.

—¿Qué estás haciéndome? —dijo en tono desconsolado—. Me entran ganas de llorar. No sabía que nuestras relaciones iban a acabar siendo *así*.

Vio como Caroline bajaba la vista en la oscuridad. Luego, un estremecimiento recorrió el rostro de la muchacha. Elgin decidió

jugarse el todo por el todo antes de permitir que Caroline le redujese por miedo a la más absoluta impotencia.

La agarró del brazo:

—Oyeme bien, a ver si aprendes a controlarte. Estás comportándote como una estúpida.

Caroline se quedó inmóvil.

—Estás echándolo todo a perder —dijo Elgin.

—Te haces demasiadas ilusiones respecto a mí —dijo Caroline con frialdad. Soltó el brazo de un tirón, se tendió sobre el viejo impermeable de Elgin y se llevó las manos a la nuca—. Hay muchas cosas más que ignoras. ¿Sabes por qué no quería decirte que te amaba? Porque pensaba que de esa forma te retendría mejor. Ahí tienes. ¿Qué te parece?

Elgin se golpeó el pecho.

—¿Y crees que eso está mal? Pues, mira, yo tenía intención de seducirte desde el primer momento. ¡Dios mío!

Elgin se tendió también sobre la hierba húmeda, a dos palmos de ella, y se puso las manos bajo la nuca.

Tendidos así, siguieron calumniándose a sí mismos, rebajando el objeto amoroso a los ojos del otro.

—Creo que es despreciable que hayamos llegado a acostarnos —dijo Caroline—. Me siento como una cualquiera.

—Detesto verte todos los días —dijo Elgin—. Y no es por ti sino porque siempre tengo miedo de que veas cómo soy yo en realidad. También echo de menos el tener horas libres para estudiar... Hasta ese punto soy un ser insensible.

Había luna llena aquella noche, y su luz no era tan fría como las cosas que estos dos jóvenes estaban diciendo de sí mismos. Pero al cabo de un rato Elgin rodó hacia Caroline y la tomó en sus brazos.

—No me odies, por favor.

—No te odio. Te amo.

—Yo también te amo. Dios, ¡qué infierno!

Decidieron ser más sensatos. Al día siguiente, en lugar de reunirse en Widener, Elgin se quedó en su habitación. A las tres de

la tarde sonó el teléfono.

—Soy yo... Caroline.

—Santo Cielo, has llamado. ¡Estaba deseando que lo hicieras! ¿Dónde estás?

—En el *drugstore* de la esquina. —Hubo un silencio—. Elgin —dijo finalmente ella—, ¿te has tomado hoy tu zumo de naranja?

Elgin bajó corriendo la escalera y recorrió como un rayo la distancia que le separaba de su naranjada de todos los días.

En una ocasión Elgin le dijo a Caroline que pensaba quedarse en su residencia para jugar una partida de *poker* con unos compañeros. Caroline dijo que le parecía una buena idea. Ella tenía que escribirle una carta a su madre; no sabía el motivo, pero la cuestión era que las cartas que había remitido últimamente a su casa habían **trastornado** a su madre, y Caroline quería tomarse las cosas con tiempo y tratar de tranquilizarla un poco.

—Pobrecilla —dijo Carolina—. Ha tenido una vida tan vacía, y yo le importo tantísimo. —Luego sonrió con cierto nerviosismo—. Naturalmente, cuando pienso en lo estúpida que es, no se me ocurre qué decirle.

Elgin estuvo jugando al *poker*. Perdió cuatro dólares y seis centavos. A las once y media pidió disculpas a los demás, y salió a la calle. Caminó con paso apresurado, recorrió parte del trayecto al trote, y finalmente llegó a la acera de Cabot Hall y, desde allí, levantó la vista y se quedó mirando la luz de la ventana de Caroline. Una sombra se cruzó en la ventana, y Elgin sintió una cosa que solo podía calificarse de angustia.

Se quedó un momento mirando la cuneta, encontró una piedrecilla, y la arrojó contra la ventana de Caroline. Dio en el blanco. La sombra reapareció y permaneció muy quieta en la ventana. En ese momento, un policía dobló la esquina. Elgin se metió las manos en los bolsillos y se fue caminando calle arriba. El policía le detuvo.

—Eh, chico, ¿no acabas de tirar algo contra ese edificio?

—No, señor agente.

Elgin se había puesto a sudar, y su aspecto era tan digno de compasión que el agente le dijo:

—Ya. Habrá sido algún truco de la luz.

Cuando Caroline le preguntó si había ido hasta Cabot la noche anterior, él lo negó.

Al otro día, Caroline y Elgin subieron a la habitación de este. Cuando Elgin cerraba la puerta, Caroline se dejó caer en la cama. Estaba pálida y parecía triste, y había adoptado una extraña expresión, como preparándose para lo que iba a venir. Pero Elgin se le acercó y, en pie junto a la cama, le dijo:

—Debemos ser castos, Caroline. ¡Dios mío! —exclamó a continuación—. ¡Qué difícil es decir una cosa así! ¡Espero que no te sientas ofendida, porque en ese caso no sabría qué hacer!

—No me siento ofendida.

—Quiero que seas feliz —dijo, mirándola desde arriba—. Creo que tendríamos que casarnos.

—Somos menores de edad, Elgin, ya lo sabes. Nuestros padres nos lo prohibirían.

—Les diremos que estás embarazada. Haremos algo, lo que sea. Caroline se puso en pie de un salto.

—Pero... ¡No quiero casarme contigo! No me harías feliz. Me das miedo. No sientes por mí ningún respeto. No sabría ser una buena esposa.

—Escúchame bien, Caroline. No hemos sabido comportarnos adecuadamente. ¿Quieres tener hijos?

Un rubor rosado y lastimoso cubrió todo el rostro de Caroline.

—Oh —dijo.

—Deberíamos casarnos —dijo él con terquedad—. No será fácil, pero, si no lo hacemos jamás seremos felices. Mira, nos habíamos olvidado del aspecto teleológico de la cuestión. Somos seres sin objetivos, ¿me explico?

—No hagamos locuras, Elgin. Si nos amamos de verdad, tenemos que ser prácticos. De lo contrario no haremos más que infligirnos un daño completamente inútil el uno al otro.

Se miraron, finalmente purificados, aureolados por la necesidad de sacrificarse.

—Quizá no sea la mujer adecuada para ti —susurró Caroline—. Esperemos. Esperemos hasta el otoño. Podemos pensárnoslo durante todo el verano.

Elgin frunció el ceño, pues le fastidiaba que ella no tuviese en cuenta su sacrificio.

—Estoy dispuesto a casarme contigo —dijo.

—No, no está bien —dijo Caroline—. Somos demasiado jóvenes. No deberíamos tener hijos todavía. Somos demasiado ignorantes. Seríamos unos padres horribles.

¡Qué doloroso decir esto último!

—Si eso es lo que piensas —dijo Elgin—, creo que sería mejor que nos separásemos, poco a poco. No hay que hacerlo bruscamente —añadió, para aliviar la repentina punzada que sentía en el estómago—, solo cuando termine el curso.

Caroline dudó un momento, pero la sola idea de librarse de estas emociones febriles le pareció un sueño maravilloso. Y la explicación sería magnífica... Al mismo tiempo, sin embargo, se sintió ofendida.

—De acuerdo —dijo, haciéndose la digna—. Como tú digas.

Elgin le dio la espalda.

—Dime una cosa, Caroline —dijo, sin volverse a mirarla—. ¿Querías casarte conmigo si solo contaran los sentimientos?

—Sí.

—¡Santo Dios! —dijo él—. ¡Qué práctica eres!

—¡No lo soy! —exclamó ella—. No puedo evitarlo. —Se retorció las manos—. Si trataras de raptarme, no me resistiría —dijo—. Pero si me lo preguntas, pienso que..., pienso que...

Elgin no tenía que casarse con ella; ni tendría que preocuparse por mantenerla; ni había echado a perder su carrera. Todo lo cual hizo que Elgin sintiera un alivio incontenible.

—Cómo nos queremos...

—Es cierto —rio Caroline. Soltó una nueva carcajada y añadió—: ¡Es tan cierto! —Y tendió los brazos hacia él, le abrazó por el cuello,

y le besó.

Naturalmente, no cumplieron aquel plan de Elgin que consistía en separarse en cuanto terminara el curso. Decidieron que cada uno de ellos se tomaría unas vacaciones del otro, y que volverían a reunirse en otoño, como amigos, al reanudarse el curso. Este acuerdo fue como si se quitaran un gran peso de encima. Solo seguirían juntos un par de semanas de clases, y luego las tres semanas de exámenes. No obstante decidieron volver a algunas de sus viejas costumbres, como la de dar un paseo juntos entre clase y clase, o las excursiones al Museo de Bellas Artes de Boston, e incluso volvieron a leer relatos juntos, y siguieron gustándoles especialmente los de Chejov y Colette. Era la dulzura y la tristeza de su situación lo que ambos amaban, y se entregaron con todas sus energías a su nuevo papel de amantes disciplinados. Casi no pasaba ningún día sin que se les ocurriese algún nuevo gesto de amor mutuo. Elgin le regalaba flores a Caroline; ella le compró unos gemelos y varios libros de poesía. Elgin dejó de sospechar que le estaban tomando el pelo, y comenzó a comportarse como un caballero, y siempre abría la puerta para que Caroline pasara primero, y le encendía sus pitillos. Caroline, por su parte, actuaba como toda una dama y ocultaba sus cambios de humor. A veces tenían trifulcas; Elgin le tiraba del pelo a ella, y Caroline le daba débiles puñetazos cuando se sentaban a la orilla del río. Se mantenían castos. A veces se referían a los tiempos en los que escuchaban el canto del ruiseñor, y aunque la castidad les exigía grandes esfuerzos, el hecho de sacrificarse les resultaba fácil. Elgin engordó unos cuantos kilos, y su rostro recobró el buen color.

—Madre mía —dijo Caroline—. Creo que desde que me conoces te has vuelto mucho más guapo.

Les pareció que habían encontrado la fórmula secreta que les permitía ser felices juntos, en la inminencia de la separación, y aunque esta paradoja les parecía incomprensible, sabían que era cierta.

Pero a medida que transcurrían aquellas cinco semanas, descubrieron por qué era verdad. Todo el dolor que sus relaciones traían consigo quedaba ahora vinculado a la separación, en lugar de proceder de las cosas que se hacían el uno al otro.

—Es espantoso —dijo Caroline—. Una sensación extrañísima: como si unos enormes ratones salieran de sus madrigueras para venir a pasar sobre mi estómago y aplastarme.

Se habían sentido tan orgullosos de sí mismos, habían pasado juntos unas horas tan libres y relajadas y pacíficas, que ahora, al ver cómo iba a ser la separación, comenzó a flaquear toda su vivacidad y toda su alegría, y hasta dejaron de sentir interés por conversar, y lo único que querían era terminar de una vez.

El último día del período de exámenes subieron al cuarto de Elgin a las seis de la tarde. Elgin había comprado una botella de *champagne* y alquilado dos copas. Caroline se había puesto muy elegante porque tenía que tomar el tren para Baltimore a las nueve en punto. Llevaba un sombrerito, y se pasaba el rato mirándose en el espejo. El pobre Elgin se puso nervioso en el momento de descorchar el *champagne*.

—Es de importación —dijo—. No quiero parecer tacaño, pero como se me derrame la mitad o salga disparada toda la espuma, creo que me hará poquísima gracia.

Caroline se rio, pero cuando saltó el tapón se puso muy seria. Temía que Elgin quisiera hacer un brindis; temía que Elgin malograra aquel momento de serenidad y dominio de sí misma que estaba viviendo.

Elgin vertió lentamente el *champagne* en las dos copas. Luego, solos en la habitación, los dos jovencillos alzaron y unieron las copas.

—Por nuestro reencuentro de otoño —dijo Elgin—. Dios sabe cómo va a ser.

Bebieron.

Caroline dejó su copa.

—Pon un disco. Quiero bailar —dijo.

Elgin puso un L.P. de Cole Porter, y se pusieron a dar vueltas por la habitación, sorteando los muebles, deteniéndose a veces para tomar otro sorbo de *champagne*. A las seis y media bajaron a cenar.

A las siete y cuarto ya habían subido otra vez a la habitación de Elgin y estaban sentados en la cama, besándose con desesperación seca, intensa. A las ocho menos cuarto Caroline dijo que tenía que irse. Elgin se apartó; Caroline se había quitado el sombrero, y su vestido, que era de una bonita tela azul gris, estaba horrorosamente arrugado. Elgin hizo que volviera a sentarse en la cama, suavemente. Se sacó el peine del bolsillo, y la peinó.

—Ya está —dijo Elgin.

—¿Estoy más bonita? —preguntó Caroline.

—Sí —dijo Elgin.

Bajaron a la calle y, una vez en la acera, Caroline dijo:

—No quiero que me acompañes. Prefiero volver sola a mi residencia. ¿De acuerdo?

Elgin asintió con la cabeza.

—Te escribiré desde Europa —dijo Caroline—. Adiós.

Y se fue acera abajo, tratando de caminar con paso ágil; sin embargo se sentía cansada y en realidad iba arrastrando los pies. Lentamente comenzó a sentir el esperado alivio; se había librado de Elgin, volvía a ser dueña de sí misma, pero incompletamente. Elgin se había quedado con parte de ella, y Caroline sabía que jamás volvería a recuperar esa parte, a no ser que él estuviese a su lado.

Elgin se sentó en los peldaños de la entrada de Adams House y sepultó el rostro en las manos.

—¡Dios! ¡Cuánto la amo! —se dijo a sí mismo. Y se preguntó qué sería ahora de ellos.

LAURIE EN EL TOCADOR

Laurie se inclinó hacia el espejo de su tocador y dibujó cuidadosamente el perfil de sus labios. El diminuto pincel con mango de nácar avanzó sin el más mínimo temblor. Laurie estudió unos instantes el perfil recién trazado, y llegó a la conclusión de que expresaba demasiada pasión. Laurie tenía diecinueve años, y llevaba tres en el colegio universitario de Wellesley. Se había puesto el albornoz de virulento color violeta que su primo favorito, un aspirante a actor que se llamaba Vergil, le regaló al cumplir ella sus dieciséis años. Era, como dijo Laurie, un albornoz de mujer de mundo, pese a que a estas alturas ya estaba algo desteñido y manchado. Por la grieta del escote asomaba el encaje de unas enaguas negras. El pincel de Laurie se cernió sobre las comisuras de sus labios. Inocencia, pensó: una inocencia de tipo maduro, para una White de Chestnut Hill. Aunque, ¿cómo diablos se pinta la inocencia madura? Los perfiles que Laurie solía utilizar no le servían en esta ocasión. Ni el que ella llamaba «Juventud melancólica», por ejemplo, ni tampoco su boca a lo «es primavera y hay que reír». Henry White la había invitado a ir con él a su casa, para presentarle a su madre, y aunque Laurie no tenía la menor intención de dar su mano, Henry era de todos modos lo suficientemente rico como para hacerle cambiar de opinión. La madre de Laurie estaría encantada en caso de que ella aceptase. Adoptando un acento solemne, le diría: «Espero que seas muy feliz, Laurie». En cambio, suponiendo que Laurie se prometiese con Martin, cuyo padre no era rico, su madre lloraría calladamente y diría: «Pero icómo has podido,

Laurie!». Y no es que la madre de Laurie fuese conscientemente advenediza; hasta donde Laurie sabía, su madre no era consciente de nada. Tocaba de oído, simplemente. Había ciertas cosas que a mamá le parecían bien, y otras que no. Laurie se sentía arrastrada a hacer las que no, y es por esta razón que estaba convencida de que era una chica excesivamente lanzada.

Laurie alzó el labio superior y se pintó un leve asomo de sonrisa en los extremos. Así, pensó, como una buena chica. Con el pincel de las cejas se oscureció las pestañas trazando una línea sobre el borde de los párpados. Llevaba el cabello, rubio más bien oscuro, corto y encrespado. Se lo echó atrás con las manos, y luego sacudió la cabeza. El rostro del espejo le dirigió una sonrisa triste. Laurie tenía la nariz larga, los labios gruesos, y unos ojos amables y brillantes. Cuando se miraba al espejo siempre dilataba los ojos y encogía los labios, y le parecía que de este modo se le ponía una cara de expresión neutra y educada. Pero se equivocaba. El suyo era un rostro asimétrico, un rostro extrañamente solemne y malicioso en el que brillaba un peculiar destello que podía ser tanto de buena salud como de irreflexividad.

Lo malo es, pensaba Laurie, que casarse con un pobre no es más que lascivia. Mientras que si te casas con un rico todo el mundo acude a felicitarte como si hubieses realizado una extraordinaria demostración de ejemplaridad. Incluso las personas de ideas más abiertas. Laurie abandonó el tocador, y en cuanto lo hizo su rostro recobró su expresión normal, más brillante y cautelosa. Naturalmente, con una envoltura física como la suya, daba lo mismo lo que hiciera porque todo el mundo creía igualmente que era un ser lascivo, pensaba Laurie animadamente. Los hombres se enamoran de ti tanto si son viejos como si son maduros o niños.

Se quitó el albornoz y retrocedió hasta el espejo de la puerta del armario. Tenía la espalda recta, amplia la grupa (demasiado amplia; a veces, con repentina brutalidad, descargaba contra ella una fuerte palmada), aceptables las piernas. Se dejó deslizar por una ensoñación diurna en la que se convertía en una *vedette* de musical

que ganaba montones de dinero y no tenía necesidad de casarse. Dio un caderazo y añadió luego un meneo, para ver qué tal quedaba y, al verse, soltó una carcajada. Qué modosamente se había movido. Apoyándose una mano en el estómago y dejando que la otra girase en el aire, cerró los ojos e intentó mejorar su estilo.

Carey, su compañera de habitación, entró en ese momento.

—¿Qué diantres estás haciendo, Laurie?

—Meneando la cola. Va muy bien para mantener la cintura delgada. Tendrías que probarlo tú también. Te sobran unos cuantos centímetros.

Carey era una chica atlética, alta y plana, de dientes conejiles y gran apasionada de los caballos.

—No eres muy ingeniosa, sabes —dijo, poniendo un gesto ceñudo—. Ni tienes la menor gracia.

Laurie abrió la puerta de su armario y se quedó mirando los vestidos. Carey abrió un cajón, soltó unos cuantos gruñidos y se fue. Laurie volvió a relajarse. Se puso a sacar vestidos del armario, tirando del extremo inferior y apoyándoselos sobre el cuerpo. Hasta que, de repente, sintió deseos de llorar. Al fin y al cabo, esa misma noche podía ser la de su compromiso, la noche en la que jurase casarse con un hombre, y las mujeres de su familia no eran de las que se divorciaban. Estaría obligada a pasarse toda la vida con aquel hombre... Cogió rápidamente otro vestido y se lo probó. Era de seda marrón, con un pequeño estampado negro, y unas mangas que bajaban solo hasta la mitad del antebrazo. Era su vestido más sofisticado (Laurie, sola e indefensa, hizo un puchero con los labios y se apretó el vestido contra el cuerpo); los recuerdos se le agolparon en la mente. Con aquel vestido había tomado su primer martini... Y nada menos que en el Plaza. Había sido con Roy Delbert y el padre de Roy y la tercera esposa de su padre. Mientras los hombres se inclinaban hacia ella para ir encendiéndole los pitillos, incluso Mrs. Delbert se había empeñado, con insistencia *cortés*, en preguntarle cosas sobre sus estudios. Pero nada hubiera podido aquel día hacer que Laurie no fuese más que una simple universitaria, nada hubiera

podido alcanzarla. Solo recordaba con claridad los latidos de su corazón... y el momento en el que, debajo de la mesa, se quitó los zapatos, unos I. Millers nuevos, verdes y de tacón alto, tan puntiagudos que le dolían los dedos gordos. La cara de Roy quedaba desdibujada. Aunque fue él quien lloró... Laurie tiró el vestido a la cama y se dejó caer junto a él. ¿Cómo podía imaginar Roy que iba a prometerle que se casaría con él? Entonces ella tenía solo diecisiete años. Roy le dijo que era una furcia, que era cruel. Laurie se pasó las manos por el rostro, preguntándose si era, en efecto, una furcia. Si era despiadada y dura. Saberlo le parecía terriblemente importante. Sin embargo, la mente de Laurie no estaba para complicaciones. Se sentía mareada e infeliz, pero su mente no la ayudaba. Acabaría llegando tarde; Henry White tendría que esperar y esperar y esperar. Encendió un cigarrillo.

La primera vez que alguien la llamó furcia fue prácticamente la primera ocasión en que acudió a un baile. Su primer *gran* baile. Fue en Filadelfia. Laurie había bajado en tren desde Nueva York para ir a casa de su prima Phyllis. Phyllis tenía un vestido de noche de tul blanco, carísimo; fue en una puesta de largo. El vestido de Laurie más bien parecía de rebajas, una muselina de algodón, de Best's. Un vestido de los que su madre decía que no estaba nada mal, y que ella calificaba de barato. Catorce con noventa y cinco dólares, y mucha tela de sobra en las costuras. En aquella época Laurie estaba rellenita, pero su piel tenía ese brillo saludable que dan el sol y unas buenas diez horas de sueño cada noche. Laurie siempre había deseado ser atractiva, y aquella noche podría finalmente comprobar si lo era. Phyllis estuvo odiosa desde el momento en el que comenzó a vestirse para la fiesta. Dijo que el canturreo de Laurie la sacaba de quicio. Dijo que Laurie acaparaba el espejo. Y cuando llegaron los chicos y Phyllis y Laurie estaban a punto de bajar, Laurie se miró una última y esperanzada vez al espejo, y luego echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada de placer. Phyllis la agarró del brazo y tiró de ella hacia la escalera. Phyllis tenía entonces diecisiete años, dos más que Laurie, y estaba muy flaca; todos los vestidos le

quedaban bien. «¡Gorda putuela!», murmuró Phyllis cuando bajaban la escalera.

Laurie se sentó en la cama. En aquella fiesta se comportó bastante mal. Se bajó el escote del vestido más de como estaba cuando se lo compró en Best's. Y los chicos. Sentada en la cama de su habitación de universitaria, Laurie se estremeció de placer. Se pasaron toda la noche mirándola, suplicándole que bailase, buscándola cada vez que había cambio de pareja a medio baile, besándola... «¡Santo Cielo! —dijo Laurie en voz alta—. Cómo me gustaba. Y las flores —siguió, en susurros—. Aquel fin de semana me mandaron flores tantos chicos... y yo les prometí escribirles a todos, y jamás llegué a escribir ni una sola línea».

Sonó el timbre del vestíbulo: tres timbrazos largos y uno corto. Laurie salió al umbral, frunció el ceño y luego bajó, lenta y graciosamente, dando saltitos, a contestar el teléfono. Era Henry. Laurie le dijo que aún estaba empezando a vestirse. Que lo mejor sería que se fuese a tomar un café y regresara al cabo de veinte minutos.

—Pero mi madre está esperándonos! —dijo Henry.

Laurie le lanzó una mirada fría al teléfono. «Mal augurio de cara al futuro», dijo; cada vez estaba más convencida de que era una gran señora.

—Mira, Henry... —le dijo, en tono consolador—. Lo siento, pero las duchas estaban llenas y he tenido que hacer cola.

Regresó a su habitación, sin prisas, con la mirada ausente. Martin, que era un chico alto y serio que ya estaba en tercero de Derecho, jamás le hubiese consentido una cosa así. Seguro que él le habría colgado violentamente, sin decirle ni siquiera adiós. Laurie no había conocido nunca a nadie que estudiase con tanta ferocidad como Martin. Cuando leía, hasta el cruzar las piernas lo hacía con ferocidad. Martin pensaba tanto en el futuro que, estando con él,

Laurie tenía la sensación de estar tocando ese futuro, esas horas venideras, esos días, esos años de un futuro brillante como el oro.

«¿Qué clase de muchacho es? —le preguntó su madre. Empleó un tono dulce—. ¿Viene de buena familia?». Eso significaba que Martin valía poco. No era una presa, no era un tesoro. Y, a fuer de sincera, Laurie tenía que admitir que los modales de Martin no eran gran cosa; que se ponía de mal humor por cualquier cosa; que se sentía ofendido a la más mínima. Y podía ser muy, pero que muy loco. Y otra cosa peor incluso, cualquier chica podía conquistarle; bastaba con que se mostrase amable con él, que fuese tierna, que demostrase cierto interés por el mundo del derecho.

Laurie se rindió. Decidió ponerse el vestido azul claro. Por Henry. Era un vestido inocente, a juego con el dibujo de sus labios. Sacó el vestido del armario y se lo puso por la cabeza. Lo raro era que en el baile de la facultad de Derecho hubiesen sido tan pocos los chicos que quisieron bailar con ella cuando daban el toque de cambio de pareja. Tal vez fue porque Martin ponía una cara tan fiera que todos los demás temían desafiarle. También era posible que, yendo con Martin, ella misma no hubiese sentido tantos deseos de resultarles atractiva a todos los demás hombres; o a lo mejor... lo de ser una puta era una cosa que podías conectar y desconectar, según tu conveniencia.

Laurie echó la cabeza hacia atrás, sin haberse todavía abrochado el vestido azul. ¿Qué diablos se suponía que tenía que hacer con su tipazo una chica como ella? ¿Conformarse con un solo hombre, muy rico y que tuviese varias casas, y dejar que todo el mundo te admirase? ¿Comportarse como una buena chica, salir con buenos chicos, no decirles salvajadas a las Carey y las Phyllis con las que una se tropezara en la vida, no hacer llorar a los Roy Delbert de este mundo?

Se cerró la cremallera de un tirón salvaje. No; prefería ser horrible y mala y brutal. Se acostaría con Martin. Y que su madre se fuera al infierno.

Abrió salvajemente la cremallera del vestido, y se lo sacó por la cabeza. Lo tiró luego al suelo, a sabiendas de que Carey se enfurecería cuando lo viese allí, porque Carey no tenía ninguna cita. Abrió otra vez el armario y sacó su nuevo vestido negro. Su madre le había dicho que era demasiado joven para vestir de negro. Laurie rio, enseñando toda la dentadura. Tampoco pensaba ponerse faja. Menearía el trasero hasta reventar. El vestido le iba a la medida. Laurie soltó un suspiro, se peinó con las manos, y empujó un mechón hacia adelante, dejándolo colgar sobre la frente. Luego, con un *kleenex*, se borró la curva que se había pintado en las comisuras de los labios. «Juventud melancólica»: esa era ella. Pérfido mundo. Pérfida Laurie.

LAURA

Laura estaba doblada por la cintura, intentando casi desesperadamente tocarse las puntas de los pies, cuando el bebé se puso a llorar otra vez. Los ojos de Laura, siempre cálidos y luminosos, se hicieron todavía más cálidos, más luminosos; en ese momento, con la espalda encorvada, los brazos extendidos y la cabeza torcida hacia un lado, se deslizó suavemente hasta regresar a su propia infancia y sus agradablemente extrañas perspectivas. En cierto modo, la madre de Laura siempre conseguía mostrarse irritada cuando ella adoptaba esta clase de posiciones (naturalmente, su madre fue prácticamente la única persona insensible a su belleza); Laura casi notaba la vagamente furiosa mano maternal que tiraba hacia abajo de su vestido: «Enderézate, Laura. Ahora mismo, me oyes. Bonito espectáculo estás dando». Pero eso era precisamente lo que Laura pretendía; miraba todas aquellas caras vueltas hacia ella, y entonces *sabía* que ella, Laura, estaba doblada en una perfecta imitación de un mono. Casi se notaba la cola. «¡Soy yo, madre!», exclamaba, encantada y sorprendida, y luego su madre podía pasarse horas regañándola, pero sin llegar nunca a penetrar en el interior del maravilloso follaje de ensueños e ideas que habían brotado de su triunfal maniobra.

La voz del bebé, que emitió una serie de leves sollozos, anunciaba que el hambre se acercaba, como la marea.

—¡Como no se calle de una vez, voy a estrangular a ese maldito bebé! —dijo Laura.

Apenas había transcurrido un segundo cuando un espasmo de culpa la levantó bruscamente. «Oh, qué persona tan horrible eres», pensó, y salió corriendo hacia el espejo, pero no, su cara era la misma de siempre, amable, dulce, infinitamente serena. Laura se inclinó hacia adelante y tocó el punto del espejo tras el cual, inalcanzables, se perfilaban sus provocadores y adorables labios. Los sollozos serían muy pronto apremiantes, pero de momento sonaban suaves, no eran más que invitaciones a que mamá la acunase y satisficiera sus necesidades. Negándose a abandonar el espejo, Laura suspiró pensando que jamás conocería el placer que experimentaban los demás cuando le besaban los labios. Lo malo de la belleza era que no podías disfrutarla completamente tú sola, por tu cuenta. Por otro lado, como tampoco podías pasarte la vida imitando en público a los monos, ¿qué solución quedaba?

—Ser actriz —canturreó Laura, junto a la cuna del bebé—. Ser actriz, pequeña mía, y ser adorable en el escenario, y ganar así muchísimo dinero —cantó, en dulces cadencias de nana.

La niña arqueó por la cintura su diminuto cuerpo de seis semanas, y abrió los ojos un instante, pero la figura que se encontraba junto a la cuna no estaba inclinada hacia ella.

—¡Pobre criatura, pobre víctima de la pobreza! —dijo Laura.

El bebé rompió a llorar. Sus manitas rosadas se amorataron; sus arrugados párpados se inclinaron hacia abajo; su casi inexistente nariz se distendió en demostración de su hambre furiosa.

—Crece y hazte mala —susurró Laura—, bien mala y dura. Aprende a conseguir lo que quieres. Lloras más fuerte. Oblígame a cogerte en brazos.

Se inclinó sobre la cuna, mirando fijamente a su hijita, casi sin respirar, esperando a que el poder coercitivo de aquella otra vida la obligase a tocarla, a calmarla. Pero el bebé solo lloraba en un universo solitario en el que flotan manivelas en el espacio. La pobre Laura, como una tejana —no, como una espartana—, se quedó mirando a su cría expuesta en una colina desierta bajo la mirada silenciosa de la luna.

Laura esperaba una señal de Dios, o de alguno de los dioses (cualquier señal bastaría), o un destello de inspiración —algo místico, como Santa Teresa— que le dijese lo que debía hacer. El propio destino de su hija estaba en juego. Porque, sin duda alguna, una hija suya tenía que tener un destino: un pájaro vigilante, planeando sobre ella; un hada madrina, sin otro deber que velar por ella en las sombras hasta la medianoche para después llevar a la niña al palacio de Oberón, ese palacio de paredes cubiertas de parras y con incrustaciones de uvas y frutas maduras... No, pensó Laura, unidas sus manos grandes y chatas en el ademán campesino de la impotencia, no quería un hada madrina; lo que quería era dedicarle toda su vida a la niña.

El bebé siguió llorando en aquel su solitario vacío anterior al Génesis, antes de la formación de la Tierra, en donde ninguna cosa ha recibido todavía su nombre, y en donde solo existe el rostro de la madre y el pecho de la madre, como el sol y la luna. Pero el llanto era ahora más suave, apaciguado temporalmente por el calor orbital de otra presencia, y Laura bajó la vista, consciente del miedo que estaba sintiendo. Sus manos se elevaron y taparon con fuerza sus ojos, pero el miedo se coló en oleadas de luz cada vez más intensas. Impulsivamente, Laura quiso coger al bebé. No, no debo cogerlo estando tan turbada, pensó. Se asustaría. Sus manos le hormigueaban junto a la cabeza del bebé, que seguía llorando. Si la cojo en brazos encontraré consuelo. *¿Por qué no sé pensar?*

Las lágrimas se deslizaron por el rostro de Laura. Retiró las manos de la cuna y las entrelazó, tratando de darles un poco de calor. Sabía que estaba exhausta. Cada tres horas, todo el día y toda la noche, Laura amamantaba a la pequeña. Cuando había mucha luz, se le veía el rostro agrisado de fatiga, y a veces tenía estremecimientos súbitos en ciertas partes del cuerpo, tal como ahora le ocurría en las manos; otras veces era en las piernas, o en los hombros, y Laura no podía controlarlos.

—Pero ¡si yo quería ser madre! —exclamó Laura—. Me parece que quería serlo.

Se dejó caer cansinamente al suelo hasta que su rostro se quedó mirando al bebé por entre los barrotes de la cuna.

—No llores, pequeña. Mamá está aquí. Y acabas de comer ahora mismo. De todos modos, aún no tengo suficiente leche. Mira, pequeña, mamá te hace muecas. —La niña rio brevemente entre sollozos—. Dime, por favor, que solo lloras para hacer ejercicio. Anda, dime que no te he malcriado.

En la nevera de la planta baja había botellas de biberón, para el caso de que la pequeña necesitara un complemento. Coges la botella, y la calientas al baño maría. Luego compruebas la temperatura con la muñeca... No, pensó sombríamente Laura, no hace falta. La pequeña y yo nos bastaremos solas. Pero una voz que le hablaba desde el fondo de sus pensamientos comenzó a decirle: «Eres una romántica, Laura. Eres una tonta. Tu bebé llora, y te pones a pensar tonterías sobre la maternidad y tus deseos de ser una madre natural». Era la voz de su marido.

—No es cierto —dijo Laura con desesperación—. No pienso nada. Ni siquiera sé pensar. Ese es precisamente mi problema más grave.

En una ocasión su esposo le dijo (estaban tendidos el uno junto al otro en la cama, mirando una luna especialmente grande y bella por la ventana de su cuarto):

—Cariño, eres tan absurdamente romántica... Eres la única persona del mundo que cuando dice «Te pertenezco», lo dice completamente en serio. ¿Sabes qué creo?

—¿Qué? —dijo Laura, fingiendo sentirse ofendida pero secretamente encantada por el hecho de ser el tema de conversación.

—Cuando eras pequeña no llegaste a constituir tus defensas, como el resto de la gente. Te malcriaron tanto que no te tomaste la molestia de construirlas. Nunca tuviste que protegerte de los mayores. Siempre podías sonreírle a cualquiera y, con solo eso, conseguir que te quisieran, como yo te quiero.

—No es verdad —dijo Laura. Pero recordaba cómo se suavizaban los rasgos de su padre siempre que ella se le encaramaba sobre las

rodillas y alzaba sus dedos regordetes para que él se los besara. («Dice mamá que soy una niña mala». «A lo mejor resulta que lo eres», dijo su padre, pero lo dijo riendo).

—Fui una niña muy solitaria —le dijo Laura a su marido, que seguía tendido como ella a la brillante luz de la luna. *Qué pura es*, pensó ella; *ojalá pudiese ponérmela, como un vestido*.

—Laura —exclamó su marido—, dices eso porque lo leíste en algún sitio...

Las lágrimas asomaron a sus ojos, bajo la luz de la luna, porque su marido tenía razón, y era deprimente.

Como su marido odiaba verla llorar, Laura se metió la mano en la boca para que él no la oyese. Y luego, porque tenía miedo de que él no comprendiese que ella no le echaba la culpa de nada, Laura se mordió el dedo anular: apretó los dientes con todas sus fuerzas, hasta que desgarró la piel y brotó la sangre, templada y consoladora. Laura estuvo un ratito tendida, saboreando el placer de su sacrificio, y después se volvió y le tendió la mano a su marido.

—¿Ves cuánto te quiero?

—¡Laura! —gritó él con exasperación, pero la exasperación se transformó en risa, y él rodó por la cama hasta que ella pudo enlazarle con sus brazos, ella era casi tan alta como él, y darle golpecitos, como los que se le dan a un perro, hasta que él dejó de estar preocupado y se quedó plácidamente recostado sobre el hombro de Laura.

—Te merezco porque te soporto —dijo él.

Pero él tiene razón, pensó ahora Laura. Tengo mal carácter; tengo fallos. Las muecas de Laura mantenían extasiada a la pequeña, que estiró el bracito y le agarró de la nariz. Sus uñas eran afiladas y arañaron la tierna membrana de las aletas nasales. Laura sonrió e hizo ruidos para que la pequeña riese. Subrepticamente, con una mano, se palpó el pecho, pero todavía no había suficiente leche.

—No llores más, por favor —dijo Laura—. Falta poco para que me suba la leche. Unos minutos más, solamente.

Se puso en pie y alzó a la niña en brazos, se la apoyó en el hombro y comenzó a pasear por todo el cuarto, cantando canciones absurdas. Afuera, el cielo estaba adquiriendo una entonación cárdena, y las acacias de más abajo se balanceaban delicadamente. Su marido estaría muy pronto de vuelta y le diría a Laura qué hacer, la convencería de que lo mejor era usar el biberón. Laura sudaba suavemente. Pero la niña ya estaba malcriada, naturalmente; ella no la quería. Daba demasiado trabajo. Laura no quería a nadie ni a nada. El bebé seguía colgado sobre su hombro, un bulto extraño, ruidoso. Laura comenzó a caminar a largas zancadas, y la canción que cantaba se deslizó de repente a un tono menor que contenía una indudable amenaza:

«Bultín, bultón,
te vas a dar
un coscorrón...».

Sonó el teléfono. La pequeña dio un brinco de sorpresa. Repentinamente fastidiada, Laura llevó a la cría hasta la cuna y medio la dejó caer allí para salir corriendo hacia el teléfono; ahora hablaría con el mundo exterior. ¡Ah, qué maravilloso era el teléfono! Bajó volando la escalera. A su espalda, el bebé emitía ruiditos.

—Solo está ejercitando sus pulmones —le dijo Laura al espejo del vestíbulo.

Luego descolgó el teléfono.

—Ah, eres tú, madre.

Por la calle iban y venían los coches; las sombras se estiraban hacia el este y, por la ventana del comedor, el sol, maduro y brillante, flotaba en el oeste.

—No, madre, no estoy cansada. No quiero que vengas a ayudarme... Madre, por favor... Sí, es la niña que llora... Madre, no quiero que me mandes otra vez a esa enfermera tan espantosa... Me

da igual que aún no se me haya adelgazado la cintura. Bueno, claro que *no* me da igual, pero en este momento... Tengo que dejarte, madre...

La pequeña estaba aullando otra vez, y su madre la reconvenía, pero ya nada importaba, gracias a Dios, porque tenía los pechos llenos. Casi en sueños, sin pensar ni prácticamente saber lo que hacía, Laura dejó que el auricular cayera sobre su gancho. Lo principal era caminar de puntillas, silenciosamente, para no derramar la felicidad. Tienes que ser feliz cuando alimentas a tu bebé; de lo contrario, la leche se te envenena o algo así.

El llanto era una súplica necesitada, pero ya no podía ser desesperado ni asustado pues, al fin y al cabo, ella tenía los pechos cargados de leche. Las manos de Laura se abrieron, como flores, en el interior de la cuna, y cogieron al bebé. El vestido holgado de Laura dejó sus hombros al desnudo en cuanto ella los agitó un poco, y finalmente cayó. Sabía que había que lavar el pezón con agua hervida aplicada con algodón antiséptico, pero «Al fin y al cabo —susurró Laura—, los gérmenes de una madre son gérmenes buenos». La cabecita se deslizó hasta encajarse ella sola en la palma de su mano; la boquita se agarró al pezón. Laura rio tonta, distraídamente, y se instaló en una mecedora que había comprado por dos dólares en una tienda de cosas de segunda mano, pese a las objeciones de su marido. La mecedora comenzó a moverse dulcemente. El bebé se había puesto a mamar. Laura le dirigió una sonrisa a su otro corazón y dijo:

—¿Verdad que al final me devolverás a mí misma, cuando ya no me necesites?

Y se rio luego a carcajadas, por la cara de fiereza con la que la pequeña comía aferrada al pezón.

TRIO PARA TRES VOCES DULCES

Faith entró patinando en la sala, con su teléfono rojo colgado del cuello y un cepillo de dientes en una de sus manos. Avanzó triunfal hasta el escritorio, dejando que su teléfono le rebotara en el pecho a cada paso.

—No abras los cajones del escritorio —le dijo Laura en tono amenazador desde la habitación de atrás, en donde estaba doblando pañales—. Y ay de ti como toques el tintero.

Faith abrió uno de los cajones del escritorio, sacó el tintero y se lo puso en la concavidad del brazo. Cerró luego el cajón, tan concentrada que se mordía la lengua. Miró reflexiva el cajón durante unos instantes; y luego lo abrió un centímetro. Le gustó mucho haberlo hecho, y se fue trotando contenta hacia la cocina.

—¿Se puede saber qué estás haciendo, Faith? —gritó su madre.

Faith, que acababa de cumplir los quince meses, no hablaba todavía; mejor dicho, no decía nada, aparte de palabras como hola, adiós, mamá y papá. Faith abrió los armarios situados bajo el fregadero y sacó una olla de aluminio y dejó caer el tintero en su interior. Luego sacó una servilleta de papel y se la puso por sombrero. Pero la servilleta salió volando. Se la puso otra vez. Volvió a volar. Le tembló despectivamente el labio, y metió la servilleta bajo el tintero, en la olla de aluminio. El bolso de su madre había quedado sobre la mesa de la cocina, con la correa colgando del borde. Faith se acercó hasta allí andando de puntillas, se agarró al borde de la mesa, y escrutó su superficie; vio que el bolso estaba unido a la correa. Agarró la correa y el bolso cayó al suelo. Faith se

agachó y comenzó a revolver el bolso hasta que encontró el monedero de su madre.

—Din —murmuró—. Din-din.

—Faith, ven a ver qué está haciendo mamá —dijo Laura desde el cuarto de atrás—. Ven a ayudarme. Estoy doblando pañales.

Faith se metió un billete de un dólar en la pechera del mono, y echó un billete de diez en la olla. Luego, gruñendo, volvió a cogerlo. Tenía dos billetes de un dólar y uno de cinco estrujados en una mano. Así cargada, se arrastró pasillo abajo hacia el cuarto donde estaba su madre.

—Mamá, mamá, Faith va.

Laura miró a su hija y gimió. A ella le parecía que su hija era absolutamente perfecta; muchas veces la miraba y pensaba para sí: ¿No es extraordinaria? Y se estremecía de placer, o algo muy parecido. Se imaginaba a su hija con veinte años, alta, delgada, con el pelo rizado y los ojos brillantes... Desenvuelta, distinguida, deslumbrante, atractiva, inteligente... El gran problema, con una niña así, consistía en impedir que aquella magnífica maquinaria recibiese ninguna clase de daños; y eso no quería decir que Faith no fuese capaz de cuidar de sí misma en casi cualquier circunstancia.

—Puede con todo —le gustaba decir a Laura—. Puede con todo.

Pero Laura no quería que su hija tuviese que padecer las torturas corrientes de la infancia: esas niñeras que pegan, esas amiguitas de instintos crueles. Laura investigaba y vigilaba a las amigas de Faith; a las más malas Faith las veía solo una o dos veces al mes; con las buenas, las que eran alegres y amables, Faith jugaba casi cada día.

Sin embargo, las niñeras y canguros creaban un problema de naturaleza muy diferente. Martin, el marido de Laura, solía avisar a Laura sin ninguna antelación de que debía buscar un canguro para la pequeña; y Laura se desesperaba porque el buen funcionamiento de su sistema de recogida de información y referencias exigía cierto tiempo.

—¿Conoces a alguna niñera que sea simpática, a la que le guste jugar con los niños? —les iba preguntando a sus amigas, una por

una—. Que no sea de esas que les asustan, una chica de la que me pueda fiar...

A veces le decían que sí; otras, se reían de ella. Cada vez que se presentaba una chica nueva, Laura le pedía que fuese el día anterior a jugar con Faith, o que llegara con un buen rato de antelación y jugase con su pequeña. Si la canguro no le gustaba, Laura, llorando a lágrima viva, se negaba a salir, y por mucho que hiciese Martin no lograría convencerla de lo contrario. Sin embargo, aquel día Martin tenía que ir a una fiesta que se celebraba en el nuevo apartamento de su mejor cliente. Martin era abogado, y en esta ocasión había dictado una ley irrevocable. Mad Margaret, la canguro que solía emplear Laura últimamente, una mujer un tanto retrasada pero amabilísima, y que vivía cerca de allí, estaba ocupada esa noche; y ninguna de las sustitutas corrientes podía tampoco acudir a su casa. De modo que Laura pensó probar con una chica que se llamaba Cora. No la conocía, pero se la había recomendado Mary Ellen Cabany, su mejor amiga desde los tiempos de Wellesley.

Cora se presentó a las tres y diez. Era una negra alta y guapa, de ojos preciosos y labios firmes. Cora cobraba por horas, y dijo que no le importaba que le dieran instrucciones muy precisas. Se puso muy tiesa, proyectó sus rotundos pechos hacia la puerta, y desde esa apasionada topografía le dirigió a Laura una mirada muy amable y señorial a un tiempo.

—Oh, pase, pase. Usted debe de ser Cora.

—Ha dado en la diana, señora —dijo Cora—. Y a la primera.

—Bien, me alegro de verla. Soy Laura Andrews, y esta es mi hija. Se llama Faith. Anda, cariño, dile «Hola» a esta señora.

Laura ardía en deseos de que Faith hiciese algo gracioso, algo que supusiera una derrota para aquella negra solemne y belicosa que permaneció impasible en el umbral, mirándolas a las dos con un gesto ligeramente burlón. Faith, sonrosada y alegre, se negó a decir nada, pero su rostro, distendido amistosa y sonrientemente, quedó imantado por el de Cora como un dócil reflector.

Cora entró en la sala contoneándose, y alisando con la mano el tumulto que sus caderas organizaban bajo su falda color cereza.

—Hola, Bocallena —dijo Cora—, ¿qué tal?

Faith, sonrojada de coquetería, se arrojó al suelo y se escondió debajo del sofá. Luego asomó la cabeza y alzó la vista hacia Cora, muy seria. Cora se negó a mirarla siquiera.

Descorazonada por la frialdad de Cora, Laura le dijo:

—¿Quiere una taza de té? ¿Prefiere café?

—Café, señora —dijo Cora sin darle importancia al ofrecimiento—, un buen café solo.

Cora se sacó del corpiño violeta un paquete de Tareytors con boquilla de corcho. Del bolsillo de la falda sacó una cerilla de madera, y la encendió con la uña. Luego exhaló una prodigiosa nube de humo.

—Oé-oé [olé-olé] —balbució la pequeña.

—¿Qué, te gusta, Bocallena? —dijo Cora, y exhaló un anillo de humo.

Faith se quedó un momento mirándola y luego se volvió hacia su madre.

—Mamá, upa.

Lo cual significaba: Mamá, cógeme en brazos.

Laura se agachó, aliviada de poder abrazarse a su hija, y la sacó de debajo del sofá. Faith miró el segundo anillo de humo y emitió un incontrolable chillido de placer.

—Se lo pasa bien, ¿eh? —dijo Cora.

Sonriendo todavía en brazos de su madre, Faith se volcó hacia adelante y descargó una palmada contra la cabeza de Cora.

Cora permaneció impasible.

—No hagas eso —le dijo Laura a su hija, angustiada. Se notaba el sudor sobre el labio. Faith tendió la palma, para que su madre le pegase.

—No le pegue —dijo repentinamente Cora—. Démela a mí. ¿Suele tratar mal a su hija?

Laura entrecerró los ojos y le tendió a su hija. La culpa la tenía Martin. Sin confianza no había amor, y Faith tenía que amar a esta canguro antes de que dieran las cinco.

Cora revolvió los rizos de Faith.

—Qué monina eres —dijo, sin ningún apasionamiento en el tono.

Lanzó a Faith por los aires; Faith se rio. Cora se la quedó mirando, bizqueando un poco. Luego la lanzó de nuevo por los aires; Faith volvió a reír. Cora se puso el cigarrillo en la comisura de los labios e hizo volar de nuevo a Faith.

—Sí-sí —dijo Faith sin aliento.

Cora suspiró, se tumbó en el suelo, y depositó a Faith sobre el firme montículo de su estómago. Luego se puso a arquearse y estirarse, arriba y abajo, en el suelo. Laura miró a Cora, tendida en la alfombra amarilla con su falda roja y su blusa violeta. Esa alfombra es un espanto, pensó Laura. Sirvió el café.

Faith se agarró de la blusa violeta de Cora; y, así sujeta, se tumbó y rodó sobre el serpenteante y ondulante vientre de Cora. Las carcajadas de Faith se interrumpieron, convertidas finalmente en jadeos casi mudos. Cora se enderezó. Faith rodeó con sus brazos el cuello de Cora.

—Eres una Bocallena encantadora —dijo Cora.

Cora y Laura se sentaron a tomar el café.

—¿Cuántos terrones? —preguntó Laura.

—Cuatro o cinco —dijo Cora—. No soy de esas mujeres que no quieren engordar.

Laura le pidió a Cora que le hablase un poco de sí misma. Cora le contó que era de Baltimore, que su esposo era un inútil, y que ella le abandonó.

—¿Y su esposo, señora? Supongo que no es ningún inútil, ¿no?

—Desde luego que no —dijo Laura, muy consciente de la presencia de Faith en la habitación—. Es un hombre magnífico —añadió, santurronamente.

—¿Es guapo? —preguntó Cora—. No soporto a los hombres feos.

—A media luz, tiene un aspecto muy italiano —dijo Laura distraídamente—. Faith, te he dicho muchas veces que con la plata no te dejo jugar. Vete a la cocina y coge los otros cubiertos, si quieres.

Laura cogió un pitillo de la mesita de café, y se lo llevó a los labios, sin encenderlo. Cuando era universitaria, llegó a aprender una tarde a encender las cerillas con la uña; ahora miró a Cora a los ojos y le pidió una cerilla. Impasible, Cora le pasó la cerilla. Laura, que anhelaba amar, ser amada, demostrar su simpatía, confió en que no se le partiera la uña. La cerilla se le encendió a la primera, y Laura la acercó al pitillo. Pero Cora se abstuvo de sonreír. Laura se preguntó si Cora sentía antipatía hacia ella. Se preguntó si cabía la posibilidad de que algún día aquella mujer tan fiera llegase a apreciarla.

Faith sacó de debajo de la alfombra las cinco cucharillas que había escondido allí. Se sentó, con la espalda muy tiesa y su corto cuello sosteniendo con firmeza el peso rosado de su cabeza; tenía la boca abierta, con el labio superior enroscado hacia arriba, como el capullo de una flor que empieza a abrirse. Logró sostener dos cucharillas en cada mano, y se metió la quinta en la boca. Luego se levantó y se fue. Hasta que, de repente, se sintió culpable.

—No, no, no —murmuró, y soltó las cucharillas.

Luego se tiró al suelo y se tendió boca arriba; comenzó a descargar ociosos taconazos contra el piso.

—No, no, no —dijo.

Se sentó y se metió dos cucharillas por la pechera del mono. Cogió otras dos cucharillas con la mano izquierda, y la otra con la derecha. Se tumbó de lado y rodó hasta quedar a gatas; solo así podía ponerse en pie. Luego se levantó. Entró patinando en la cocina, inclinándose un poco hacia un lado, quizá porque las cucharillas que se había metido en la pechera le hacían cosquillas. Luego tropezó, se detuvo, bajó la vista, y comprobó que se le había colado una cucharilla por la pernera del pantalón.

—Oh —suspiró—, oh. —Se agachó, doblándose por la cintura, e intentó meter nuevamente la cucharilla por la pernera—. Mamá —dijo furiosa. La cucharilla resbaló y cayó de nuevo—. Mamá.

Faith alzó la cabeza y se quedó mirando al techo. Luego se agachó bruscamente y empujó de nuevo la cucharilla pernera arriba; perdió el equilibrio, cayó de frente, y se dio de cabeza en el suelo.

—¡Mamá! —gritó Faith—. ¡Maaamaaa!

Laura se le acercó corriendo y la levantó.

—Aaay —gritó Faith, y golpeó con fuerza la nariz de su madre.

—Ah, lo que quieres es que saque la cucharilla...

Laura sacó la cucharilla del extremo del pantalón, pero Faith reaccionó con un llanto furioso. Laura se quedó perpleja.

—Quiere que se la haga subir por la pernera del pantalón —dijo Cora sin perder la compostura—. ¿Verdad que sí, Bocallena?

A las cuatro y cuarto Cora preparó el mono que le ponían a Faith para salir a la calle los días de nieve. Laura creyó que ya era hora de ir a ducharse y prepararse. Tenía intención de ponerse el vestido negro que le daba un aspecto de mujer indecente, y creía que cuando se ponía ese vestido debía, además, acicalarse hasta dar una imagen de elegancia perfecta. Cora instaló a Faith sobre el escritorio y comenzó a meterle los pantalones acolchados. Faith se puso a reír y agitar las piernas.

—Como no metas tú misma las piernas, te voy a sacudir —gruñó Cora.

Faith se quedó atónita, alzó la vista, y luego introdujo fácilmente las piernas en los pantalones. Cora ponía muy mala cara.

—¿Sí, sí? —probó a decir Faith.

—Ni si-si ni so-so —dijo Cora, doblando los extrañamente delgados bracitos de Faith para metérselos por las mangas de la chaqueta.

Faith se rio alegremente.

—Si-si, si-si —canturreó.

Después se hizo la muerta. Se dejó caer de espaldas, con la boca abierta, y todo el cuerpo completamente distendido.

—¿Dónde tienes la oreja? —dijo Cora—. Me muero de hambre.

Faith se enderezó, y se cogió la punta de una oreja, mirando a Cora.

—Me voy a comer esa maldita oreja —dijo Cora, y, con un movimiento muy ágil, le metió a Faith el gorro y se lo abrochó.

Embutida en su trajecito de invierno, Faith se fue, caminando como un pato, hacia la puerta de la calle. Laura asomó la cabeza desde el baño y le dijo a Cora:

—No se preocupe por el frío. Vestida así, seguro que no le pasará nada. Está hecho de la misma tela que usaron para hacerle al almirante Byrd el traje con el que sobrevoló el Polo Sur, ¿sabe?

Cora hizo un gesto de asentimiento, siguió a Faith, y salió con ella a la calle. Al cabo de un minuto sonó el timbre de la puerta. Laura miró por la mirilla y vio a Cora.

—¿Qué pasa? —preguntó Laura.

—La niña camina raro —dijo Cora.

—Siempre camina ion pasos un poco raros —dijo Laura—. Tiene los mismos huesos que yo.

—Abra la puerta —dijo Cora, perdiendo la paciencia—. Hay que hacerle una revisión médica a su niña.

Laura abrió violentamente. Faith entró en la casa caminando como un pato. Cada tres pasos cojeaba visiblemente del lado de babor.

—Vaya. Esto no lo hacía antes —dijo Laura.

—Y no creo que un paso así vaya a ponerse de moda —dijo Cora en tono muy seco.

Faith parecía tomárselo con la mayor tranquilidad del mundo. Anadeó hasta el interior de la sala, sin abandonar el paso cojeante, pero sin darle al parecer ninguna importancia. Dio toda una vuelta a la mesita de café.

—Tal vez le aprieten los zapatos —dijo Laura, en tono reflexivo.

—Bien, vamos a echarles una ojeada —dijo Cora.

Laura se arrodilló junto a su niña.

—Cora, me recuerda a mi marido —dijo Laura en susurros—. Todo el mundo tiene que ser siempre más listo que yo.

Faith se inclinó hacia adelante, tendiendo los brazos a su madre; luego emitió un grito de dolor y se agarró el costado.

—¡Mamá! —dijo, regañándola con la entonación.

—No se asuste —dijo Cora, y se les acercó rápidamente.

Viendo a Cora preocupada, Laura se sintió tan aliviada que esbozó una sonrisa.

—Ay, Cora —le dijo—, no sé qué haría sin usted.

—Aquí me tiene, aquí me tiene —dijo Cora, poniéndose en cuclillas junto a la madre y la hija.

Laura palpó un momento a Faith, y le bajó la cremallera de la chaqueta. Luego metió una mano maternal por la pechera del mono, y a los pocos instantes volvió a sacarla, con una cucharilla que se le había quedado metida debajo del pañal.

Había llegado la hora de que Laura se fuese. Se asomó a la ventana y llamó a Cora. Al oír la voz de su madre, Faith se acercó corriendo. Tiraba de un juguete amarillo con tres tornillos enroscados en otros tantos agujeros. Uno de los tornillos era amarillo, el otro azul y el otro rojo.

—Chuuu-chuuu-chuuuu —aulló Faith.

El juguete tropezó en una grieta de la acera y los tornillos saltaron.

—Oh —dijo Faith, deteniéndose—. Vay-vay [vaya, vaya].

Se agachó y, con mucho cuidado, fue colocando cada uno de los tornillos en su sitio. Al coger del suelo el de color rojo, murmuró, en tono cariñoso: «Papá-papá». Primero golpeó el tornillo varias veces contra el suelo, y después lo colocó en su sitio.

—¿Ya se va? —le preguntó Cora a Laura.

—Sí. Entre la y me despediré de ella.

—De eso nada. ¿Pretende dejarme a Bocallena hecha una furia...? Pero es que nada de nada. Cuando vea que ella no mira, se me va usted calladita y sin hacer ruido al andar. ¿De acuerdo? Cuando la pequeña se quede dormida, telefonearé a la fiesta y le contaré cómo nos ha ido.

Laura protestó.

—Y tampoco se me ponga a pensar en que si la deja o no, porque lo único que va a conseguir es preocuparse —le dijo Cora—, y si la ve preocupada Bocallena se pondrá triste, y no tiene por qué.

Faith se fue corriendo calle abajo, haciendo volar sus pies con extraños ritmos, abiertos los brazos, y con el juguete aporreando el suelo a su espalda.

—Chuuuu —se le oyó gritar, lejos—. Chuuu-chuuu-chuuu.

SUENA LA FLAUTA EN EL VALLE SILVESTRE

Ella se limitó a decir que la pequeña escudilla de porcelana holandesa que había comprado para utilizarla como cenicero era una ganga, pero Martin empezó a ponerse furioso. Acababa de regresar del trabajo, había caminado casi un kilómetro de la estación de tren hasta casa, y estaba acalorado y molesto.

—¡Una ganga! —dijo en voz muy alta—. ¿Cómo puede un cenicero ser una ganga? No necesitamos más ceniceros. La ganga sería haberse ahorrado ese dinero. ¡Mira que traer otro cenicero...!

Laura arrugó el entrecejo y apretó la mandíbula, pero lo que le salió fue una carcajada reprimida solo a medias.

—Martin, por favor, deja de hablar del cenicero. Como sigas así, solo lograrás que se abra entre nosotros un espantoso vacío —dijo ella, sintiéndose maravillosamente ingeniosa—. Un espantoso vacío —repitió, sonriendo.

Sin añadir ni una sola palabra más, Martin comenzó a subir la escalera que conducía al piso superior de su apartamento, un dúplex con jardín, en Pelham. Se fue quitando la americana mientras subía, y Laura vio que tenía partes de la camisa algo húmedas. Pero era solo mayo, y Martin opinaba que no era correcto ponerse trajes de verano hasta que llegara junio. Desde abajo, Laura le gritó:

—No tienes tiempo de ducharte. Stú llegaré dentro de un cuarto de hora.

Martin soltó un gruñido, pero siguió subiendo. Unos segundos más tarde, Laura oyó el ruido de un cajón. Primero abriéndose, luego cerrándose violentamente.

Se mordió el labio inferior. Era una mujer alta, de veintisiete años, de cara sonrosada y bonita, tan saludable y con tan buen color que la gente —desconocidos que se cruzaban con ella por la calle, dependientes, maestras— solía sonreírle encantada. Muchos años atrás Laura había llegado a la conclusión de que era una persona inconscientemente cómica; esa idea animaba toda su conversación.

—¡No creas que pienso que te salen los dólares por las orejas! —gritó, sonriente, hacia lo alto de la escalera.

Oyó otro cajón abierto violentamente.

—Vaya por Dios —murmuró ella.

Se encaminó hacia la escalera, se detuvo a mitad de camino, dio media vuelta, se fue corriendo hasta la cocina, y asomó la cabeza por la ventana que daba al patio de atrás.

—¡Faith! —le gritó a su hijita de tres años, que estaba sentada en un cajón de arena, muy concentrada en sus juegos—. ¡Faith, no salgas del cajón de arena!

Luego regresó corriendo a la escalera, y a mitad de camino desaceleró un poco el paso. Martin, sin camisa, rebuscaba con su zarpa en el interior de un cajón del dormitorio.

—Acabo de ordenar ese cajón —dijo ella en tono quejumbroso, y pese a que en realidad lo había hecho dos semanas atrás—. Hazme el favor de no revolvérmelo.

Muy ceñudo, Martin siguió rebuscando.

—Y qué quieres que le haga yo si el traje te abriga más de la cuenta —dijo Laura—. Algún día te alegrarás de tener un cenicero de porcelana holandesa.

Martin la miró, aún furioso.

—No tendrías que enfadarte tan a menudo conmigo —dijo Laura, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Lloras de verdad? —preguntó él, receloso.

—¡Oh! —exclamó Laura—. ¡Oh! ¡Eres imposible! —Y se tiró encima de la cama.

Martin se le acercó.

—¿Laura? —preguntó en tono muy delicado—. Laura, si queremos tener otro hijo la próxima primavera, debemos ahorrar un poco de dinero.

—Ese dinero era de lo que me diste para la compra de la semana.

—Si te sobraba algo, hubieses podido meterlo en una cuenta de ahorros. Da lo mismo que sea del dinero para la compra. También es dinero.

—Solo me costó dos dólares —dijo Laura, sentándose en la cama—. Dos mezquinos y sucios dólares. Y es porcelana auténtica. ¿Te habías enterado? Te pones furioso conmigo solamente porque al volver a casa te has acalorado. Pues, muy bien, voy a decirte una cosa —dijo ella, comenzando a sonreír aun sin proponérselo—: no eres tú quien vive como un esclavo por mi culpa. Soy yo la que vive como una esclava por tu culpa.

Y le pareció que aquella frase era una ocurrencia tan disparatadamente graciosa que se puso a reír a carcajadas.

Martin se quedó mirándola:

—¿Conque sí? —dijo—. Las mujeres viven más años que los hombres.

Se fue al baño dando grandes zancadas, y abrió los dos grifos de la bañera.

Laura se puso en pie y le siguió. Apoyada en la jamba de la puerta del baño, le dijo:

—Si lo prefieres, podríamos hacer como en la India. Allí queman a las viudas cuando muere el marido. Por cierto —añadió—, tampoco debe de ser tan dura tu vida: estás engordando.

—¡Maldita sea! —aulló Martin, doblado sobre la bañera—. ¿Por qué tienes que insultarme?

Pero le temblaba la espalda. Laura vio que su marido estaba a punto de reír.

Faith gritó desde el pie de la escalera:

—Mamá, ¿por qué tengo que quedarme en el cajón de arena?
Laura estuvo pensandoselo un instante, y contestó:

—Ahora bajo.

Y se fue. Martin le tiró su albornoz a la cabeza. Laura emitió un chillido y bajó corriendo la escalera, perseguida hasta el rellano por su marido, que se detuvo allí, se asomó por la barandilla, y retorció el albornoz para que cayeran sobre la cabeza de ella las últimas gotas de agua.

—¡No hagas eso delante de la niña! —dijo Laura.

—Soy un crío —dijo Martin, mirándola con una expresión extraña, entre confusa y tierna—. Soy demasiado joven para estar casado.

Luego dio media vuelta y se retiró.

Laura había recogido a su hija del suelo y se dirigió a la cocina cuando, de repente, sonó una bocina. Una bocina apergaminada, extranjera, débil.

—Ahí está Stu —le gritó Laura a su marido, y corrió a preparar la cena.

Martin entró corriendo en el dormitorio y reanudó su búsqueda de una camisa.

—¡Ah! —exclamó, y del último cajón de la cómoda extrajo una vieja y desteñida camisa de algodón a listas rojas y blancas, con las mangas bastante arrugadas. Se la compró cuando estaba en el segundo curso de la universidad, precisamente el año en que compartió habitación con Stu. Stu era un chico alto, desgarrado, increíblemente sombrío, mientras que Martin era alegre, atlético y, aunque él no lo sospechara siquiera, delirantemente feliz. Martin era jugador del equipo de béisbol de su *college*, y del de baloncesto de su fraternidad; bebía un poquito más de la cuenta, pero porque lo hacía todo el mundo; se enamoraba cada otoño, hasta cierto punto al menos, y si ese noviazgo no se prolongaba hasta comienzos del verano, solía enamorarse de nuevo cuando llegaba la primavera. Stu siempre le había admirado mucho. Stu tenía ensoñaciones diurnas en las que salvaba a Martin de morir ahogado y él les enviaba un

telegrama de condolencia a los padres de su amigo. Ahora Martin se situó delante del espejo, con su desteñida camisa, que le tiraba un poco de los sobacos.

El yo que estaba viendo medía un metro ochenta, tenía los hombros anchos y la cara cuadrada y amable, y contaba veintiocho años de edad.

Cuando aún no había terminado de abrocharse la camisa, se retiró del espejo. Le faltaban todavía dos botones cuando salió disparado de la casa y se plantó en la acera. Stu acababa de darle toda la vuelta a un islote de la calzada, al final del callejón sin salida, y trataba de aparcar en un diminuto hueco situado entre dos coches, a pesar de que había aparcamientos amplísimos, suficientes para meter hasta camiones, a todo lo largo de la acera.

Por la apertura del techo de su cochecito extranjero, Stu sacó la mano, formando un círculo con el pulgar y el índice, y acompañó el ademán con un silbido de desafío. Martin vio cómo Stu hacía avanzar y retroceder el coche, cómo giraba el volante a un lado y luego al otro, y cómo, finalmente, lograba aparcar al tercer intento.

—Ninguna de esas enormes bañeras norteamericanas hubiese cabido aquí —gritó Stu mientras cerraba la ventanilla del techo.

Martin terminó de abrocharse la camisa y se quedó plantado con las manos en los bolsillos, sonriendo vagamente, recordando la universidad, casi sin darse cuenta de estar haciéndolo.

Dos chicos de unos siete años se acercaron al coche y empezaron a hablar con Stu. Stu, tratando de hacerles caso omiso mientras salía del coche, logró, con no pocas dificultades, colar todo su cuerpo por entre el volante y el asiento. Se puso colorado.

—Eh, señor, ¿por qué tiene un coche tan pequeño? —preguntó uno de los chicos.

Martin dio media vuelta y entró en casa; no quería que Stu supiera que había sido testigo del episodio.

Al cabo de un minuto Stu se presentó en la puerta de la calle, aún sonrojado de irritación.

—Malditos niñatos escrofulosos —murmuró, y con enfurecimiento wagneriano subió a sonoras zancadas hacia el primer piso.

Martin salió de la cocina. Laura había dejado dos cervezas encima de la nevera.

—¿No podemos ofrecerles *whisky* a nuestros invitados? —preguntó en tono quejumbroso.

—Tenemos que ahorrar.

Faith estaba sentada a la mesa, comiendo espaguetis con pepino, su plato preferido.

—Tony me ha tirado arena a los ojos —le dijo a su padre.

—¡Otra vez! —exclamó Martin.

Parecía tan enorme y preocupado, tan incapaz y desamparado ante el misterio de la crianza de su hija, que, de repente, Laura arqueó la espalda y sintió por él un tremendo apasionamiento. Martin se inclinó hacia ella y le dio un beso.

—¿Por qué no se te ocurre, aunque solo sea de vez en cuando, darme *un beso de verdad*? —dijo Laura, enfadada—. Lo que tú me das no son besos ni nada. Lo raro es que te sea fiel.

—¡Mejor será que no vuelvas a hablar así en tu vida! —exclamó Martin, con el rostro ensombrecido.

Laura se apretujó contra su pecho.

—¡Estás celoso! —exclamó. Luego, tratando de aplacarle, añadió—: Me alegro de que lo estés.

El corazón de Martin desaceleró su ritmo; Laura alcanzaba a oírlo a través de la vieja camisa.

—No lo estoy —dijo él—. ¿A qué huele? ¿Costillas de cordero? Fantástico.

—Son baratas —le dijo Laura—. Y probablemente encuentres la carne fibrosa.

Martin cogió las latas de cerveza y las colocó en una bandeja junto con un par de vasos y un abridor; luego salió a la sala de estar, canturreando:

—Pobreza, pobreza, pobreza.

Stu estaba bajando la escalera. Llevaba la americana colgada del brazo, y había empezado a aflojarse el nudo de la corbata.

—Como me tomes el pelo por lo del coche —le dijo amargado a Martin—, te mato.

—¡Dios mío! —exclamó Martin—. Qué furioso está todo el mundo. ¿Por qué? ¿Qué te pasa?

—No lo sé —dijo Stu—. Debe de ser mi ego.

Parecía hasta un poco avergonzado de su propio comportamiento. Tiró la americana y la corbata a una silla, y después miró a Martin con expresión interrogadora. Le preguntaba si a Laura le molestaría ver la americana en la silla. Martin se encogió de hombros. Stu se encogió también de hombros, y ambos se sentaron. Stu lo hizo en una pequeña butaca moderna, con los brazos de madera.

—Aquí, en este mismo momento —gruñó—, debajo de mí, se encuentra la butaca más incómoda del mundo.

—Era muy barata —dijo Martin—. ¿Cómo te va el trabajo?

—Hoy ha sido infernal —dijo Stu—. La secretaria de mi jefe es un vampiro. Me odia.

—Ya, ya —murmuró Martin, sintiéndose casi paternal—. Las secretarias suelen ser demoníacas. La de mi jefe trabaja mucho con los ojos. Y encima habla con un acento de imitación, como si acabara de escapar de una *daisy chain*^[3].

—¿De cuál? —preguntó Stu.

—Creo que de la de Vassar —dijo Martin—. ¡Eh, Laura! —gritó—. ¿En qué *colleges* hacen lo de la *daisy chain*?

—¿La *daisy chain*? —dijo una voz absolutamente incrédula—. Ah, la *daisy chain*... Me parece que en Bryn Mawr.

Stu bajó la voz.

—Mi secretaria no está mal. Es joven —dijo en tono despectivo—. Y simpática.

—¿Guapa? —preguntó Martin, bajando inconscientemente la voz.

—Psché-psché —dijo Stu—. Pero tiene buen tipo. Muy buen tipo. Laura se presentó en el umbral.

—No os oigo. Hablad en voz un poco más alta.

Stu se sonrojó y murmuró algo acerca de la bomba de hidrógeno.

—Sí —dijo Martin—. Menudo petardo. ¿Viste las fotos que publicó la prensa?

Laura se esfumó en la cocina.

—Sí —dijo Stu—. Un bombazo.

Martin estaba tan repanchigado en su butaca que casi se había tendido horizontalmente sobre ella. Sostenía el vaso de cerveza en equilibrio sobre su cinturón.

—Estamos bien arreglados —dijo sombríamente—, con esa pandilla de locos en el Pentágono.

—Cierto, cierto —dijo Stu—. Pero está en juego nuestra Honra Nacional. Dentro de unos cuantos meses estaremos todos medio podridos de tanta radiactividad. Habrá niños de dos cabezas...

—¡Eh! —gritó Laura—. ¡Como no habléis más alto, me iré con vosotros y dejaré que se quemen las costillas!

—Habla más alto, papá —repitió Faith como un eco.

—Cambiemos de tema —susurró Martin.

—Claro —dijo Stu, haciendo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Oye una cosa —dijo Martin—, si tanto te enfurece ese coche, ¿por qué no te lo vendes?

—Imposible —dijo Stu—. Me salió tan baratísimo que no puedo. Fue una ganga.

De repente les llegó desde la cocina una ristra absolutamente enloquecida de carcajadas. También Martin se puso a reír.

—¿Qué pasa? —preguntó Stu.

—Déjalo —dijo Martin—. Si te lo explicásemos, dirías que no le ves la gracia.

—¿Sabéis a quién vi el otro día en Best's? —preguntó Laura desde la cocina—. A Mary Lou Glover. Era alumna de Smith. ¿Os acordáis de Mary Lou?

—¿Sabes lo que querría saber? —dijo Stu—. Querría saber de dónde vienen tantos gilipollas. Como mínimo, tú tienes una familia,

un hogar al que regresas cuando terminas de trabajar. Oye — prosiguió, repentinamente animado—, vamos a hablar con tu hija...

Faith estaba sacándole brillo a un plato de budín. Alzó la vista y miró sombríamente a Stu.

—Hola, Stu —le dijo.

—Tío Stu —la corrigió su madre.

Stu se acercó la palma entrecerrada de una mano a los labios, y la otra a la oreja.

—*Rrrring* —dijo—. *Rrrrrring*. Está sonando el teléfono de tu casa.

—Mamá, me llama tío Stu por teléfono —dijo Faith, en éxtasis.

—¡Oiga! —dijo Stu—. ¿Estás ahí?

—¿Diga? —dijo Faith arrobada—. Estoy aquí.

Estaban sentados a la mesa del comedor. Eran las ocho, y a Faith le entraba ya el sueño. Sobre la mesa había un par de velas encendidas, y sus llamas ondeaban debido a la brisa que se colaba por las ventanas abiertas. La luz de las velas hacía que Faith y Laura pareciesen completamente iguales.

—Caramba, qué buena cena —dijo Stu—. No sabes lo que disfruto viniendo a veros. Me he pasado toda la semana nerviosísimo.

—Las costillas estaban un poco duras —comentó Laura—, pero me ha parecido que tenían buen sabor. —Se llevó la punta de los dedos a la boca—. Ay, me parece que no era a mí a quien le correspondía decir esto.

—Desde luego que sí —dijo Stu apresuradamente. Tuvo la sensación de que ella estaba muy avergonzada por lo que había dicho, y la miró con expresión preocupada—. Eres una magnífica cocinera.

Laura sonrió. Luego soltó un gemidillo.

—Faith —le dijo a su hija—, ya se te marcan las ojeras. Me parece que tendrías que empezar a irte a la cama.

Faith hizo un puchero de enfado.

—No quiero.

Sus ojos vidriosos reflejaban los placeres de aquella velada tan larga. Luego se inclinó hacia adelante y enlazó el cuello de su madre con sus brazos.

—No quiero, mamá.

—Ya es hora de acostarse —dijo Laura.

—Da igual —dijo Martin—. Déjala que se quede un ratito más. No soportaría verla llorar ahora.

Un repentino silencio cayó sobre todos ellos. Las velas temblaquearon. Stu suspiró.

—Pronto habrá luciérnagas —dijo Laura—. En cuanto salen, siempre tengo la sensación de que ha empezado el verano.

—Mételas en un tarro —murmuró Stu—. Faith podría cazarlas por ti.

—¿Qué tarro? —dijo Faith. Una manita muy pequeña frotó su ojo.

—Yo coleccionaba escarabajos —dijo Martin—. No sé si va a florecer el rosal que hemos plantado.

Faith bostezó. El instante pareció dilatarse por entre ellos cuatro, detenerse, hacer presa de todos.

—Tengo que llevarla a la cama. Dentro de un segundo estará tan cansada que empezará a irritarse por nada. —Laura enderezó la espalda, apoyó las manos en el borde de la mesa, y parpadeó—. Tengo que dejar que se acumule una buena ración de fuerza maternal —dijo—. Bien, *alejop*. Es hora de acostarse, cariño.

Y se puso en pie, alzando simultáneamente en brazos a su hija. Faith intentó llorar, pero estaba demasiado dormida, y en lugar de llanto solo emitió un débil balbuceo. Se le cayó la cabeza sobre el hombro de su madre. Laura se la llevó arriba.

Los dos hombres se miraron el uno al otro, casi con timidez.

—Tengo un poco de *whisky* —dijo Martin—. Lo guardaba para esta ocasión.

Se fue a la cocina y regresó con dos vasos, una cubitera llena de hielo, y la botella de scotch. Stu y él se fueron al sofá y se prepararon sus respectivas copas. Al cabo de un rato Laura bajó de

puntillas la escalera. Despejó la mesa sin mirar a los hombres, se llevó los platos y, sin tomarse la molestia de encender la luz de la cocina, los dejó amontonados en el fregadero. Luego se quedó un momento junto a la ventana que daba al patio de atrás, mirando la oscuridad. Casi alcanzaba a ver las luciérnagas brillando entre las abundantes hojas. Sí, Faith cazaría luciérnagas y diría: «¡Mira, mamá! ¡Mira!». Seguía llegándole el canturreo de la voz de Stu. Faltaba poco para que se fuese, pues tenía que regresar al centro de la ciudad. Laura decidió que, al despedirse, le daría un beso a Stu. Se sentía muy emocionada; las emociones habían estado persiguiéndola obsesivamente durante todo el día. Se asomó de nuevo a la oscuridad, tratando de distraerse. Luego se volvería hacia Martin y diría... Pero permaneció allí, comprendió que no deseaba decir nada. Solo que aquel día siguiera prolongándose, más y más, indefinidamente, con todas sus alegrías intactas, sin que nadie cambiara, sin que ocurriese nada nuevo, simplemente las mismas cosas una y otra y otra vez. Porque, ¿cómo asegurarse de que la felicidad regresaría? O, en caso de que regresara, ¿cómo estar seguro de que sería tan maravillosa como esta? Laura suspiró y se secó subrepticamente los ojos. Lo malo de ser feliz es que hace que te entre el miedo.

LA OSCURA DAMA DE LOS SONETOS

Laura Andrews era una de esas mujeres altas y grandes de aspecto extraordinariamente sereno. Debido a la disposición de sus ojos, bastante hundidos bajo los arcos de unas cejas sensibles, y debido a la luz tranquila que en ellos brillaba, no era en absoluto fácil imaginársela en un momento de melancolía o de miedo o, en realidad, de cualquier cosa que no fuese serenidad y sensatez. También poseía cierto ramalazo cómico que hacía que la gente siguiese riendo incluso al verla preocupada, y cuando la gente se reía así Laura se ponía frenética porque creía que nadie llegaría jamás a comprenderla; y entonces se le entrecerraban los ojos, y decidía con absoluta tenacidad mostrar bien a las claras hasta qué punto estaba enfadada. No es que lo hiciera a propósito, desde luego, sino empujada, podríamos decir, por la idea de que nadie se tomaba en serio sus padecimientos.

Eran las seis y media de un caluroso día de agosto que no había sido bueno para ella. Laura estaba trasteando por la cocina, echando de vez en cuando una mirada por la ventana del patio trasero para vigilar así a Faith, su hija de cuatro años, que jugaba en el cajón de arena. La tercera vez que Laura miró por la ventana le pareció que el aire estaba poblado de insectos y, cogiendo un frasco de insecticida, salió y envolvió a Faith en una espesa película aceitosa.

—No me gusta eso, mamá —dijo Faith en son de protesta.

—Te irá bien —dijo Laura distraídamente, pero a partir de ese momento Faith no pudo seguir jugando en la arena porque la arena se le pegaba a la piel y le producía escozor; de modo que se dedicó

a seguir los pasos de su madre por la cocina, agarrándose a su falda y emitiendo gemiditos.

Llevaban todo el día en este plan.

Laura lo soportaba con nobleza; estaba embarazada de tres meses, y se había dicho a sí misma que debía evitar en lo posible ofender a Faith, porque ahora Faith se sentiría desplazada. A Faith le desconcertó la repentina tolerancia ambiental y se fue poniendo cada vez más inquieta, hasta que finalmente rompió a llorar en mitad de la cocina. Laura, desesperada, le ofreció un chupón de naranja, aun a sabiendas de que le quitaría a la pequeña el hambre para la cena.

Eran las siete de la tarde cuando Martin Andrews llegó a casa, y en cuanto pisó el jardín delantero supo que algo iba mal. Era un hombre joven, fuerte y de buen tipo, de rostro firme y emprendedor, pero repentinamente adoptó una expresión desanimada. Vio por la puerta de la cocina a Laura, agachada junto a la mesa, tendiéndole el caramelo a Faith, que tenía la cara sonrosada y surcada de lágrimas. La aspiradora estaba atravesada en mitad de la sala de estar. Cautelosamente, Martin dejó su cartera en el suelo.

—Hola a todo el mundo —dijo.

—¡Oh, hola, cariño! —exclamó Laura, que se enderezó para ir a recibirle y darle un beso. Pero Martin estaba abriendo y cerrando la puerta de entrada, para ver si averiguaba por qué motivo se atascaba unas veces sí, y otras no.

—Estas casas modernas las hacen con chicle en lugar de cemento —dijo—. He tenido un día horrible. —Siguió mirando la puerta, cerrándola lentamente, con infinito cuidado, observándola con la mayor concentración—. ¡Ajá! —dijo—. ¡Ya veo en dónde roza!

Inclinado sobre la puerta, tenía una expresión chupada y cobarde.

—Santo Dios —dijo Laura—. Me parece escandaloso que los hombres os paséis la vida compadeciéndoos de vosotros mismos.

Tras esto, Martin se negó a hablar con ella o a decirle qué era lo que había hecho que su jornada fuera tan horrible. Manteniéndose

firme en su perseguido silencio, subió a cambiarse y se puso un traje de baño. Después, él y Faith jugaron con la manguera en el jardín de atrás, remojándose mutuamente y corriendo por la hierba entre ruidosas carcajadas, mientras Laura, muy resentida, preparaba la cena, chuletas de cerdo, y trataba de olvidar que ella siempre había dicho que la carne de cerdo era muy indigesta en cuanto empezaba el calor.

Martin se puso unos pantalones cortos y una camisa deportiva, y la familia cenó casi en silencio. Faith le dijo a su padre que había ido a la tienda con su mamá.

—Hemos tenido carta de tía Dorothy —dijo Laura en un momento dado de la cena.

Martin enarcó las cejas y dijo en tono muy ácido:

—Estás de malísima uva, y no pienso fingir que no me he enterado.

Pálida y altiva, Laura se concentró en su chuleta de cerdo creyendo que si la cortaba en pedacitos lo suficientemente pequeños no se le atragantaría.

Inmediatamente después de cenar, Laura subió a Faith a la cama. Frente a la ventana del dormitorio de Faith se desparramaba un crepúsculo violáceo y líquido. Laura dejó a la niña en la cama, conectó el acondicionador de aire, y salió de puntillas.

Llevaba un vestido veraniego, y de repente no pudo soportar la visión de sus brazos desnudos. Se fue al armario de su habitación y bajó la caja en donde tenía guardada su ropa del anterior embarazo. Estaba todo arrugado y con aspecto viejo y deslucido; al fin y al cabo, era ropa de hacía cuatro años, y su cintura no se había dilatado todavía lo suficiente como para tener que ponerse ropa de embarazada. Además, mantenía su embarazo en secreto, para que no se le hiciese tan largo.

Estuvo mirando por el extremo los diversos vestidos que contenía la caja, y finalmente tiró del que en tiempos fuese su preferido: el más elegante, con un cuello alto de color blanco, manga larga, y falda plisada. Le quedaba holgadísimo, olía muy fuerte a alcanfor,

pero no le importó. Bajó y, con el disfraz maternal completo, sudando a chorros, estuvo lavando la vajilla.

Martin se había sentado en una tumbona del jardín trasero, con un combinado: una figura solitaria en el ocaso suburbano. Laura apagó todas las luces del apartamento y salió. A lo largo de la hilera de casitas adosadas, había unas cuantas luces amarillas encendidas sobre la puerta de las cocinas, y eso significaba que los vecinos estaban ocultos en sus jardines traseros, y que habían dejado encendida esa luz para orientarse en caso de que sonara el teléfono.

La noche no iba a ser más fresca que el día.

—Qué calor hace —dijo Laura—. Estoy cansada de que haga tanto calor.

Martin tomó un sorbo de su combinado. Laura observó el perfil de su nuez en la penumbra, y luego se encaramó torpemente en la hamaca, y se tendió con su vestido de embarazada: una figura absurda que se secaba la frente con un *kleenex*.

—Me encantaría oír el sonido de alguna voz humana —dijo finalmente Laura—. Los cascos de la caballería, que viene a rescatarme, o algo así.

Martin se agitó en la tumbona.

—Disculpa. Creí que preferías el silencio.

Laura emitió un ruido irrespetuoso, un bufido burlón.

—Estás enfadado conmigo, y lo sabes de sobra.

Martin calló.

—Un penique por tus pensamientos, so bastardo —dijo Laura al cabo de un rato.

Martin rio bruscamente, con evidente incomodidad.

—¿Para qué quieres conocerlos? Lo único que harás será enfurecerte conmigo porque no pensaba en ti.

Esa frase fue para Laura como una puñalada. Esa frase, y el hecho de que Martin no estuviese pensando en ella.

—No. No voy a enfurecerme —dijo—. A ver, cuenta.

—Estaba pensando en Ferguson.

Ferguson era el jefe de contabilidad de la empresa de Martin.

—¿En pleno agosto? ¿Cuando todo el mundo se ha ido de vacaciones? —dijo Laura en tono incrédulo.

—Sí —dijo Martin, suspirando, y cogió su vaso alto e hizo tintinear el resto de los cubitos de hielo.

El tintineo flotó en el aire, y Laura dijo:

—Oh, Martin, hazlo otra vez. Qué bonito ha sido.

Martin se rio y volvió a hacerlo. Luego alzó el vaso, se tragó los cubitos, y los machacó entre las muelas. Hicieron un ruido extrañamente agudo y claro en la oscuridad. Todas las hojas estaban absolutamente inmóviles.

Laura seguía sintiéndose ofendida por el hecho de que Martin estuviese pensando en el trabajo.

—Eres un animal —dijo Laura, y comenzó a romper el *kleenex* a pedacitos que luego iba arrojando a la hierba.

—¡Yo!

Martin estaba perplejo. Había creído que a Laura se le estaba pasando el malhumor, que comenzaba a abandonar su hostilidad.

—Me torturas, Martin —dijo Laura—. Juegas con mis sentimientos. ¡Cómo me odias, Dios mío!

Y extendió un brazo en la oscuridad.

—Laura, Laura —dijo Martin en tono quejumbroso.

—Y el bebé, esa pobre criatura que llevo dentro de mí... Noto muy bien lo que le estás haciendo. Está todo él retorcido. Si supieras hasta dónde alcanza su infelicidad.

—Por Dios, Laura —dijo Martin—. Por Dios. No sé si te das cuenta de que lo que tú llamas bebé no es en estos momentos nada más que un pececillo.

—Eres inhumano, ¿lo sabías? —dijo Laura—. Eres verdaderamente inhumano.

—Y tú eres la dama oscura de los sonetos —dijo Martin, agarrando un puñado de hierba y arrancándola de golpe. Se puso en pie y, sosteniendo el vaso con una mano, abrió la otra para que la hierba cayese sobre el cabello de Laura—. Deja de meterte conmigo, cariño —dijo, y entró en la casa.

Laura permaneció tendida en la hamaca; la hierba le hacía cosquillas en la oreja. De repente se sintió horriblemente asustada, comenzó a temer que Martin pudiese no regresar. Que se vistiera y se fuese de casa. Que encontrase a una mujer por ahí. Laura tenía ganas de llorar, pero no le salían las lágrimas.

—¡Laura! —gritó Martin desde la casa—. ¡No logro sacar los cubitos del congelador!

Laura se dejó caer al suelo. Después caminó con paso lento, mareado, hacia la casa. Martin estaba delante de la nevera.

—Me parece que tengo alguna enfermedad rara o algo así... —dijo él—. ¡Oh! —exclamó luego, al ver que Laura, con cierto movimiento mágico, lograba que la bandeja se soltara.

Martin sacó la bandeja de los cubitos y cerró la puerta de la nevera.

—Me encanta tu habilidad —dijo Martin—. Es fantástico: con un leve giro de la muñeca... Caray.

—Para ti no soy más que un payaso, ¿no es cierto? —Laura habló en voz de persona que soporta estoicamente los más tremendos y prolongados sufrimientos—. Tendría que ponerme unos zapatos de punta larguísima y caminar dando brincos y saltos mortales. ¿Te molestaría que tu mujer no hiciese nunca más sus tonterías de siempre?

—Naturalmente que no —dijo Martin en tono muy poco convincente, mientras abría el agua caliente sobre la bandeja de los cubitos.

—Si al menos... —dijo Laura. Cruzó los brazos en aspa sobre el pecho: una figura absurda y sudorosa con aquel vestido en forma de globo, saturado de olor a matapolillas, y en su rostro una expresión de tranquila reflexividad tan absolutamente pura que no había quien creyese que aquello iba en serio—. Trato de ser inteligente, te lo juro, Martin. Tendrías que respetar al menos mis esfuerzos, ya que no otra cosa, y...

Pero no se le ocurrió nada más.

—¿Decía algo interesante esa carta de tía Dorothy? —preguntó Martin, fijándose bien en los cubitos que iba echando al vaso.

—La semana próxima vendrán a la ciudad —dijo Laura, dándole la espalda, en tono cansado—. Quieren que vaya a verles con Faith.

—Bien. Vete a verles.

Qué dulce era el silencio de aquella noche, pensó Laura; era como si yaciese tendido en torno a la casa, como un enorme gato oscuro.

—Supongo que iré —murmuró Laura—. Pero hace demasiado calor para una criatura tan pequeña. Y a lo mejor pilla cualquier cosa. Soy una madre horrible, lo sé. Quiero llevarla a ver a su tía Dorothy, pero me niego a llevarla a ver a casi todo el resto del mundo. No la he llevado a casa de la prima Eleanor, por ejemplo. Lo que hago es utilizar a esa pobre niña para mis intereses.

—Tu prima Eleanor no te gusta —dijo Martin. Volvió a meter la bandeja en el congelador—. En cambio, tu tía Dorothy sí te gusta. Tampoco me parece tan horrible.

Martin cuidaba de parecer sensato y amistoso, pero sin exagerar, pues temía las emociones que la simpatía podía llegar a liberar.

—Sí, claro —dijo Laura, llevándose la mano a la mejilla—. Se me olvidaba. A veces me preocupo por nada. —Notó la decepción que se agitaba en su pecho, subiendo y bajando como una marea—. De todos modos, creo que no me llevaré a Faith. Hay tantísimas enfermedades...

—Pues no te la lleves —dijo Martin. Se echó un poco de agua al *whisky*.

—Pero tía Dorothy se va a llevar una decepción.

Laura se retorció las manos, confiando encontrarse ahora encaminada hacia la verdadera infelicidad, que su presa no estuviese demasiado lejos.

—Laura —dijo Martin—. Tía Dorothy puede perfectamente vivir sin Faith. Todo el mundo, menos nosotros, puede vivir sin Faith.

—Tienes celos de ella —le interrumpió Laura—. ¡Oh! —añadió de forma inane, y salió al patio de atrás, y cruzó el césped camino de la

maravillosa y comodísima hamaca que seguía colgada en la oscuridad. Martin siguió sus pasos, y cuando Laura se encaramaba en la hamaca notó que él se la sostenía para ayudarla. Laura se sumergió en la lona y permaneció con los ojos cerrados un momento. Cuando los abrió, Martin estaba mirándola.

—¿Qué te pasa, mi amorcillo? —le preguntó.

—No lo sé —dijo Laura—. Eso es lo malo. No lo sé. Todo me parece horrible, tristísimo. Sobre todo yo misma. He hecho... he hecho algo horrible, supongo. Imagino que es mi subconsciente o algo así, alguna cosa que he de pagar, pero no sé por qué. No tengo ni la más remota idea. No entiendo nada de lo que hago.

—Alguna idea tendrás, ¿no? —dijo Martin—. Anda, dímelo. Te prometo que no me enfadaré. Dímelo, por favor, Laura, cariño mío. Deja que te ayude. Cuando te pones así, no lo soporto.

—Oh, es una sensación horrible... horrible.

En la hilera de casitas, alguien tenía puesta la radio a todo volumen, y la música de un cuarteto de cuerda flotó en el aire sobrecalentado, quietísimo. Otro vecino había colgado un farolillo de papel en uno de los jardines traseros, y esa luz brillaba como una frágil luna entre las hojas oscuras de los setos y los árboles. Y en mitad de esta escena, Martin se inclinó sobre la hamaca, escrutando desamparado la figura extraña y distorsionada de su esposa, envuelta en aquel disparatado traje de embarazada.

—Martin, no soy buena —dijo Laura—. Soy una persona horrible. —Se detuvo un momento, pero aún estaba lejos del sitio adonde quería llegar—. Me estoy haciendo mayor —susurró—, pero no actúo como una persona mayor, y me da vergüenza. —Sin embargo, eso no tenía ninguna relación con nada, y en medio de la oscuridad Laura gimió, cruzó los brazos sobre la frente y, con los ojos ocultos, añadió—: Martin, no sé qué me pasa, de verdad. No lo sé, aunque parezca una bobada.

Martin estaba inclinado sobre ella, rodeando toda la hamaca con los brazos, apretándola contra su pecho. Doblado así, daba la

sensación de estar sintiéndose muy incómodo, y de repente Laura le abrazó la cabeza, apretándola contra su pecho.

—No digas nada —murmuró Martin—. Si hablas, Laura, acabarás creyéndote las cosas que dices. No digas nada. Quédate así, tranquilízate. Mañana por la mañana esa sensación habrá desaparecido, te lo prometo. Pero no soporto oírte hablar así, no lo soporto, Laura. Tus palabras me matan. De verdad. Supongo que te ha afectado el calor. Dios mío, ¡hasta yo estoy destrozado! —Sacó la cabeza de debajo de los brazos de Laura y besó sus pegajosas mejillas—. Si supieras el dolor que siento al oírte hablar así, seguro que no lo harías.

Laura le volvió la espalda; lo que menos quería era hablar de Martin.

—Oye —dijo él—. Tengo que entrar un momento en casa. Ahora mismo vuelvo. Me gustaría que no te pusieras triste mientras me esperas.

—De acuerdo —dijo Laura. Le dirigió una sonrisa, pero fue una sonrisa enfermiza, y se sintió aliviada pensando que, en medio de aquella oscuridad, Martin no podría verla claramente.

Tendida en la hamaca, Laura se tapó los ojos con un brazo y oyó los pasos de Martin, que avanzaba rápidamente hacia la casa. Luego sonó el golpe de la puerta mosquitera al cerrarse, y ese ruido se apagó lentamente en el aire nocturno.

¿Por qué no puedo sentirme mejor?, pensó Laura. ¿Por qué no encuentro consuelo?

Y su mente comenzó a vomitar rápidamente acusaciones, a recordarle su carácter violento, sus chifladuras, sus egoísmos. Reprimió un gruñido y se agitó un poco. Era un ser ruin, horrible, y jamás podría mostrarle a Martin todo lo que le amaba ni ser todo lo buena que ella quería ser, porque su naturaleza malvada se lo impedía. Y recibió su castigo por ser así, porque luego, cuando él trató de consolarla, ella no se sintió consolada. «Jamás sabré cuánto me quiere —pensó Laura—. No hay forma de averiguarlo. Solo puedo sospecharlo». En ese momento comenzaron a brotar las

lágrimas, y a Laura le pareció que acababa de encontrar una de las fuentes secretas de tristeza que riegan el mundo entero. No era de tontos sentir tanta tristeza.

Lloraba sobre todo por Martin. «¡Pobre Martin! —pensaba—. ¡Pobre Faith!». No podía llorar por sí misma debido a que se sabía muy mala. «Tienen que cargar con una mujer espantosa, y jamás sabremos cuánto nos queremos los unos a los otros, jamás, jamás, jamás». Y cada vez que pensaba esto, las lágrimas brotaban más intensamente.

Martin salió al jardín. Vio que la hamaca se balanceaba ligeramente, y sonrió. Inmediatamente supo que Laura ya se sentía mejor, y tuvo un momento de orgullo porque había logrado consolarla. Tampoco es que supiera qué había hecho exactamente.

En realidad, mientras cruzaba la extensión de césped, se sintió empequeñecido, atemorizado por los misterios de las relaciones entre marido y mujer.

—¿Estás bien? —susurró.

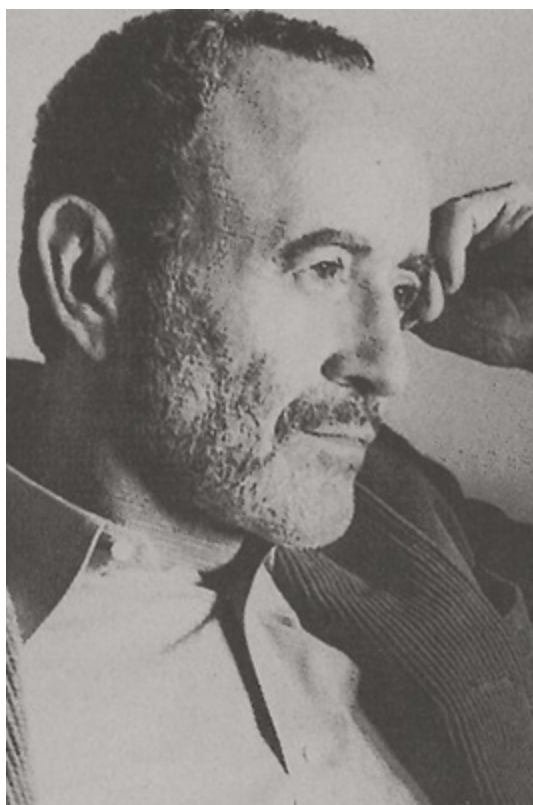
—Sí —dijo Laura entre lágrimas.

—¿Quieres llorar sobre mi hombro, o prefieres que te deje llorar sola?

—Sola —dijo Laura—. Pero no te vayas muy lejos.

Ah, qué triste es el mundo, pensó Laura. Ah, qué separadas están las personas. Ah, la torpeza de ser mujer.

Martin se sentó en la tumbona y se bebió su *whisky*. Tenía el corazón rebosante. Y, sonriendo pacíficamente en la oscuridad, Laura siguió llorando.



Harold Brodkey (Staunton, 1930) se crio en Missouri y se graduó en Harvard. Desde los años cincuenta, sus relatos han aparecido en el *New Yorker* y otras revistas. Ha obtenido numerosos galardones, como el O'Henry en dos ocasiones, así como becas de la American Academy en Roma, del National Endowment for Arts y de la Guggenheim Foundation.

Después de su celebrado debut con *Primer amor y otros pesares* (1958) se convirtió en el genio oculto de la literatura norteamericana, trabajando desde entonces en su novela *Party of Animals*, aún inédita. Sin embargo, reputados críticos que han tenido acceso al manuscrito, como Denis Donaghue, Harold Bloom, Cynthia Ozick o Gordon Lish, no han dudado en comparar a Brodkey con Proust, Whitman y Wordsworth. Mientras aumenta la expectación ante dicha novela, la publicación en otoño de 1988 de *Stories in an Almost Classical Mode*, un extenso volumen que recoge los cuentos

publicados por Brodkey en revistas durante las tres últimas décadas, fue saludada en Estados Unidos como un extraordinario acontecimiento literario.

Notas

[1] «Comerse un cuervo» es una expresión figurada que significa sufrir una humillación. La falta de equivalentes en castellano hace intraducible esta frase. (*N. del T.*) <<

[2] Recuérdese que *love*, «amor», es también la palabra empleada en tenis para designar el «cero» en el marcador. (*N. del T.*) <<

[3] Las «*daisy chains*» son clubes de estudiantes universitarias pertenecientes a los *colleges* más antiguos de la Costa Este. (*N. del T.*) <<